
A UN
PASO DE
Amarte
HUGO SANZ

A UN PASO DE *Amarte*

HUGO SANZ

Primera edición.

A un paso de amarte

©Hugo Sanz

©junio, 2025.

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

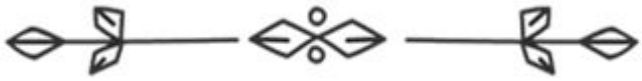
Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Epílogo

Capítulo 1



—Becka, ¿es todo lo que hay en la caja? —le pregunté resoplando.

—No pongas esa cara, por favor Alyn. Y mira bien, a ver si tiene un doble fondo o algo.

—Siempre con tu sentido del humor. Ojalá, aquí lo único que hay es calderilla.

—La tarde no se ha dado muy bien. Hace un frío que pela y la lluvia no ha parado ni un momento. Además, con este viento que parece que estamos en los polos… Ya nos habían anunciado lo de la ola de frío y los clientes no se animan a venir a la peluquería con un tiempo así—me miró sin decir ninguna de las suyas, que no era más que la señal inequívoca de que también tenía el ánimo por los suelos.

—No se animan ni esta semana ni ninguna. Desde que Tracy abrió el súper salón de belleza aquí, ella no ha hecho más que ir hacia arriba y nosotras hacia abajo.

—Eso es por el efecto de sus tetas de plástico, que hacen que flote la Barbie esa. Y no la critico, si las cosas me fuesen bien, también me las pondría.

—Pues yo ni en broma.

—Es que a ti no te hacen falta, bonita, que vas bien servida. Te da por hacerlo y tendrías ahí delante un mostrador. Pareces una modelo, muchas veces te dije que probaras suerte en las pasarelas.

—Cuando hay que comer todos los días, mejor ir a lo práctico. Además, que no se me ha perdido nada desfilando, ese mundo no es para mí. Lo que quiero es poder defender mi peluquería.

—Tú y esas ganas tuyas de poner a todo el mundo guapo. Si hay gente que no tiene arreglo—me dio un codazo de esos que tratan de animar.

—No, no, no… Por ahí viene Tim. Nos la va a montar.

—Tranquila, que por mucho que chille el muy gilipollas, ningún cliente lo va a escuchar, esa es la parte buena.

Tim era el dueño del local en el que monté la peluquería. Le debía el alquiler del mes anterior y del corriente, y el tipo venía con unas malas pulgas de no te menees. Las gastaba en situaciones normales, así que no os digo nada en aquellas, cuando me había convertido en una morosa.

—Calla, que se va a enterar.

—Ni que tuviese parabólicas en vez de oídos. Además, que quienes nos vamos a enterar somos nosotras.

Efectivamente, abrió la puerta como si fuese un ciclón, y pese a que no estaba precisamente delgado, dio un salto que ni en los juegos olímpicos. Menudos bríos.

—¡¡Ya está bien!! —chilló sin más.

—Eso es, Tim, que buenas noches, también estábamos deseando dártelas —le contestó mi amiga.

A mí no me faltaban ganas de soltarle otra igual, porque tampoco tengo pelos en la lengua. Sin embargo, las piernas me temblaban, dado que me jugaba mucho más que Becka, ya que la dueña de la peluquería era yo. Y ella, mi mejor amiga, era mi ayudante.

—Buenas serán para quien las sean, yo ya estoy hasta los cojones de vosotras—nos soltó de la forma más soez del mundo. De esa que me habría herido la sensibilidad de haberme podido permitir el lujo de tenerla, porque cuando no hay ni un dólar en tu cuenta corriente, pareces perder el derecho a muchas cosas.

—Esas no son formas, Tim—protesté.

—¿Y qué me cuentas de deberme ya dos meses de alquiler? ¿Eso está bonito?

—El mes que viene comenzaré a ponerme al día, te lo prometo. En cuanto la caja mejore.

—¿¿El mes que viene?? No te lo has creído ni tú, niñata. Si no me pagas el viernes de la semana próxima, y hasta el último centavo que me debes, ya te puedes ir olvidando de tu mierda de peluquería.

—No es ninguna mierda.

Mis puños soportaban tal tensión que hasta me estaba haciendo daño yo sola. Ese tipo me ponía tan nerviosa que cuando aparecía por allí me debía subir hasta el colesterol.

—No, qué va… La peluquería de los famosos es ahora. Veo desfilar por aquí a *celebrities* todos los días.

—Estamos en el extremo superior de Queens, tampoco es esto Hollywood, pero la defendemos como podemos.

—La defendéis como podéis… Qué poca dignidad. Seguro que si no os llega para pagar es porque estáis todo el día de cháchara y los clientes desatendidos.

—De aquí no se ha ido descontento nunca nadie, ¿me oyes?

—Menos genio, ¿me oyes tú a mí? Y entonces, ¿qué diablos pasa? ¿Por qué no pagáis? ¿Estáis metidas en algún vicio? No debí alquilarte el local, Alyn, sin avales y sin nada… Si ya me lo dijo mi mujer, que una mocosa como tú no tendría lo hay que tener para defender un negocio y que…

—¡Bueno ya está bien!! —le grité porque me iba a causar un trauma.

—¡¡Eso digo yo!! ¡¡Que ya está bien!! —dio un golpe sobre uno de los carritos y salió volando hasta el secador de mano, que Becka cogió en el aire de milagro antes de que se estrellase en el suelo.

—No puedes hacer eso, no puedes hacerlo—la rabia me estaba consumiendo y se reflejaba en mis ojos.

—Y tú no puedes estar aquí sin pagar, así que o apoquinas o te vas con viento fresco la semana que viene.

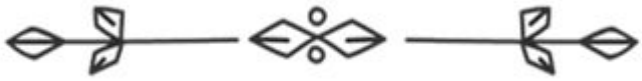
—Viento fresco sí que hace, sí…

Becka se miraba las uñas en un gesto como si nada, sabiendo que eso le sacaría de quicio. No podía enfrentarse abiertamente con él porque el negocio no era suyo, así que protestaba de esa forma.

—No os hará tanta gracia todo esto cuando coja vuestras mierdas y os las tire en medio de la calle, ¡¡tenéis hasta la semana que viene!! —vociferó, metiéndola a ella en el saco.

A continuación, se fue dando un portazo tal que parecía que el pequeño y modesto local se iba a caer. Las que sí cayeron, rodando hacia mis mejillas, fueron un par de lágrimas de mis ojos.

Capítulo 2



Camino de casa, Becka trataba de animarme. Y eso que nos estábamos poniendo como una sopa porque llovía a cántaros.

—Joder, que parece que estemos en el Polo Sur, qué frío. A ver si hay suerte, nos asalta Papá Noel y le pedimos que nos arregle la papeleta.

—Papá Noel vive en el Círculo Polar Ártico—le corregí.

—Ah, como siempre, me has dejado por ignorante. Se nota que los estudios se te daban bien, no como a mí, que era un zoquete.

—Sí, solo hay que ver lo mucho que estudié.

—Hasta donde pudiste, que cuando hay que poner la mesa todos los días… Demasiado bien lo hiciste, con tu madre enferma y tú tirando sola del carro.

Al mencionar a mi madre, quien me puso su mismo nombre, mis lágrimas se hicieron más gruesas. En momentos como esos, la echaba más de menos

aún. Ya hacía unos añitos que había fallecido, después de batallar otros tantos con una larga enfermedad.

Me quedé sola del todo en el mundo a los 22 y de esos ya habían pasado cuatro. A esa pronta edad, ya sabía muy bien lo que era valérmelas por mí misma. Y la vida no es que me lo hubiese puesto precisamente fácil.

Hasta que ella murió, tuve que fregar muchas escaleras para poder mantenernos y pagar el alquiler de nuestro pequeño apartamento en ese mismo barrio. Ella nunca tuvo la posibilidad de comprarse una vivienda y esa fue su gran pena en los últimos tiempos; que no me quedase un techo bajo el que vivir.

En fin, que no podía ni pensarlo porque a las lágrimas les dio por salir, unas detrás de otras, de mis ojos, y no daba abasto para borrarlas con el dorso de mi mano.

En cuanto ella se apagó como una vela y falleció, me matriculé en ese curso de peluquería que tanta ilusión me hacía, y me saqué mi título de peluquera. Siempre viví junto a mi madre en el apartamento de esa zona de Queens, la más humilde y barata. Y el local más asequible que encontré para montar mi negocio y cumplir mi sueño fue el de Tim, muy cerquita de él.

Al principio, las cosas fueron sobre ruedas. Enseguida nos hicimos con una buena clientela y veía con ojos golosos la caja por la noche, con la que estaba claro que no me haría rica, pero que me permitiría alcanzar una

estabilidad y, quién sabía, hasta quizás poder comprarme mi propio apartamento.

Por aquel entonces ya vivía con Becka, a quien le ofrecí compartir mi apartamento. A ella la conocía del barrio de toda la vida, si bien cuando comencé a tratarla más fue al coincidir en el curso de peluquería. Allí entre bigudíes, secadores y tintes, se forjó una amistad que sería eterna, porque en ella encontré algo más que eso: se convirtió en mi familia.

Becka también estaba muy justa de dinero. Sus padres no se llevaban bien y en su casa no se respiraba el mejor de los ambientes. Como tampoco podía independizarse, vio el cielo abierto cuando le ofrecí un empleo y que se viniese a vivir conmigo, compartiendo los gastos del alquiler.

Juntas le dimos un nuevo aire: cambiamos cortinas, cojines, edredones… Tiramos el viejo sofá y compramos a plazos uno nuevo en el que poder pasar las horas charlando animadamente cuando, por las noches, nos relajábamos en él tras una dura, pero satisfactoria, jornada de trabajo. También juntas acondicionamos el local de Tim…

—¿Cómo tendrá el valor de decir que va a tirar nuestras “mierdas” cuando fue él quien nos entregó el local como una pocilga, nena?

—No te comas el coco, Alyn. El tío es un cerdo y no para de soltar golpes bajos, ¿es que no te das cuenta?

Tienes unas cosas… Estate quieta ya, que te puedes quemar. Y mete el mango del cazo para dentro, que así es muy peligroso—le decía mientras

preparábamos la cena.

—Oye, que aquí no eres mi jefa—me recordó mientras seguía saltando como si fuese una boxeadora, estirando los puños, simulando los golpes bajos de nuestro casero.

—Ni en ninguna parte, pues anda que te he tratado alguna vez como si lo fuera.

—No, eso es verdad. Ven aquí y no le llores más a tu Becka, que no puede verte esa carita tan triste.

—Es que desde que Tracy montó el salón de belleza…

—La Barbie, sí… Nos jodió el negocio a nosotras—suspiró—. Se le veían los aires de superioridad desde que estábamos haciendo el curso, ¿lo recuerdas?

—Sí y la tomó con nosotras.

—Porque le jodía tela que tú eras la mejor y que los profesores te lo reconocían. Y ella, que es una narcisista de mucho cuidado, se ligó al director de la escuela, que podía ser su padre, para que le pusiera un negocio a la altura de sus tetas, que le miran al cielo.

—Más o menos, sí.

—Pues nada, que ya le vale, porque el tipo no es ya que sea mayor, es que encima lo que parece es su abuelo, más que su padre. Si ella pasa por el aro con tal de que se lo den todo hecho, que la jodan.

—Pues las que hemos resultado jodidas somos nosotras. Te recuerdo que a nuestros clientes se les fueron los ojos detrás de ese pedazo de salón repleto de las últimas innovaciones del mercado que nos colocó justo en la acera de enfrente, que hace falta ser maldita.

—Lo que es ella. Y de sobra. No te preocupes, que el karma se las cobrará todas juntas.

—No sé si lo hará. A nosotras, quien ya nos ha ajustado bien las cuentas es el ingrato de Tim.

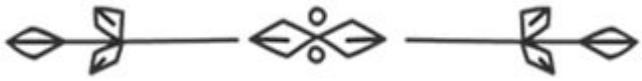
—Aprieta mucho el muy mamón de él.

—¿Qué voy a hacer, Becka? Estoy a punto de perderlo todo.

—Lo único que no puedes perder es la esperanza, Alyn. Tenemos dos manitas cada una para trabajar, ya verás cómo remontamos—las movió en el aire—. Y con unas manicuras preciosas, que unas profesionales de la belleza tienen que dar buena imagen, por mucho que sople el viento en contra.

—Que sopla, que sopla…

Capítulo 3



Apenas pude dormir aquella noche dándole vueltas a la cabeza sobre cómo reflotar el negocio.

—Vamos a poner un montón de ofertas en el escaparate, Becka. Ya las tengo en el coco—le comenté por la mañana.

—¿Ofertas? Si ya hemos tirado los precios, Alyn. No lo veo, de veras que no lo veo.

—Pues si hay que tirarlos más, se tiran. El asunto es que, al final del día, haya entrado algo más de dinero en la caja gracias a que atraigamos a más ´público.

—Reventarnos para ganar una miseria—resopló—. Sabes que los anillos no se me caen por hacerlo. Eso sí, no es justo ni para ti ni para mí. Y no lo digo por trabajar como mulas, sino porque has apostado mucho y te mereces más.

—Igual todo termina llegando, como dices tú, pero mientras toca apretarse el cinturón.

—Nos lo vamos a apretar hasta que se nos salga la lengua, porque se nos va a salir, ¿eso lo sabes?

—Lo sé, lo sé—suspiré mientras la abrazaba.

Tocaba trabajar a destajo. A media mañana, después de atender al par de clientes que entraron (la peluquería era unisex), nos pusimos manos a la obra y colocamos las ofertas en el escaparate, en unos carteles muy monos que nosotras mismas preparamos.

Mientras lo hacíamos, alguien debió avisar a Tracy, quien salió a la puerta con esos aires de diva que se daba.

—Ahí está la Barbie cotilleando, mírala.

Veíamos cómo cuchicheaba con una de sus empleadas, pues su local daba para que tuviera varias.

—Que hagan lo que quieran, esas están echando el cierre en unos días, ¿qué te apuestas? —le decía.

Por su forma de hablar, no me extrañaría ni mucho ni poco que hubiese escuchado a Tim salir echando pestes del local la noche anterior. Y se debía alegrar lo más grande porque Tracy era mala de condición. La típica

persona que si te tiene que pisar para escalar peldaños, no solo lo hará, sino que luego te dará una patada para asegurarse de que caigas al vacío.

Me tragaba mi orgullo mientras tiraba los precios, algo que no le gusta a ningún profesional porque todos trabajamos por dinero, con independencia de que nuestro trabajo nos guste más o menos. A mí el mío me gustaba, por suerte.

—Voy a ir a por una ristra de ajos o algo, a ver si espanto a esas brujas.

—Becka, pasa de ellas. Y lo de los ajos es para los vampiros.

—No doy pie con bola, soy más bruta que un arado, ¿no?

—Más grande tienes el corazón, amiga.

—Tenía que ser el corazón, no podían ser las tetas.

—Mira que tienes manía con eso, que las tuyas están perfectas.

—Perfectas tampoco, pero pasables, sí. Lo que quiero es que sean como dos balones ahí, bien puestos.

—Pues para operaciones estéticas no nos dará esta maniobra, pero al menos quizás sí para salir del bache. Eso es lo que espero.

—Por cierto, no puedo más con los comentarios de esas dos. Me voy a ir hacia ellas y las voy a morder.

—Lo dices como si fueses un perro rabioso.

—Un perro rabioso les haría caricias comparado con lo que les haré yo. La dentadura sí que la tengo perfecta—me la enseñó.

—Y bien bonita.

—Pues como la tuya, que es de anuncio de televisión, guapita.

—¿Tengo algo malo para ti?

—La suerte, esa la tienes en contra—me guiñó el ojo.

Nos mentimos dentro y al ratito vimos a un grupo de chicas que entraron todas juntas. Eran antiguas clientas de las que se pasaron al otro bando, por decirlo de alguna manera.

—¡Hola! ¡Cuánto tiempo! —las saludé con todo el agrado.

—Sí, es que hemos estado muy liadas—se excusaron.

—No pasa nada, bienvenidas.

—¿Es cierto eso del 30% de descuento si venimos tres?

—Sí, y el 40% si otro día venís con otra más y sois cuatro. Así que animaos.

—¿Y si venimos diez nos sale gratis?

—No, listilla, el tope del descuento está en cuatro—le contestó Becka, a quien le estaba hirviendo la sangre.

—Ah, vale. Pues nada, que nos quedamos, ¿es en todo o solo en cortes?

—No, en cualquier tratamiento. ¿Te aplico uno de queratina a ti? Creo que te vendría genial y…

Se lo metí por los ojos y coló. Dado que jugarían con tanto descuento, al menos poder hacerles tratamientos más caros.

Al final del día, habíamos atendido a muchísimos clientes. Hacía mucho que no ocurría.

—¡¡Funciona!! —le chillé a Becka por la noche, viendo que la caja había mejorado bastante.

—Menos mal, porque lo que no nos funcionan ya son las piernas ni los hombros, ¡¡qué dolor!!

—Es verdad. En cuanto la cosa mejore del todo y hayamos pagado lo que debemos, te invito a un spa con masaje incluido.

—¿Con final feliz?

—El final te lo agencias como tú quieras, ahí ni entro ni salgo, que eres la mejor con los chicos.

—Vale, pues me pido un mulato.

—Pídeselo a Papá Noel cuando pases por el Polo Sur—me burlé.

—Mira qué contentita está mi amiga hoy. Te lo voy a permitir por eso. Y esta noche nos vamos a tomarnos unas cañas tú y yo.

—¿Unas cañas con el frío que hace? Para casa y nos preparamos una sopita.

—Si seguimos con sopitas calientes por las noches, voy a coger una depresión. Además, que no me da la gana, que estoy contenta y que nos vamos a airear un rato.

—Eso seguro, abre la puerta y no veas si te aireas.

Nos metimos en un local del barrio con la mala suerte de que nos encontramos allí con Tim.

—Mierda, mierda—le dije a Becka y apreté los dientes.

—El muy mamón viene para acá. Disimula.

—Si ya nos ha visto.

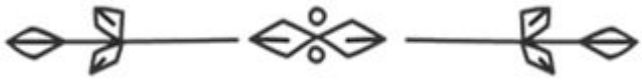
—O sea, que para pagarme a mí no hay dinero y mucho querer darme pena, pero para tomar cañas os sobra…

—Nunca hemos pretendido darte pena—le aseguré—. Y no te preocupes, que tendrás tu dinero la semana que viene.

—Por la cuenta que os trae u os veréis como un par de pordioseras, tiradas en la calle.

Era toda amabilidad el tío. Su presencia allí nos cortó el punto por completo, así que nos tomamos un botellín cada una y salimos zumbando para casa.

Capítulo 4



El siguiente día fue aún mejor y ya me frotaba las manos. La gente hasta llegó a hacer cola en la puerta y eso jamás lo habíamos visto allí.

—¿Quién se tiene que morder la lengua ahora? —miraba Becka hacia fuera, hacia el local de Tracy.

—Esa arpía, desde luego.

—Ni la menciones que se planta aquí. Es por lo de las invocaciones. Una vez mi prima se empeñó en traer una *ouija* y…

—Se invoca a los espíritus, Becka. Esa es una bruja, es distinto—reí.

—Ah, es verdad. Mira, si cada vez llegan más.

Quien también llegó, a última hora, fue el cerdo de Tim.

—No me digáis que con todos los clientes del día no me podéis ir pagando algo.

—Vale, vale. Te dejo abonado el alquiler del mes pasado ahora mismo.

—¿Y el de este?

—Es que tengo todos los pagos atrasados: luz, agua… Si me cortan el suministro no podremos trabajar. Deja que me vaya poniendo al día con ellos también y la semana que viene, sin falta, te pago el alquiler de este mes.

—¡¡Sin falta!! Porque en el contrato pone bien claro que, pasados diez días sin abonar la mensualidad, tengo derecho a poneros de patitas en la calle. Y ya han pasado el doble. Fijaos si soy considerado.

Se largó con el dinero y Becka salió del baño.

—Te juro que me he metido ahí para no contestarle. ¿Considerado? El muy cabronazo es un interesado y sabe que, más tarde o más temprano, le pagaremos. Por eso nos ha consentido el retraso, porque sabe que nos vamos a dejar el espinazo.

—Sí, claro, mira por sus intereses. Pasa de él, lo importante es que estamos remontando, ¡¡y mucho antes de lo que pensé!!

—Es verdad, nos estamos dando unas panzadas de currar alucinantes, pero está mereciendo la pena. En nada, estaremos al día.

—Y te prometo que, en cuanto pueda, te subiré el sueldo.

—Déjate de tontunas que eso no hace falta. Vamos las dos en el mismo barco. Con tal de que me invites a unas cañas, me doy por bien pagada.

—Te conformas con poco.

—¿Has visto? Si es que lo tengo todo, soy una maravilla con piernas.

—Como amiga, desde luego que lo eres—le di un abrazo.

Esa noche no nos encontramos en el bar con Tim, por suerte, sino con un par de chicos muy simpáticos con los que jugamos una partida al billar. Después, quisieron invitarnos a tomar algo, pero aún estábamos a jueves y el cuerpo no nos daba para más.

Nos fuimos para casa cogidas del brazo. Se nos notaba la alegría y no parábamos de gastar bromas.

—Pues el rubito, a pesar de no ser mulato, no estaba nada mal.

—Es que a un mulato no le pega nada ser rubio.

—Pues yo lo que le hubiera pegado es un buen revolcón, que estoy que me salgo y que necesito marcha para el cuerpo.

Entramos en el bloque y ya nos estaba esperando Zoe, la dueña del apartamento. De eso no he comentado nada todavía, pero también le debíamos el último mes. Ella no era una mala persona como Tim y por eso nos habló con cariño, pero andaba apurada.

—Zoe, buenas noches. Te prometo que te pagaremos en unos días, te lo prometo.

—Chicas, es que he visto que las cosas os van mejor y no puedo aguantar más. A mí se me ha caído el mundo encima.

—¿Y eso? —le preguntamos.

—Ya sabéis que ando fatal con la úlcera de estómago y me tuve que venir del trabajo. Menos mal que este piso lo heredé de mis padres, porque ahora resulta que mi marido me ha abandonado y que, prácticamente, necesito el dinero del alquiler para comer.

—No lo sabíamos, Zoe.

—Es que no os quise apretar las tuercas porque sabía que lo estabais pasando fatal, pero ahora…

—Pásate mañana por la peluquería y te pagamos el mes.

—¿De verdad? ¿Podéis ya mañana?

—Sí, reuniremos lo de Tim en unos días más. Nos las apañaremos—miré a Becka cuyo mutismo fue total.

Una vez dentro del apartamento, me habló.

—La maniobra es un poco arriesgada, ¿y si no reunimos todo el dinero para pagarle a Tim la semana que viene? Ese nos echa, nos tiene declarada la guerra.

—¿Tú has visto la peluquería? Está de bote en bote. Y a mí se me ha partido el corazón al escuchar a Zoe. Ella no puede esperar más.

—Tú sí que lo tienes grande. El corazón y lo que lo envuelve. Qué suerte la tuya, capulla. A ti no te hace falta ningún aumento de pecho.

Me fui a dormir más tranquila. Zoe había permanecido muda cuando necesitaba el dinero. Justo era que le diéramos prioridad.

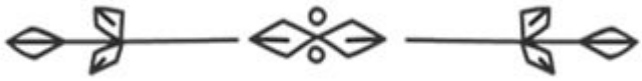
Ya en la cama, me hice un calendario de pagos. El problema de cuando te has atrasado tanto, es que llega un momento en el que, por mucha pasta que entre en la caja, más agujeros debes tapar. Lo bueno era poder hacerlo, taparlos, y en ello estaba.

Por la mañana, antes de llegar a la peluquería, nos paramos en una pastelería a desayunar. Allí vendían unos cruasanes rellenos que estaban de auténtico vicio. Hacía meses que no nos dábamos ni un capricho, habíamos estado en la cuerda floja del todo.

—La vida se ve más bonita cuando la miras con la panza llena de azúcar.

Las dos éramos bien golosas y hasta repetimos. Por delante, si todo iba bien, nos quedaba una extenuante jornada de trabajo de muchas horas y lo mejor era echarle carburante al cuerpo.

Capítulo 5



—¿Toda esa gente nos espera? —le pregunté a Becka.

Daba botes de alegría al ver la fila que se había formado delante de la peluquería.

—Afirmativo. Si esto sigue así, tendremos que poner una maquinita de esas de dar números.

—Y que lo digas.

Saludamos a todos los clientes con la mejor de las sonrisas, y hasta tratamos de organizarnos mentalmente para decirles a los que estaban más atrás en la fila que viniesen a una hora determinada, para que no tuvieran que esperar a la intemperie y un buen rato.

Tracy estaba que se subía por las paredes, pues la mayoría eran clientes que nos había quitado y que volvían a nuestra peluquería atraídos por los buenos precios, como quien vuelve con alegría a casa por Navidad.

Un viernes más alegre que ese no lo recordaba en la peluquería. Hasta nos permitimos el detalle de encargar en el bar de al lado unos cafés para los que iban entrando en el local. Y en cuanto esos salían, satisfechos, llegaban otros.

—Estas son las vacas gordas que estaban por venir—me susurraba ella cuando coincidíamos en el mismo carrito cogiendo peines o un secador.

—Por las muchas flacas que hemos tenido.

—Caninas han sido, qué mala racha.

Zoe pasó a última hora de la tarde. La mujer ni siquiera quiso venir temprano. Ella sí que era considerada. Debía andar por los cuarenta y entre que no lo estaba pasando bien y que andaba mal del estómago, su aspecto no era el mejor.

—He esperado a última hora para ver si podéis pagarme o no—nos dijo con un hilo de voz.

—Sí, mujer, si el día se nos ha dado de lujo. Ya verás cómo, a partir de ahora, no nos retrasamos más. ¿Y a ti qué te pasa con ese gesto que me traes? Si estás por echarte a llorar…

—Es que mi marido se fue diciéndome que lo nuestro ya no funcionaba. Y ahora resulta que pienso que quien no le funciona soy yo, porque le he visto de la mano de una de sus compañeras de trabajo por la calle, ¡¡se ha ido porque tiene a otra!!

—Pues entonces, que le den por detrás para que ande hacia delante, que a ti eso ya no te tiene que importar. El muy cobarde no te ha contado ni la verdad…

—Ya, Becka, pero entiéndeme, llevo más de 20 años con Sam. Eso no se olvida de la noche a la mañana.

—Pues tienes que cambiar el chip. Hay que renovarse o morir. Mira nosotras, que nos estábamos comiendo los mocos la semana pasada y ahora no tenemos manos para atender a tantos clientes. A precio casi de saldo, pero al final se nota mucho en la caja.

—Es que a la gente le encanta venir a la peluquería, eso sube la moral.

—Pues la tuya está por los suelos. Siéntate ahí, que te voy a lavar el pelo y a peinarte. Y las puntas también te las voy a cortar, que las tienes de pena.

—Si no me viene bien gastarme ese dinero… Todo lo que me paguéis lo necesito para echar el mes.

—¿Y crees que te vamos a cobrar? A esto invita la casa.

Podía leerle le mente a Becka. Me miraba como pensando en que era muy buena. A mí se me desgarraba el alma al ver así a Zoe. Y si podía contribuir a que se fuese un poco más contenta, lo haría.

—Es que sois… Si no es necesario, de verdad.

—Sí que lo es. Y no quiero verte más con esos pelos. A ti te invita la casa a partir de ahora.

—No, no… Vendré cuando os pueda pagar.

—Pues nosotras no te podíamos pagar y has estado callada, necesitando el dinero. Eso no lo vamos a olvidar.

—Desde luego que no, casi igual que el cabronazo de Tim—se encogió de hombros mi amiga.

—Ese hombre está hecho de la piel del mismísimo diablo. Peor suerte no habéis podido tener con él.

—La misma que hemos tenido buena contigo, no te preocupes por nada. Ea, mira lo guapísima que has quedado—le comenté un rato después.

—Si es que las peluqueras hacéis magia. Me veo hasta menos ojeras…

—Pues eso que no te hemos maquillado.

—Espera, que yo tengo algo en el bolso. Un momento….

Becka decía de mí, pero mejor persona no podía ser tampoco. Enseguida sacó un poco de maquillaje.

—No, no es necesario. Si yo, además, me voy ya zumbando para el supermercado, por si lo cojo abierto y puedo pillar algo de cena, que tengo el frigorífico que se cae un ratón en él y se desnuca.

Nos hartamos de reír con su comentario y enseguida tuve una idea.

—Eso lo dejas para mañana. Y esta noche te invitamos a cenar Becka y yo.

—¡¡Cojonudo!! —opinó mi amiga.

—No, no puedo aceptarlo, ya habéis hecho bastante por mí.

—Tampoco nos vamos a ir a un restaurante de lujo, mujer, ¿te apetece una hamburguesa?

—¿De las de ahí de la esquina? Con sus patatitas y sus aritos de cebolla— murmuró.

—No vayas a decir que no, que la boca se te está haciendo agua, lo mismo que a nosotras.

—Es que no me puedo negar, me habéis dado en el canto del gusto. Me encantan.

—Pus venga, que es un plan baratito y nos lo pasaremos bien.

—Vale, chicas, pero solo porque estoy de un tristón que no me tengo en pie.

—Pues esa tristeza te la sacudes ya, que no ha nacido el hombre que merezca que una carita bonita como la tuya esté tan triste por él.

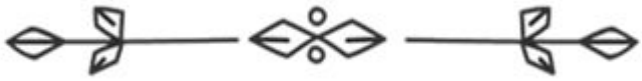
—Le levantáis la moral a un muerto vosotros dos. Alyn, tuve buen ojo cuando le alquilé el apartamento a tu madre, que en paz descanse. Se veía de lejos que era una gran mujer y eres como ella. Y a ti, Becka, te digo tres cuartos de lo mismo.

—Yo soy un poco bicho, pero si no nos ayudamos entre nosotras, ¿entonces qué?

Mi amiga tenía salida para todo. Además de que estábamos contentísimas porque era noche de viernes y el cuerpo lo sabía.

La cena fue tan rica como divertida. Y un par de horas después nos metimos en la cama. El sábado al mediodía, la semana laboral habría terminado. Y no podría hacerlo con un balance mejor.

Capítulo 6



Me las prometía muy felices cuando llegamos a la calle en la que estaba situada mi peluquería. Me imaginaba su puerta abarrotada de gente como la mañana anterior. Y por eso me sorprendió no ver ni un alma en la acera.

—¿Qué es eso? Si Tracy nunca abre los sábados—me hizo girar la cabeza mi amiga.

—Pues parece que ahora sí, ¿y qué miran todos esos?

—¡¡Ay, Dios!! También ha tirado la casa por la ventana, ha bajado los precios…

No pudimos evitar acercarnos. Ella no pagaba local ni suministros, porque estaba en lengua de todos que su novio de la tercera edad se ocupaba de todo eso. A él le iba genial con la escuela de peluquería y se había encaprichado con la Barbie, como la llamaba Becka. Y con tal de retener a su lado a una chica tan joven, como si tenía que vender su alma al diablo.

Así las cosas, ella tenía margen para bajar los precios mucho más que nosotras. Y así lo hizo. ¿El resultado? Todos los que esperaban para entrar en nuestro local cruzaron la calle al ver las ofertas que estaban poniendo en el escaparate, se quedaron hipnotizados y luego entraron en su salón de belleza como si fueran ratones y ella el flautista de Hamelín. Si supiera esa por dónde le hubiese metido yo la flauta.

—Hija de puta, no va a parar hasta hundirnos.

—No digas eso, Becka, algo se nos ocurrirá.

—Con esos precios no podemos competir, Alyn, me duele mucho decírtelo, pero no sirve de nada que te cuente tontunas cuando la realidad es que nos está asfixiando. O peor, cuando nos ha asfixiado ya, porque a ver qué hacemos ahora.

—Igual, más tarde, comienza a venir gente. Venga, vamos a abrir.

—Siento pincharte el globo, bonita, pero todo el que venga acabará en su salón.

—Salvo nuestros clientes de confianza. Algunos han permanecido a nuestro lado en estos meses.

—Cuatro gatos, cariño, con eso no remontamos mientras esa arpía tiene el aforo completo. Eso está peor que una discoteca.

—Venga, vamos a tener fe.

—¿Tú sabes rezar? Pues ve soltando todo el repertorio, porque yo, después de ver esto, me acabo de volver atea.

No es que el panorama estuviese bonito, la verdad. En toda la mañana, tan solo entraron dos clientes y fueron un par de chicos para cortarse el pelo. Total, que a mí lo que me dieron ganas de cortarme fueron las venas.

Al cerrar, experimenté la sensación, más que real, de que mi peluquería tenía los días contados y Becka me lo leyó en los ojos.

—Venga, que antes me he puesto muy plasta y te ha dado el bajón por mi culpa. Saldremos de esta, si siempre salimos de todas…

—No me ha dado el bajón por tu culpa ni mucho menos, Becka. ¿Has visto la caja que hemos hecho hoy? Y ayer le pagamos a Zoe. No nos queda apenas nada. Si no ocurre un milagro, me temo que tendremos que echar el cerrojazo definitivamente de aquí a nada.

—Las he visto más positivas. Igual es a la Barbie a la que se le viene abajo el chiringuito…

—Pues como no sea que venga un huracán y se lleve solo su centro de belleza, no sé yo.

—También podríamos fabricar una bomba casera, no lo veo descartable.

—Tendría que ser casera, sí, porque pagarla, como que no la podríamos pagar tampoco.

—Venga, ¿y si nos echamos un rato de siesta y esta noche salimos tú y yo a tomar unas copas?

—No tenemos dinero ni para salir a tomar viento, que no es lo mismo.

—Ese sopla gratis, o soplaba, porque ya va amainando. Es que dicen que después del temporal siempre llega la calma.

—La calma ya ha llegado, pero a nuestro local. No sé si nos trae demasiada cuenta.

El fin de semana lo vivimos con mucha tristeza.

—Venga, tómate una copita más de vino—me decía mi amiga mientras me la servía.

—Qué poco nos ha durado lo bueno, nena.

—Eso no se sabe. Todavía pueden ocurrir muchas cosas.

—Sí, claro… Anda que no lo flipas nada. Tienen que ocurrir muchas cosas, todas buenas y encima rápidas. El desgraciado de Tim nos dejó bien claro que si no le hemos pagado el viernes que viene, ya podemos desalojar.

—Yo sí que lo desalojaba a él, pero del mundo.

—Es un malnacido, pero no tiene nada de particular que quiera cobrar. Cualquiera lo haría.

—Le sale la pasta por las orejas. Sabes que es dueño de un montón de locales que encima heredó de su padre. Ignora lo que es doblar el lomo y viene con una prepotencia que… Buff, me sale la furia asesina cuando pienso en él.

—No paro de estrujarme el cerebro para ver si me viene alguna idea, pero va a ser que no.

—De verdad que esto debe tener arreglo. Y un milagro de Navidad no puede ser, porque ya ha pasado.

—Ya veremos, niña, ya veremos.

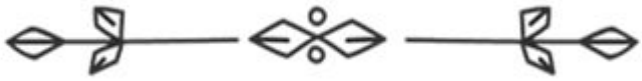
Me sentía como un alma en pena. Cuando has puesto el alma y la vida en un negocio, y piensas en tener que cerrarlo para siempre, el corazón se te hace jirones. Además, que había otro problema, ¿de qué íbamos a vivir a partir de ese momento?

Becka estaba tan preocupada como yo. No corrían buenos tiempos para encontrar trabajo y de todos es sabido que las facturas se acumulan demasiado pronto. Y que tenemos la mala costumbre de comer todos los días.

Me sentía fatal y no podía quitarme esa idea de la cabeza ni en broma. En momentos así, echaba mucho de menos a mi madre, quien siempre tenía una palabra de aliento para mí. La adoraba.

Crecí sin padre. Nada me dijo de él, nunca. Sus labios no los quiso despegar al respecto. Supuse que la historia que viviera con él terminó de la peor manera y lo único que me confesó fue que estuvo sola desde el principio, desde que se enteró de su embarazo. Mi madre fue una de esas guerreras anónimas que crio a su hija ella solita sin que nadie le echase un cable.

Capítulo 7



El lunes, lejos de mejorar, la cosa empeoró. En toda la mañana solo entró una clienta, Virgine, a lavarse y marcarse. Una señora mayor y muy salada, por cierto.

—Niñas, ¿qué es lo regalan allí enfrente? Está la acera que parece una verbena.

—La Barbie, que ha tirado los precios para obligarnos a cerrar. Y luego los subirá más incluso que antes, pero cuando se haya asegurado de borrarnos del mapa.

—Te explicas como un libro abierto, Becka. Pues allí no pienso pisar. Ojalá os pudiera ayudar, ¿es que ya no existe la fidelidad en la clientela?

—Se ve que no. Nosotras bajamos los precios las primeras, pero por necesidad—le expliqué.

—Ya, porque a ella le salió del kiwi poner su centro de belleza enfrente. Becka y tú estabais aquí antes. Yo con esa no me voy ni borracha.

—Hablando de eso, tenemos una botella en el almacén, ¿brindamos?

Becka hizo una propuesta un tanto insólita dadas las circunstancias, aunque es mucha la gente que opina que el mal tiempo se combate con buena cara. Y eso hicimos.

—¿De qué es?

—De licor de hierbas, Virgine, ahora mismo vamos a brindar.

La sacó y sirvió tres chupitos.

—¡¡Por vosotras, chicas!! ¡¡Y por vuestros sueños!! Ojalá que encontréis la manera de darle a esa engreída en toda la cara.

—Dios te escuche, Virgine.

—Siempre lo hace, de verdad.

—Yo le he dicho a Alyn que vaya rezando ella, que me he quedado sin fe.

—Pues yo de ti no lo haría, Becka, porque al final saldrá el sol y el de ahí arriba tendrá algo que ver, os lo aseguro. La justicia divina existe. Tengo un porrón de años y lo he visto muchas veces.

Quise creer en sus palabras, pero los días comenzaron a correr y nuestra mala suerte seguía intacta. Parecía habernos cogido mucho cariño.

El jueves por la noche, se nos coló Tim. Mucho había tardado.

—Mañana, mañana es el día, ¿tendréis el dinero, niñatas?

—¿Qué es eso de niñatas? ¿Tú quién te crees para tratarnos así? —dio un paso al frente mi amiga.

—Si lo preferís, os llamo guarrillas… La guarrilla rubia (se refirió a ella) y la guarrilla morena (me miró a mí).

—¡¡Te saco los ojos!! —le chilló mi amiga mientras se le abalanzó. No obstante, no pude más y fue yo quien le hice frente.

—¡¡Que sea la última vez en tu puñetera vida que nos faltes al respeto!

—Ole mi amiga—me aplaudió ella.

—Y que sepas también que aquí el único guarro eres tú, que pareces tenerle alergia al agua—le solté en toda su cara.

—¡¡Os vais a arrepentir!! Si mañana por la noche no tenéis el dinero, ¡¡a la puta calle!! Y me ha contado un pajarito que las cosas os vuelven a ir como el culo, si es que sois dos inútiles…

Se marchó dando uno de sus portazos.

—Lo bueno será que no tendremos que aguantarlo más. Lo sabes, ¿no?

—Sí, mi niña. Lo sé, pero solo eso, porque en lo único en lo que tiene razón ese sinvergüenza es en que nos va de culo y cuesta abajo. No sé cómo nos las vamos a agenciar.

—Ven, que te doy un abracito de esos curativos.

—Prueba a ver si también puede ser milagroso, por favor.

—Ni que fuera yo la Virgen de Lourdes, que de virgen tengo bien poco, la verdad. Y menos mal, solo me faltaba ya—suspiró.

Llegamos a casa cabizbajas. Y encima apenas teníamos nada para comer allí.

—Puedo cocer un poco de arroz y nos queda un huevo: la mitad para cada una—me anunció.

—Dime al menos que queda algo de tomate frito, porfi.

—Sí, un brick abierto. Espera, que compruebo si sigue bien… Mala suerte, a la basura que va.

Nunca nos habíamos visto con el agua al cuello de ese modo. Jamás nos sobró el dinero, pero tampoco llegamos a ese nivel de penuria.

—Vale, pues sin tomate.

—Venga, anima esa cara, que nos queda algo de vino. Una copa para compartir entre las dos, calculo.

—Menuda cogorza que nos pillaremos entonces.

—Sí, ¡¡fiesta!!

Nos echamos a reír por no llorar. Y tras la humilde cena, nos sentamos a ver una película, una comedia romántica con el actor de moda como protagonista.

—El tío está que cruje. Y mira que no es mulato, pero a ese lo cogía yo y… ¡¡no iba a chillar nada!!

—Tú y cualquiera, Becka. Mira que no tengo ganas ni de mirarme, pero con ese me entrarían de repente.

—Quien te gustaría que te entrase es él, guarrilla…

—Vas a estar peor que Tim. Es que Leonardo Devlin es mucho Leonardo Devlin, nena.

—Y que lo digas. ¿Y ese apellido de dónde lo viene?

—Es celta, por su abuelo.

—O sea, que el abuelo era un *Highlander* de esos, ¿no? Así está el tío de bueno, le viene de herencia… Qué cuerpo. Vaya cara guapa que tiene, es el más guapo del globo. A mí me sonríe con esos labios tan gruesos y es que me tiro encima de él y le hago ventosa con los míos.

—Tranquila, anda, que vas a encharcar el sofá.

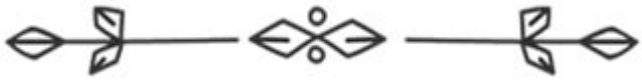
—Pues no te diría yo que no, la verdad, porque me estoy notando chorreando.

—No, si vas a ser una guarrilla de verdad… Tira para el baño.

—Pero me vas contando lo que pasa y si sale alguna escena de sexo me llamas volando, que esa no me la pierdo.

Lo que procurábamos no perder era el sentido del humor, pese a lo mal que se nos estaban planteando las cosas.

Capítulo 8



Tracy estaba en la puerta con la señal de la victoria en los ojos cuando llegamos el viernes por la mañana.

—Sonríe, que no nos vea abatidas en ningún momento. Y si dice algo, me dejas a mí, que una vez me pusieron los cuernos y embisto como un toro.

—Becka, no entres en su juego.

—Pues anda que tenemos ya mucho que perder.

—La dignidad, que es lo único que nos queda.

—Tú eres de las que opina que de esto se tiene que encargar el karma, ya lo sé, pero yo soy más rápida y práctica: le voy a retorcer el pescuezo.

—¡¡Quieta ahí!! —la agarré por el brazo y la metí para dentro.

Un rato después, las dos estábamos limpiando sobre limpio, porque no teníamos ni un solo cliente que atender.

—Mira, por ahí viene Theodore, al menos uno.

—Chicas, buenos días. Vengo a cortarme el pelo y a despedirme.

—Porque te lo vas a empezar a cortar ahí enfrente, ¿no? Al menos uno que se despide.

—No, no… A mí no me gusta nada la tal Tracy esa. Es que me mudo de barrio y este me quedará muy lejos, que si no…

—Para un cliente fiel que tenemos y se nos va, ¿se puede ser más desgraciadas?

—Os está haciendo polvo, ¿no? Ojalá la gente le diera de lado y os montarais en el dólar.

—Cerramos esta noche, poca opción vamos a tener ya.

—¿Esta noche? Qué pena. Ojalá pudiera ayudaros, pero si me mudo es porque me ha salido trabajo. Llevaba una temporadita en el paro. No está nada fácil conseguir uno.

Sin darse cuenta, nos bajó aún más la moral. Nos miramos y suspiramos. Al poco, se marchó y no volvió a entrar nadie. Excepto Virgine con el carrito de la compra para saludarnos.

—En cinco minutos cerramos—le comenté.

—Es más pronto de lo habitual, Alyn.

—¿Y qué más da? ¿O es que crees que va a entrar alguien más?

—¡¡Madre mía, madre mía!! —exclamó Becka justo cuando ella se marchó y la acompañó hasta la puerta.

—¿Tu madre? Si nunca ha venido.

—No, ¡¡la madre que me parió!!

—La misma es, ¿no? ¿Es que te has fumado un peta?

—Que no, mira hacia la puerta…

—Pero si es Leonardo Devlin… Eso es que no nos hemos despertado todavía, Becka.

—Que sí, chalada, que estamos despiertas y él está… Él está de vicio.

La puerta se abrió en ese momento. Teníamos las luces encendidas, pero si no… Si no, no habrían hecho falta porque su sonrisa lo iluminaba todo.

Sus ojos azules parecieron entrar en el local hasta antes él. Hablaban solos, tenían una vida… Venía imponente, en plan casual total, con jeans,

sudadera y un chaquetón de plumas acolchado que era una virguería, en color verde agua, que realzaba más el moreno de su piel.

—Buenas tardes, chicas. ¿Llego a tiempo para cortarme el pelo? —nos preguntó con una preciosa sonrisa de oreja a oreja. Aquel bombonazo de actor de 34, que estaba en boca de todos, tenía fama no solo de guapísimo, sino también de simpático.

—¿Que si llegas a tiempo? Llevamos toda la vida esperándote—le contestó Becka al ver que me quedé muda, con el corazón bombeándome a tope. No podía latirme más fuerte, me daba la impresión de que se me saldría del pecho.

—Gracias.

—Eres, eres…

—Soy Leonardo Devlin, sí. Ningún doble ni nada parecido. Soy yo.

—Ya, que te lo preguntarán mucho.

—Sí, ¿cómo os llamáis vosotras?

—Yo soy Becka y ella es mi jefa, Alyn.

—Alyn—repitió en ese momento como quien recita el texto de uno de sus guiones.

—Sí, y yo Becka, ya te lo he dicho. Estamos encantadas de verte por aquí.

—Yo también de haber venido.

No soy ninguna vanidosa. Simplemente noté que me miraba mucho.

—¿Qué te vas a hacer, Leonardo? —le pregunté totalmente impactada.

—Menos mal, creí que eras muda.

—¿Alyn muda? No, también habla por los codos… No tantos disparates como yo, pero habla tela. Es que nos has dejado… Vaya, que no te esperábamos.

—¿Pero bien? —nos preguntó.

—¿Que si bien? Yo estoy al borde del infarto—le contestó Becka.

—No quisiera tener que llamar a ninguna ambulancia.

Él hablaba con gracia, con palabras y con sus gestos, gesticulaba mucho. Yo seguía con cara de alucinada, en ese momento parecía que quien se hubiese fumado un peta fuera yo.

—No, no te preocupes. ¿Y dices que te vas a cortar?

—Sí, el pelo, que te veo un poco distraída—bromeó.

—No va a ser el cuello, hombre.

—Pues como no dejen de temblarte las manos, ya veremos.

Becka se las miró y cierto que le temblaban tela.

—Yo te lo cortaré, no te preocupes—le comenté.

—Has escuchado que solo el pelo, ¿no?

Me hizo sonreír y eso que me costaba salir del shock en el que me sumió verle entrar. Igual, con tanto como visualizamos su imagen la noche anterior le habíamos atraído, ¿o de qué iba aquello?

—Sí, sí, perfectamente, ¿cómo lo quieres?

—Eso, ¿como lo llevas ahora o como te lo dejaste para esa peli…? ¿Cómo se llamaba, en la que hacías de hacker que estabas para…? —se preguntaba Becka.

La miré y echó el freno.

—No, no, mejor como lo llevo ahora o, ¿tú qué opinas? —me miró.

—Yo opino que es muy raro que hayas recalado por aquí, ¿no?

—Me refería al pelo, pero entiendo lo que dices. No había venido nunca, es cierto.

—¿Y qué ha cambiado para que lo hagas? —le interrogué sin dejar de estar impactada.

—Quería conocer la zona y vuestro letrero me ha llamado la atención. Así que pensé que un corte de pelo no me vendría mal. Y aquí estamos.

—Pues estupendo, Leonardo, vamos a la obra.

—¿Me llamas Leo, por favor? Lo prefiero.

—Pues claro, Leo—le contestó Becka, viendo que se había quedado un poco fuera de la conversación.

—Sí, tú también, por favor.

—Pasa por aquí, Leo. Te voy a lavar el pelo antes—le pedí.

—Nada me relaja más en el mundo.

Comenzó a hablarnos como si nos conociera de toda la vida. Y hasta nos habló de los detalles de la presentación de su nueva película, una en la que hacía de ladrón de guante blanco y tenía una trama un tanto complicada.

—Lo que debe ser una presentación de esas, ¿no? —le preguntó mi amiga.

—Sí, miles de flases puestos en uno. Es el precio de la fama. No es la parte que más me guste, pero lo es—le contestó mientras miraba me miraba de reojo. Le masajeaba la cabeza y se notaba que eso le gustaba muchísimo.

Me resultó curioso, porque Becka era tremenda y, sin embargo, se quedó tan ensimismada por su presencia que apenas sabía lo que hacer. Por eso tomé las riendas incluso del lavado de su cabeza, algo que hubiera hecho ella en otras circunstancias.

Cuando terminamos, le preparé para pasarle al asiento y me volvió a preguntar.

—¿Lo dejarías igual o cambiarías algo?

—Quizás un poco más largo por arriba de lo que te suelen cortar. Creo que te favorecería.

—Pues lo dejo a tu elección.

Aquella estrella del cine dejaba a mi elección el estilo de su corte de pelo. Cualquier profesional se habría podido desmayar ante una sugerencia así, pero yo tenía tantos problemas en ese momento que eso amortiguó el impacto.

Le fui descargando de los lados y apenas de arriba, para que le quedase algo más largo, como le sugerí. Aún no había acabado cuando me hizo una propuesta que me dejó con las patas colgando. Y eso que estaba de pie.

—Alyn, tú eres la dueña, ¿no?

—Sí.

—¿Te importaría si hago un directo para mis *folowers* y cito el lugar en el que estoy? No creo que eso os perjudique, todo lo contrario.

—¡Me caigo muerta! —exclamó Becka.

—Bueno, si te voy a dejar sin ayudante, igual sí te fastidio.

—No, no, ¿qué dices? Graba, graba todo lo que quieras—le comentó ella.

Me miró a mí y asentí.

—Claro, por favor… En realidad no me lo puedo ni creer, estoy en una nube.

—Espera, espera que lo dejo todo impoluto por si haces una panorámica o algo—le pidió ella.

Becka miraba si podía mejorar algo y lo colocó todo a la perfección.

—Genial, se ve muy bien.

—Bueno, Leo, es una peluquería muy modesta. Si hasta creo que tus seguidores se van a sorprender mucho—añadí.

—Seguro que sí, de que esté en las mejores manos—me guiñó el ojo.

Becka me hizo un gestito de que se caía muerta de verdad y aguanté el tipo, porque el guiño me lo había dedicado y a mis rodillas les costaba sostenerme.

A continuación, ella se vino hacia mí.

—Un momento, por favor, que le voy a hacer un retoque—se puso detrás de mí y me atusó el pelo. También sacó de inmediato un poco de colorete de su bolso y me lo aplicó de dos rápidos brochazos—. Ya estás preciosa.

—Lo estaba también antes—comentó él y no me lo creía.

—Becka, no te apartes, que os sacaré a las dos—le pidió.

—Pues espera otro segundo, que me voy a poner mona.

Enseguida se nos unió y él comenzó con el directo. Se notaba que llevaba muchos años en la profesión, que la cámara le quería y que sabía muy bien cómo dirigirse a esos millones de *folowers* que tenía a lo largo y ancho de todo el mundo. Becka y yo estábamos entre ellos, por supuesto.

Comenzó a enfocarnos y para nuestra sorpresa dijo que estaba en la mejor peluquería del mundo, que se sentía genial con esas chicas tan guapas y simpáticas, que eran unas grandes profesionales, ¡¡y que pensaba seguir volviendo por allí!!

Me costaba creer que todo aquello fuese real. El tirón mediático de alguien como Leo es descomunal y eso podía cambiarnos mucho las cosas. Becka también lo sabía y no paraba de mover las manos en señal de nervios. Cuando él la enfocaba, las dejaba quietecitas, saludaba y vuelta a empezar.

A mí me enfocaba cada dos por tres y me mencionó como quien tuvo "la gran idea" de poner en marcha ese negocio, ¡ni que fuera Amazon! Estaba poniendo mucho empeño en dejarnos bien. Al final, nos hizo despedirnos con un beso y arrimarnos a su cara, para que las tres salieran juntas, ¡¡era de traca!!

—No sé cómo te voy a poder agradecer esto, Leo, si te digo la verdad, aunque por aquí no podrás seguir viniendo salvo que las cosas cambien mucho—le comenté.

—¿Y eso por qué?

—Echamos el cierre esta noche. Ese centro de belleza de ahí enfrente nos ha llevado a la ruina y no puedo con los gastos pendientes—le comenté bajando de la nube en la que su presencia me había subido.

—¿A cuánto asciende la deuda? —enarcó una ceja.

—No, no, por favor te lo pido. No se te ocurra pensar que te lo estoy contando para que me ayudes.

—Ya lo sé y te repito la pregunta. Da igual lo elevada que sea.

—¿Elevada? Es el mes de alquiler del local y poco más, lo que sucede es que cuanto no entra ni Dios por la puerta, todo se hace un mundo. Por eso me he hecho atea—le contestó mi amiga.

—O sea, que encima hablamos de nada y menos. Hagamos una cosa, te dejaré un cheque por 10.000 dólares. Tú paga lo que debes y con el resto comienzas a funcionar—me propuso y entonces, la que casi cae muerta, fui yo.

—No, no, no. Esto no está pasando. No puedo aceptarlo. Además, que debo mucho menos.

—Por eso te he dicho que comiences a funcionar, te dejaría más, pero sé que te pondrías aún peor.

—Es que no puedo, no puedo, me quemaría en las manos ese dinero.

—También te va a quemar la puerta cuando la cierres esta noche. Solo yo sé lo que te costó poner en marcha este local y lo bien que funcionaba hasta

que la tiparraca esa se empeñó en quedarse para ella solita con todo el pastel —intervino Becka señalando a la acera de enfrente.

—Pues como guinda a ese pastel, pienso grabar ahí en la puerta para que nos vea. ¿Ella está dentro? —le preguntó Leo, quien se estaba tomando mucho interés en sus palabras.

—Sí, ¿no ves que el local está petado de gente?

—Pues salgamos. Venga, los tres.

Lo hicimos alucinadas y él comenzó con un nuevo directo. Con la excusa de enseñar la calle y demás, logró atraer la atención de una clienta que salió del local de Tracy y que se le quedó mirando. La mujer se ajustó sus gafas porque no se lo creía y, al ver que era cierto, volvió a entrar y lo comentó.

El centro se quedó vacío, todos salieron a la calle y la primera Tracy, quien roja de rabia salió a la puerta para comprobar con sus propios ojos eso de que Leonardo Devlin estaba en mi local.

Sin más, cruzó de acera, casi sin mirar, que se la pudieron llevar por delante, y se acercó.

—Leo, Leo, que sé que te gusta que te llamen así, ¿qué te trae por este barrio? —le preguntó la Barbie de ella.

—Leonardo si no te importa. Leo solo me llaman mis amigos—le dio un corte mortal él a nuestra enemiga número uno. Y una única enemiga, por cierto.

—Perdona, es la emoción. Si necesitas cualquier cosa, que sepas que en mi centro de belleza estaremos más que encantadas de poder ayudarte. ¿Quieres pasar a verlo?

—No gracias, estoy encantado con el servicio que me han ofrecido ellas y no necesito nada más. Y ahora, si no te importa—le indicó que se apartase.

—Eso por chupacámaras—le dijo por lo bajo Becka.

La otra se fue bufando y muchos de sus clientes se le acercaron. Él cortó la grabación y los atendió, no sin antes "dejarles caer" que como en mi peluquería, en ninguna parte.

Cada uno de ellos le fue dando la razón. Tenía una labia increíble y se los iba metiendo a todos en el bolsillo, máxime cuando se dio la circunstancia de que en ese momento casi todos los que estaban allí eran mujeres. Y los hombres que había se fijaban en su corte de pelo para emularlo.

Conforme se fueron marchando, le di las gracias.

—Te prometo, te lo prometo, que ese dinero te lo devolveré en cuanto pueda.

—Algo me dice que lo reunirás muy pronto, pero no quiero que me lo devuelvas. Considéralo mi aportación a tu negocio. Hay que apoyar a la gente emprendedora, que es quien más jodido lo tiene.

—¡¡Así se habla!! —exclamó Becka.

—Pero entonces estaría en deuda eterna contigo—añadí.

—Bueno, ya se me ocurrirá alguna forma de que la saldes. Y ahora, os invito a almorzar a las dos.

Cada vez me lo podía creer menos. Aquella estrella del cine, ¿tendría algo que ver con mi ángel de la guarda por eso de venir del cielo? Pues podía ser, porque no me podía creer que tuviese tanta suerte, que de pronto me diese la cara cuando la tuve de espaldas durante tanto tiempo.

Nos marchamos las dos. Nos hizo subir en su cochazo y nos llevó a un restaurante que sabíamos que era de sus preferidos porque Becka y yo seguíamos sus pasos desde siempre.

Qué poco nos podíamos imaginar que también estaríamos allí un día, con él, compartiendo mesa, como si fuésemos los mejores amigos.

—Es que no sé qué decir, todavía estoy en shock—le comenté.

—Pues ya es hora de que te relajes, ¿nos haces una foto, Becka? —le pidió y puse mi mejor sonrisa, y eso que no salía de mi asombro al ver

cómo me echaba el brazo por encima.

—Ahora os echo una a vosotros o mi amiga me sacará los ojos—le comenté.

—Así es ella, me va dejando fatal por todos lados. No es verdad, sería para matarme a palos si dijera eso porque Alyn es la mejor.

—Pues nunca me lo habías dicho.

—Es que nunca había estado tan contenta como hoy.

Mil bromas nos gastamos todos durante el almuerzo, del cual no puedo negar que saqué la conclusión de que Leo me miraba mucho. Becka también se estaba dando cuenta, incluso no dudó en comentármelo en cuanto él se levantó un momento para atender a una familia que le reconoció.

—Te mira todo el rato, no te quita ojo de encima, ¡¡es para alucinar!!

—Sí, creo que le caigo bien. Me he dado cuenta. Pero que tú también le caes genial.

—Déjate de pamplinas, claro que no le caigo mal, pero contigo tiene algo especial, ¡¡a mí me va a dar algo!!

Al final del almuerzo, seguíamos de lo más emocionadas. Era impresionante todo lo que nos había pasado a su lado.

—Nos vemos pronto, —me comentó cuando enfilamos la calle de la peluquería. Iba sentada en el asiento del copiloto y de lo más incrédula. ¿Y eso a santo de qué? Esa era mi pregunta por mucho que me invadiese la emoción.

Seguía sin dar crédito y eso que no sabía cuál sería la siguiente sorpresa del día: en la calle había tanta gente esperando a que abriésemos las puertas que hasta tuvo que acudir un agente de policía a poner orden.

—¡¡Guauuuuuu!! ¿Cómo vamos a atender a todos esos?

Mi amiga pronunció en alto la pregunta que también me hice. Es que no sabríamos ni por dónde comenzar.

Nos bajamos del coche y Leo me dedicó una última e intensa mirada desde su ventanilla. No dijo nada más, solo me deseó buena suerte con esa mirada. Hay cosas que se leen en los ojos más que en los labios.

A los clientes les dio igual cuando comentamos que sería imposible atenderles a todos en esa misma tarde. Estaban de acuerdo en que volverían al día siguiente a al otro, cuando les tocase, pero que querían que les atendiéramos nosotras.

El efecto Leonardo Devlin había llegado hasta nuestras puertas. Y nada me haría más feliz que poder aprovecharlo. Y encima comenzaba sin

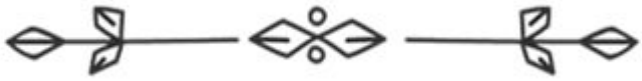
agobios económicos porque me había dejado un cheque para que no partiese de cero.

Aquella noche, cuando llegó el indecente de Tim, se frotó las manos al ver que no solo le dejamos pagado el mes corriente, sino también el siguiente por adelantado.

—Ya he escuchado lo que ha pasado. No os van a faltar clientes. Y claro, si a vosotras os va así de bien, es justo que nos beneficiemos todos. Igual me voy pensando cuánto os subo el alquiler.

—Y entonces igual nos vamos pensando nosotras dónde trasladarnos. Lo mismo lo hacemos sin que nos lo subas—respondí a sus aprovechadas palabras con rapidez.

Capítulo 9



Tim no volvió a molestarnos. El toque de atención que le habíamos dado fue suficiente. Aparte, que la suerte parecía habernos cambiado en todos los sentidos.

Durante la semana siguiente saboreamos las mieles de la felicidad, esa que no viene en tarritos concentrados, pero que la saboreas igual.

Día a día, el número de nuestros clientes crecía de un modo que nos veíamos y nos las deseábamos para atenderlos. Becka se pasaba el día cantando de lo contenta que estaba, mientras que nos faltaban manos para trabajar.

—Te tienes que plantear que vamos a necesitar más gente, Alyn. Sabes que no es por el curro, pero si tuviéramos alguien más aquí con nosotras adelantaríamos. Al menos para que lave cabezas. Yo estoy encantada de echar más horas que un reloj, pero no quiero que se nos espante la clientela por no dar abasto. Sería un crimen.

—Tienes toda la razón, ¿se te ocurre alguien? Porque la necesitaríamos para ayer.

—Se me ocurre. Pero no es "la", ¿recuerdas a mi primo Micky?

—Sí, sí, me comentaste que también estaba haciendo un curso de peluquería, ¿no?

—Sí, y es de lo poco que se puede salvar de mi familia, ¿no lo conoces?

—Alguna vez lo he visto de niño, porque le llevamos unos cuantos años, me parece, ¿me equivoco?

—No, no, tiene veinte ahora. Glamuroso como él solo. Y nos vamos a partir de la risa. ¿Le digo que venga y le haces una prueba?

—No, no. Dile que venga directo a lavar cabezas, no hay prueba que valga. Lo único que hay aquí es prisa.

Estábamos a jueves y la semanita había sido de lo más intensa. Era mediodía y le llamó. Él chaval no tardó ni media hora en aparecer por el marco de la puerta.

—¡¡Hola, hola!! Así que esta es la peluquería de la que todos hablan. Por favor, pues mucho *flow* no le veo. Que sí, que está mona, pero que esto precisa cambios y se los vamos a dar, ¡no os preocupéis!

—Así que tenía glamur y también pluma—le guiñé un ojo a mi amiga.

—¿Pluma? No, este tiene el plumero entero. Menudo fichaje hemos hecho.

—Ya lo veo, ya…

El desparpajo del chico, con los pocos años que tenía, era evidente. Y la gracia también la vendía a puñados. Desde luego que con él no nos aburriríamos.

De inmediato se puso a lavar cabezas.

—Venga, y ahora un poco de relajación. Piensa que estás en las Maldivas, al lado de un pedazo de tío que te va a meter de todo menos miedo y que te lleva hacia el agua. Tú solo deja la mente en blanco e imagínate gozando—le comentó a una clienta.

Verídico, así era él, como os lo cuento. Eso con las mujeres, que se mostraban encantadas y que se reían a tope, sin poder parar de carcajearse a consecuencia de las burradas que les soltaba. Y luego estaban los hombres. Si le gustaban, se ponía bizco o dejaba los ojos en blanco mientras, extasiado, les masajeaba el cuero cabelludo.

—Con ese último parecías haber entrado en trance—le comentó su prima, una vez que cerramos.

—¿Tú le has visto los labios? Si son de los que van chillando *"kiss me",* ¿qué culpa tengo de eso?

—Ninguna, claro. Que no.

—Chicos, chicos, ¡¡esta caja es la bomba!! —les decía yo.

—¿A ver? —se acercó él.

Cogí una serie de billetes y los tiré por encima de los tres, como si estuvieran lloviendo dólares.

—Esto sí que moja, esto moja más que Chris Hemsworth, qué suerte tiene la Pataky. Pero que un día se lo robo, se lo robo. Estoy esperando a que le salgan patas de gallo.

—¿A él o a ella?

—A ella, a ella, que tiene siete años más que él.

—Pues espérate sentado, porque está divina y lo va a seguir estando.

—Becka, las malas noticias me las tienes que ir dando poco a poco, ¿eh? —se puso la mano en la frente y volteó la cabeza.

—Sí, que estos pertenecen a la generación de los que gritan "¡ansiedad!"… Y se caen de espaldas—le recordé.

—Pues ten cuidadito con la ansiedad, primo, que igual que te he llamado, cojo un palo y te pongo fino.

—El palo se lo daba yo a ese que ha venido antes y no se ha querido rapar, la madre que lo trajo a este fantástico mundo.

—¿El mundo te parece fantástico? Eso es bueno.

—Sí, salvo cuando veo a calvos como ese que vienen solo para cortarse las pelusas de alrededor, es patético. Ese sí me ha generado ansiedad.

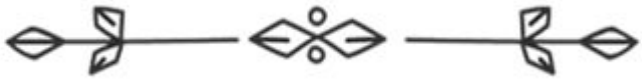
—¿Yale?

—Sí, el mismo que se ha ido con la cabeza como un fraile, ¿no le da vergüenza al tío?

—Es que no le gustan las cabezas rapadas.

—Joder, que se me han puesto las vellos como llaves de halen, yo tampoco soy nazi. Me refiero a esos rapados que causan taquicardias, esos machos alfa que…

Capítulo 10



De quien tampoco habíamos vuelto a saber en toda la semana fue de Leo. Y lo hablábamos en el almuerzo del jueves.

—¿Cómo fue? ¿Cómo fue ese momento en el que seguro que se echó mano al flequillo, se lo echó para atrás y cruzó el umbral de la puerta, cual dios griego que es, como si estuviese en pleno olimpo? —nos preguntaba.

—Qué pompa le das a todo, primo. No hubo nada de eso, ¿verdad, Alyn? Nosotras ya nos íbamos, con carita de pena porque estábamos en las últimas, y él apareció como si nada. Que se quería cortar el pelo, nos dijo, a nosotras… Dos peluqueras de uno de los barrios más humildes de Queens.

Se lo contábamos mientras volvíamos a la peluquería, la cual solo cerrábamos una hora al mediodía para ir a comer a un restaurante cercano. Más tiempo no teníamos porque seguíamos desbordadas, aunque la inmensa alegría que eso nos proporcionaba hacía que nos salieran alas para estar volando todo el día de aquí para allá.

—¿Y en qué habéis quedado?

—En que nos volveríamos a ver. Pero claro, que igual es un decir, porque se fue y no hemos sabido nada más. Y sin queja, que jamás le agradeceremos lo suficiente lo que hizo por nosotras.

—Es que lo de hacer un directo desde la peluquería fue un puntazo. El tío parecía venir a tiro hecho.

—Pues una pistola no traía.

—La llevaría, pero escondida, que ese es otro que como el de la Pataky, que está para llevárselo envuelto para regalo. Y ya os diría yo dónde le pondría el lazo.

—Pues el lazo más bien parecía querer echárselo a Alyn, no le quitaba ojo.

—Que no, Becka, ¿qué dices?

—Tú misma te diste cuenta de que te miraba, no digas ahora que no.

—Se fijaría por cualquier cosa, le haría gracia.

—Sí, ¿no ves que llevabas puesta la nariz roja de payaso? Le gustaste, se notó.

—Anda ya, bastante fue con lo que hizo, que aún no me lo creo.

—Es que lo que la gente no sabe es que también le dejó un cheque por 10.000 dólares para que fuese tirando, Micky.

—¿Se dejó caer así? Eso es que le gustaste, Becka tiene razón.

—¿Qué tendrá que ver? Me notó el apuro, me lo olió como un sabueso.

—Pues un perro no es. A mí me pone *tó* perra, eso sí—hizo él como que se tocaba.

Tenía mucha gracia el chaval. Y el tema de Leo le flipaba como a todos. Yo aún lo estaba digiriendo y en más de una ocasión llegué a soñar que volvía por la pelu y que me hacía una proposición, algo que no les confesé a aquellos dos o tendría cachondeo para rato.

—Mirad la de gente que nos espera ya—señalé la fila de la puerta.

—Pero entonces, que yo me entere, la pistola no la sacó, pero vino con la varita, en plan hado padrino, ¿no?

—Más o menos—le decía su prima.

—Vamos a hacer una porra, ¿cuánto decís que tarda en aparecer? Yo digo que no pasa de hoy, que es viernes.

—Pues yo que como mucho en unos días.

—Yo apuesto que fue un milagro, ese que estábamos pidiendo, pero que por aquí no vuelve. Aunque yo ese dinero se lo pienso devolver.

—Ya salió Miss Responsable, qué coraje me da. Si eso se lo gasta Leo en un café.

—¿Os pidió él que le llamarais Leo?

—Sí, sí, claro. Y hasta nos invitó a almorzar. Me puso las bragas que se podían exprimir cuando lo dijo.

—Becka por favor.

—¿Qué pasa? Si es la verdad.

La tarde volvió a estar increíblemente movidita. Y cuando íbamos echando el cierre por la noche, recibimos una visita.

—Lo siento, ya estamos cerrados. Pero si quieres, entra y a ver qué puedo hacer contigo—corrigió de inmediato Micky al ver el portento que acababa de entrar por las puertas.

—No, no vengo a cortarme el pelo.

—Pero eso se improvisa, da igual. Siéntate, que te voy a dar un masaje que te vas a creer que has muerto y estás en el cielo. Eso sí, no te mueras

que este cuerpo tuyo…

—Micky, por favor—apreté los dientes.

—Si eso es lo que pretendo, Alyn, hacerle un favor.

—Perdonad, no me he presentado—comentó muy paciente y sonriendo—. Soy Keanu, el mánager y amigo de Leo. Tenía que pasar por Queens y me ha encargado que os diga que estáis invitadas mañana al rodaje de su siguiente película.

—¿Mañana sábado? Es que trabajamos.

—Por la tarde, estaremos grabando todo el finde, por eso no hay problema.

—Ah, vale, entonces sí.

—¿Entonces sí, Alyn? ¡¡Entonces bomba!! —Becka comenzó a dar saltos.

—¿Yo también puedo ir? Ahora soy parte del equipo. Prometo contenerme, me morderé la lengua, haré todo lo que vosotros dos queráis—miró muy fijo a Keanu.

—Tú servirías para unirte al reparto, me parece. Claro, puedes venir sin problemas.

—¡¡No os arrepentiréis!! —se echó al suelo de rodillas alzando las manos al techo.

—Primo, qué pedazo de vergüenza. O te levantas, o te levanto de un puntapié que te catapulto a tu casa desde aquí.

—Y así es la vida del sufrido trabajador. Se me suben a la chepa todo el día este par de ingratas cuando lo único que he hecho ha sido traer luz a sus oscuras vidas.

—Le voy a dar una patada, le voy a dar.

—Mejor me dais vuestras direcciones. Pasarán a recogeros mañana a eso de las cuatro.

Keanu salió de allí de lo más divertido y entonces cerró la puerta. Los tres nos pusimos a saltar y a gritar. Yo la primera, porque estaba totalmente escéptica y Micky tuvo razón: de ese viernes no pasó.

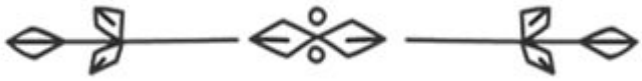
Nos tomamos unas birras a la salida del trabajo esa noche. Estábamos expectantes, con unas ganas impresionantes de pasarlo bien. La vida nos comenzaban a sonreír y nosotros le devolvíamos la más agradecida de las sonrisas.

Antes de salir a trabajar por la mañana, Becka y yo dejamos listo el *outfit* que nos pondríamos al volver unas horas después, con el tiempo justo para ducharnos y salir danzando. Salir danzando la danza de la felicidad, porque no era para menos.

A Leo le llovían las ofertas de trabajo, porque aún no se había estrenado su anterior film, en el que hacía de ladrón de guante blanco, cuando ya estaba inmerso en una nueva propuesta. Esa vez hacía de piloto.

Sería para verle de uniforme. A mí me encantaban y pensarle enfundado en uno de ellos me sacaba la risilla nerviosa. En realidad, todo lo que tuviera que ver con Leo me la sacaba. Supongo que como a tantos millones de chicas, porque se había convertido en un personaje de esos que arrancan suspiros y causan desmayos a su lado. Y todo lo llevaba con una naturalidad que resultaba aún más impactante.

Capítulo 11



Cuando abríamos la baraja, rodeados ya de clientes el sábado por la mañana, vimos a una Tracy abatida que abría la suya. No por eso se mostró más humilde ni nada parecido. Buena era para eso.

En cuanto vio que la miramos, nos devolvió la mirada con un gesto altivo. Eso sí, debió matarla el coraje porque una de sus empleadas se le acercó.

—Tracy, ¿trabajo hoy o me voy?

—De momento no me vas a hacer falta. Después, como llegarán un montón de clientes, tendré que llamarte—disimuló—. Estate atenta al móvil, ¿eh?

—Como si lo quieres apagar—comentó en alto Becka para que se enterase.

—No digas nada, hazme el favor.

—Capaz eres de que ahora te dé pena, ¿te recuerdo que ha intentado destruir tu sueño? Eso es lo que ha hecho esa arpía. Se te tiró a la yugular— insistía mientras entramos y encendíamos las luces.

—Lo sé, pero no soy como ella y no me alegro de sus desgracias.

—Demasiado buena eres. Yo de ti, sacaba a tamaño real una de las fotos que nos hicimos con Leo y la colocaba en toda la puerta, para recordarle el motivo de que aquí haya más gente que en la guerra y que a ella no le entre ya nadie por la suya. Aunque igual tiene suerte y sí le entran, pero para hacerle una inspección, que esa tiene mucho que pagar.

—Déjalo ya, Becka.

—¿Sabes lo que haría en tu lugar?

—Ya me lo has dicho antes, lo de la fotito, no te repitas tanto, anda.

—No, otra cosa: me quedaría con su local. Cuando lo suelte, es decir en nada, lo negociaría. Es mucho más grande, ya está preparado y, de paso, le das un guantazo sin manos que la cabrona esa no olvidará en su vida.

—Paso de nada de eso, la verdad. Ahora que las cosas nos van genial, no quiero pensar en venganzas ni en nada parecido. La vida le ha ido ya ajustando las cuentas, poco a poco.

—Pues todavía le queda mucho por pagar.

—Y pagará, porque todo se paga. El karma es muy justo, yo le encargué una cosita para mi ex y me la cumplió por diez —nos comentó Micky.

—¿Tú tienes un ex? Pero si ayer llevabas pañales, primo.

—Tengo un ex y a eso solo te responderé que los biberones me los sigo tomando, *baby.*

Ella le tiró con una toalla… Los clientes esperaban en la puerta, si bien allí adentro se vivía un ambiente de lo más festivo.

Trabajamos sin parar más que para darle algún que otro sorbo a un café que nos trajeron a cada uno a media mañana. Y al mediodía, cuando cerramos, Micky se tiró sobre uno de los lavacabezas.

—Muerto, estoy muerto en vida, pero dentro de un rato ¡¡hay fiesta!!

—Bueno, vamos al rodaje de su peli. Y allí chitón, que armamos un follón de los nuestros y llaman a la Policía. A Leo no quiero darle ningún disgusto, chicos.

—Claro que no, quieres darle un revolcón, como todos. Aunque tampoco le haría yo asco a su representante.

—¿Al tal Keanu? Ese es otro que servía para un anuncio de esos de perfumes que van en un barco y….

Entrecerró los ojos Micky. Ya se veía en el barco también. Tenía una imaginación prodigiosa y con él nos lo pasábamos de lujo.

Antes de marcharnos, nos hicimos un arreglo rápido de pelo y nos fuimos para casa. En un rato ya estábamos listas.

Bajamos a la calle a la hora acordada y se nos cayó la mandíbula.

—¡¡Es una limusina!! ¡¡Vamos a ir en limusina, Becka!!´

—Ya la estoy viendo. Por fin lo que nosotras nos merecemos.

—Pasen, señoritas—se bajó el chófer y nos abrió la puerta.

Nunca habíamos estado en una de esas, de modo que nos acomodamos con ojos chispeantes ambas.

—¡¡Champán!! —miró ella a la cubitera.

—Y bombones. Tomen lo que quieran, por favor. Vamos ahora a recoger a su compañero.

Casi tenemos que darle un golpe en la cabeza para poder meterlo en el interior de la limusina, puesto que Micky saltaba como si tuviese un muelle en los pies.

—¡¡Guauuuu!! ¡¡Nos vamos de rodaje!!

—¿Y tú cómo es que te has puesto esa pajarita, primo? Que pareces Sheldon Cooper.

—Muy graciosa. Ese será muy inteligente, pero yo soy más listo que el hambre. Y con una de estas pajaritas se liga tela. Le dan a uno un toque chic.

—Un toque tienes dado tú en la cabeza.

—¡¡Chicos, selfi!! —les pedí en el interior de aquel lujosísimo vehículo en el que días antes no habríamos ni soñado estar. Y de pronto lo teníamos a nuestra disposición gracias a Leo, ¿qué pretendía de nosotros? O más bien de nosotras, porque a Micky ni lo conocía.

Todo era tan sorprendente que no sabía qué pensar al respecto. ¿De veras fue simplemente el destino quien le impulsó a entrar por las puertas de mi peluquería? Y si fue así, ¿es que ese mismo destino quiso compensarnos a Becka y a mí por lo mal que lo estábamos pasando?

Dicen que el dinero no da la felicidad, pero la falta de liquidez la aparta del camino, eso es así. Nadie puede respirar tranquilo cuando económicamente está con el agua al cuello. Que me lo digan a mí, que se me espantó el sueño durante una buena temporadita. Y de nuevo dormía tan profundamente que ya podía caerme un meteorito al lado, que no me despertaría.

Fue una verdadera fiesta la que celebramos en la limusina, camino de ese rodaje, brindando con el mejor champán, mezclando las más sueltas de las sonrisas con sus burbujas y paladeando un exquisito chocolate.

Por fin se paró y nos bajamos. El rodaje tenía miga porque se estaba desarrollando en una parte del aeropuerto que habían habilitado para el equipo. Se veía que todos trabajaban codo con codo, de forma sincronizada. Se trataba de una gran superproducción de Hollywood, como todas las que él rodaba desde que su fama ascendió de forma meteórica.

Ese día le tocaban una serie de escenas en las que tenía que subir al avión y demás, de ahí que el rodaje fuese en aquel lugar.

Keanu nos recibió con mucha amabilidad, pues también se veía un tipo de lo más sencillo. Y eso que se lo rifaban, porque cuando eres el manager de un personaje así tu caché se pone por las nubes.

—Me alegra muchísimo volver a veros.

—Y a nosotros, y a nosotros—le contestó Becka dándole dos sonoros besos en las mejillas.

—¿Veremos pronto a Leo? —le preguntó Micky y me allanó el camino, porque no estaba dispuesta a preguntarlo, pero me moría de ganas por saberlo.

—En poco rato estará por aquí. Una escena más en el interior del avión y listo. Mirad, aquel de allí es el director, uno de los mejores del momento. Y

ahora os dejo con una de las asistentes, que os tratará genial—nos guiñó el ojo.

—¿Y un asistente no puede ser? —le preguntó Micky, llevándose un codazo por mi parte—Yo qué sé, cómo veo que somos sus invitados de lujo, por pedir que no quedé. Qué bruta, casi se me salta hasta la pajarita.

Iba a estar complicado que aquellos dos se comportasen, aunque no había pega porque todo lo que salía de su boca sacaba la sonrisa de Keanu, quien me pareció que se fijaba en mi amiga.

Igual estaba fantaseando, pero es que hacerlo es gratis. Y por mucho que no les comentase nada, soñaba con la posibilidad de poder llegar a tener algo con Leo. Igual la nuestra terminaba siendo una historia de esas que parece realmente de guion de cine por la forma en la que se desarrolla. Ya digo que soñar es gratis y para algo estábamos en un rodaje.

—Soy Marilyn y estoy aquí para serviros en todo lo que pueda, ¿os apetece algo? —nos ofreció la chica con mucha simpatía.

—Para mí un ron cola, por favor.

—Micky, que esto no es un bar, por favor —le advertí apurada.

—Me ha preguntado lo que me apetece y le he contestado con toda la sinceridad, ¿es malo? —se encogió de hombros.

—Te lo puedo buscar, no te preocupes.

—Mejor tráele un zumo, que nos hemos puestos finos de champán ya.

—¿Vuestra primera vez en limusina? Qué me vais a contar. En la mía, me bajé a cuatro patas. Todavía las miro y siento náuseas.

Era muy simpática también. Todos lo eran. Nos trajo una jarra con zumo, natural y recién exprimido. Nos comentó que tenían un catering allí para estar surtidos durante las largas horas de rodaje y por eso también nos agasajó con unos deliciosos canapés.

Leo apareció por allí un rato después. Venía impresionante con su uniforme de piloto, con la gorra bajo el brazo.

—¡A sus órdenes, mi comandante! —le hizo un saludo militar Micky.

—Ay, Dios…

—No te apures, Alyn—me tranquilizó dándome un par de besos a los que añadió un gran abrazo—. Él debe ser Micky—comentó mientras saludaba también a Becka.

—¡¡Presente!! ¿No necesitáis extras? Sirvo para todo. Lo mismo lavo una cabeza que frío una corbata o plancho un huevo…

—Un huevo parece que te has pillado con algo, ¿qué dices, majadero? —le dio una palmada en la espalda su prima, como para que se le destrabara la lengua.

—Es que no sé ni lo que digo. Quién me iba a decir que estaría delante de Leonardo Devlin. Es para flipar, vaya. ¿Conoces a Chris Hemsworth?

—Sí, es un gran tío.

—Pero grande y bueno, no veas si está bueno.

—Eso ya lo dejo a tu criterio, ¿os están tratando bien?

—De lujo, estamos de lujo, aunque Alyn es una jefa mandona y no me deja beber.

—¿Eres eso? —me preguntó.

Ya estábamos como en la anterior ocasión. Se centraba mucho en mí, me buscaba como la mirada, como si quisiera conocerme mejor solo con mirarme.

—¿Les vas a hacer caso? Son tremendos los dos. No te fíes nada de lo que te cuenten.

Nos estuvo regalando los minutos que tenía hasta la siguiente secuencia y nos comentó que Marilyn nos haría un recorrido que, efectivamente, nos

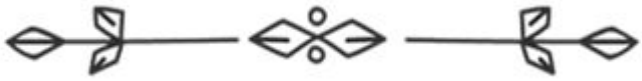
hizo muy gustosa.

—Bueno, pues cuando terminemos, nos iremos. Muchas gracias por tu tiempo—le comenté.

—No, no, cuando terminéis, me esperáis, que os invito a cenar, ¿o es que tenéis planes mejores?

—¿Estás de coña? — A Micky le sobraba ya hasta la pajarita, la cual se tuvo que desabrochar ante semejante ofrecimiento porque cosas así no pasan todos los días.

Capítulo 12



Al salir del rodaje, y como no podía ser de otra manera, ya se había quitado el uniforme de piloto. Venía guapísimo en pantalones chinos beige, botas marrones, camisa blanco y abrigo en camel.

La noche estaba fría, si bien en el interior de la limusina no se notaba. Y menos con él al lado, porque allí fue donde se sentó, ofreciéndome esa seductora sonrisa capaz de subir de golpe varios grados la temperatura.

Becka iba igualmente encantada porque también se nos unió a la cena Keanu, quien charlaba con ella mientras mi amiga me dedicaba algunas miraditas que yo conocía muy bien. Estaba encantadísima con ese chico que también era para derretirse con él. Y para que no fuésemos impares, al salir del rodaje, Leo invitó también a Marilyn para agradecerle lo bien que nos había tratado.

—¿Ahí es donde vamos a cenar? —le pregunté al bajar, pensando en que no íbamos vestidas acorde a las circunstancias. Hube de reconocer que quien acertó fue Micky con su pajarita.

—Ahí, ¿es que no te gusta?

—No, no es eso… Como tú comprenderás, ahí dentro no he estado nunca. Y si hubiera estado, habría sido para servir mesas.

—Pues ya es hora de que te las sirvan a ti, preciosa.

Me había llamado "preciosa" y, camino del interior del restaurante, me ofreció su brazo.

No parecía importarle en absoluto que en cualquier momento pudiera aparecer un paparazzi con una cámara y que le diera al pico, inventándose cualquier historia. Leo no vivía para los demás. Es decir, le daba la importancia que debía a todo lo que le rodeaba, pero luego notabas que la fama no se le había subido a la cabeza ni nada parecido.

No en vano, también provenía de un entorno humilde. Sus padres eran gente trabajadora que presentaron en su día a su hijo a un castin porque una vecina se lo comentó. Se trataba de una producción bíblica y él tenía cara de angelito. Al final, terminó haciendo de Niño Jesús. Toda su infancia se la llevó rodando y en la adolescencia lo mismo.

Becka y yo conocíamos muy bien su biografía porque le seguíamos desde hacía años. A pesar de ello, la verdadera fama le llegó en torno a los treinta, cuando participó en una producción que resultó nominada para los premios Óscar como mejor película. El film se llevó la preciada estatuilla y, aunque no fue al mejor actor, como si lo fuese. A Leo le valió para tener un tirón impresionante que no hizo más que crecer.

A sus 35 estaba para comérselo enterito. No había otro a quien la cámara quisiera más. Y su carisma decía mucho de él, puesto que el público le adoraba.

Lo notamos nada más entrar en el restaurante. Y eso que se trataba de uno en el que todo el que estaba contaba con un gran poder adquisitivo, era evidente. E igualmente no les resultaría extraño ver pasar a famosos por allí a tutiplén.

No obstante, muchos no se resistieron a levantarse y pedirle una foto o un autógrafo. Con paciencia y sin perder la sonrisa, se tomó unos minutos para atenderlos, hasta que el metre nos condujo a una zona más privada, muy coqueta, donde dispusieron una mesa para nosotros.

Mis amigos y ya andábamos un poco descolocados. Enseguida nos sentamos y él pidió vino para todos, después de consultarnos, por supuesto.

—Qué locura lo de no poder dar un paso sin que la gente se te eche encima—le comentó Micky.

—La mayoría de la gente es muy amable y yo me debo a mi trabajo. Sabía lo que pasaría desde el principio y quise seguir adelante. Si triunfaba, tendría un precio.

—Esa respuesta es muy diplomática, pero ¿nunca te agobian? —le pregunté.

—Algunas veces sí porque, por ejemplo, puedes estar con alguien y desear más privacidad. Y entonces lo tienes complicado. De todos modos, procuro ser lo más natural posible. Si los paparazzi ven que quieres esquivarlos, juegan contigo al ratón y al gato. Además, nunca he tenido nada que esconder. Como cualquiera, puedo ser celoso de mi vida privada, pero lo mejor es pararte, dedicarles una sonrisa y presentarles a quien tienes al lado como si tal cosa.

Había tenido varias novias, algunas de ellas actrices, otras modelos… Cuando lo pensaba, me venía abajo cayendo en que yo solo era una chica corriente y moliente, una chica de barrio. Y entonces, ¿qué hacíamos todos sentados a su mesa?

—Sí, le he visto lidiar con mucho paparazzi de lo más pesado y siempre sale con una sonrisa—comentó Marilyn.

—Es que hay algunos que son verdaderas moscas cojoneras. En ocasiones, acabo ofuscado y él tan campante, es una habilidad—comentó Keanu.

—Es que la vida hay que tomarla con tranquilidad, y eso que a veces te da muchas sorpresas—comentó Leo mirándome de nuevo fijamente.

Cada vez que lo hacía, me deslumbraba. Y no lo digo por quién era o por lo que representaba en la industria del cine, sino por el brillo de sus ojos.

Lo más curioso es que estábamos allí, como si fuéramos amigos de toda la vida, charlando de nuestras cosas.

Quien estaba de infarto era Micky, que no tardó en hacer una petición.

—¿Sería posible que nos hiciéramos una foto para mis redes sociales? Es que me muero por presumir de que he estado en esta reunión.

—Claro, pero solo si etiquetas a la peluquería, que tenemos que seguir haciéndole publicidad—le pidió Leo.

—Pues entonces no sé dónde nos va a llegar la gente. Si ya no podemos atenderla, por eso hemos fichado a Micky.

—Todo el problema sea ese, ya lo resolveremos—me guiñó el ojo.

—Ni se te ocurra pensar en nada más, que ya te debo un dinero y no quiero adquirir contigo una deuda millonaria. A mí esas cosas me dan miedo.

—No me debes nada. Te dije que ese dinero era tuyo. Y me enfadaré si lo vuelves a mencionar.

—Más tonta serías—me miró Becka dando un sorbo de vino.

—Pues que ya me has dejado muda otra vez.

—No la creas, que luego le sale la vena de jefa y larga por la boca.

—Eso no es verdad. No le hagas ni caso a esta acusica. Si allí manda cualquiera menos yo.

—La peluquería va genial gracias a mí—soltó Micky y todos le abucheamos. —Joder, es que uno se tiene que dar bombo, ¿no es así, Leo?

—A él no le preguntes, que no le hace falta.

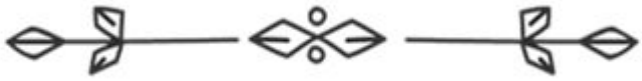
—Es que unos nacen con estrella y otros estrellados, como los huevos—rio él.

—Pues es hora de que la suerte nos sonría a todos: ¡¡Por nosotros!! —brindó.

Cada vez estaba más apabullada. ¿Qué le empujaba a ayudarnos así? ¿Tenía de verdad un interés en mí? El misterio lo envolvía porque no era como una de esas chicas con las que Leo había compartido cama siempre, por mucho que Becka me dijera que podría haber sido modelo.

En fin, que seguía con la misma duda cuando un rato después salimos del restaurante.

Capítulo 13



—Mañana no grabamos, ¡¡así que nos vamos de fiesta!! —nos propuso.

Miré a Becka y muy vestidas de fiesta no es que fuésemos, porque elegimos ropa para ir a un rodaje de tarde. Muy monas, pero de tarde. Eso sí, las dos llevábamos unas camisetas más finas bajo nuestros jerséis, esos que a la vez llevábamos bajo los abrigos y por encima de nuestros jeans y botas altas.

—No sé si vamos como para eso, mejor otro día, Leo.

—¿Perdona? Vais ideales. Solo espero que os podáis quitar algo, porque ¡¡vamos a quemar Nueva York!!

Se le veían unas ganas de fiesta impresionantes. Estaba muy contento, encantado con nuestra compañía.

De nuevo bebimos champán camino de la elitista discoteca a la que nos llevó. Allí ya le habría resultado más complicado poder divertirse sin interrupciones, de modo que fuimos flechados hacia un reservado.

Era la primera vez que estaba en uno de esos. Era una zona aparte, dentro de la misma discoteca, donde podíamos elegir nuestra propia música u optar por escuchar la del resto. En él se disponían varios sofás que no por ello impedían bailar ni mucho menos, dado que se trataba de un espacio muy amplio.

Había unas cristaleras a través de las cuales podías asomarte y ver el resto de las zonas comunes de la discoteca. Sin embargo, nadie podía verte en su interior porque los cristales eran de esos que no dejan ver hacia dentro.

Micky se movía con una gracia que no se podía aguantar y Marilyn le seguía la corriente. Era poco mayor que él, y a pesar de que no era el tipo de Micky, se dieron hasta varios piquitos cuando las copas comenzaron a caer en el reservado.

Becka tenía igualmente unas ganas de bailar con Keanu que eran correspondidas por él, quien se mostraba encantado con mi amiga.

Contábamos con un camarero para nosotros solos que entraba y salía para ver si necesitábamos algo. No solo nos servían bebidas, sino también algo de recena para que el alcohol nos sentase mejor.

Leo estaba muy pendiente a mí. Nos hartamos de bailar igualmente. Notaba sus muchas ganas de estar a mi lado, aunque no puedo decir que hubiese ningún tipo de gesto por su parte que me indicase que quería enrollarse conmigo.

Ni siquiera me había puesto las manos en la cintura (y menos debajo de ellas) como hizo Keanu con Becka. Leo parecía ir con pies de plomo, pero la vista no me la apartaba.

Se me pasó por la cabeza que quizás pensase lo mismo que yo, que era una chica guay y hasta que le gustase, pero que no pertenecía a su mundo. Y eso complica las cosas.

—¡¡Buahhh!! —gritaba mi amiga cuando sonó un tema mítico, el de la peli "Grease" que con tantísimo arte bailaron Olivia Newton John y Travolta.

"You're the one that I want" sonaba alta y él me cogió de la mano.

Me resultaba de lo más salado. Era un gran bailarín, eso ya lo habíamos comprobado en muchas de sus pelis. A mí también me encantaba bailar, aunque no sabía si estaría a su altura.

Por la sonrisa que me dedicó diría que sí. Y no solo por eso, sino porque parecía encantadísimo. Se lo estaba pasando genial.

Bebíamos, bailábamos… Hasta que no pude más.

—Es que nos hemos levantado muy temprano, ¿sabes? Hoy trabajábamos y…

—Lo sé, lo sé. ¿Desde qué edad trabajas? —me preguntó dando un sorbo a la copa en aquel mullido sofá y en el que casi me acosté.

Me resultó ideal ese gesto que le llevó a poner mis piernas encima de las suyas mientras me escuchaba, para que pudiera estirarme bien y estar más cómoda.

—Desde hace mucho. No había mucho dinero en casa, mi madre enfermó.

—Mira que lo siento. ¿Qué pasó con ella?

—Terminó falleciendo hace unos años. Luchó todo lo que pudo, era una gran mujer, pero la enfermedad se la llevó. Para entonces yo había limpiado la mitad de las escaleras de Nueva York y dije que iba a colgar el mocho.

—Hiciste bien.

—Sí, no veas si tenía callos en las manos. Presidenta de Estados Unidos no me podía hacer, pero al menos eso: cambiar un poco de vida.

—Y la peluquería te gusta.

—Mucho, de siempre. Y me sentía emprendedora, sin un dólar, pero emprendedora. Estaba orgullosa, no creas que me iba tan mal hasta que Tracy llegó para joderme el negocio.

—Y ahora la jodida es ella.

—Eso parece, sí. Supongo que todo llega cuando tiene que llegar.

—Opino igual—asintió mientras me hacía una carantoña en la cara.

Miento si digo que no quería que hubiera algo más tras ella. Hubiera cerrado los ojos para dejarme llevar. No obstante, sus labios no se aproximaron a los míos en ningún momento y pensé en eso, que todo tenía su momento.

Se le notaba encantado sabiendo de mí. Quería que le contase mis cosas. Cómo llegué a vivir con Becka, cómo era mi apartamento…

—Puedes venir un día de estos si quieres, pero no tiene nada que ver con tu casa.

—¿La conoces?

—Claro, por las redes. Becka y yo te seguimos de siempre.

—Me encantaría que la visitaras, la verdad.

—También te puedo invitar a la mía, ya te digo, aunque advertido quedas.

—Eso me gustaría más todavía.

—Pues me lo dices cuando quieras, por eso no hay problema. Podría prepararte un bizcocho o algo.

—¿Se te da bien la cocina?

—Sí y la repostería me encanta. Ese bizcocho es una receta de mi madre.

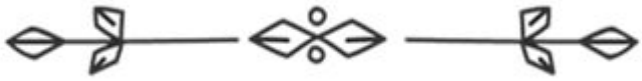
—Entonces no se diga más, ya me dirás cuándo puedo ir.

—Pues lo cuadramos, claro.

Ya podía ver la cara de mis vecinos cuando le vieran entrar en el portal del edificio. Vaya escándalo que iba a ser ese. Un verdadero escándalo.

Todo en Leo lo era. Su rostro irresistible, su cuerpo tonificado, perfecto, sin llegar a ser de esos que se meten de todo y que parecen hincharse como un globo. No le faltaba ni le sobraba nada. Estaba para hincarle el diente sin pensar, aunque no tuvo intención de que lo hiciera ni tampoco me puso una mano encima en toda la noche. Más me provocaba esa actitud.

Capítulo 14



Esa noche dormí sola en casa. En realidad, llegamos ya casi al amanecer y me eché unas horas.

Becka se había ido con Keanu y vino cerca del mediodía, pillándome aún en la cama.

—Qué pedazo de noche, ¡¡creo que me he enamorado!!

—¿Sin más? —chasqueé los dedos delante de su cara.

—Sin más… Son cosas que pasan o no. Como el revolcón, o mejor dicho, los revolcones, que nos hemos dado.

—Me alegro por ti, petardita.

—¿Y tú qué?

—Yo he dormido a la pata llana, como se suele decir. Traíamos unas cuantas copas de más, no sé ni cómo destapé la cama.

—¿Tú sola?

—Sí, yo sola.

—Es que viste que me fui con Keanu en un taxi a su casa. Creí que igual Leo te invitaba a la suya. O se quedaba aquí, qué se yo.

—No, no hubo nada de eso, aunque sí que me ha invitado a visitarle en otro momento y tiene pensamiento de venir a merendar una tarde de estas para que le haga un bizcocho.

—¿Es broma?

—No, no lo es.

—Se trata de Leonardo Devlin, puede acostarse con la mujer que quiera, ¿y resulta que vendrá a merendar? Salvo que su bizcochito seas tú y venga dispuesto a mojar su churro, no lo termino de captar.

—Ni yo tampoco….

—No será gay, ¿no?

—No digas pamplinas. Le seguimos desde hace años y sus conquistas no han sido pocas.

—Eso es verdad. Se ha tirado a cada monumento…

—Eso, tú hazme sentir más insegura.

—Ni que tú fueras menos, cariño.

—Ni más tampoco, pero quiero pensar que al menos podría llegar a fijarse en mí.

—En ti ya se ha fijado. Y encima te ha ayudado más que nadie. Y no le importa que la gente lo sepa, todo lo contrario.

—Ya anoche le dijo a Micky que etiquetara la peluquería y que podía poner la foto en las redes.

—Vamos a mirar qué se dice. Espera…

Su gesto me confirmó que se había liado una buena, que echaban humo.

—¡¡Dicen que eres su nueva novia, Alyn!!

—Venga ya, ¿es una trola?

—¿Una trola? ¡¡Claro que no!! Míralo con tus propios ojos que los incrédulos de los míos se están empañando. Niña, qué fuerte.

Era cierto que Becka estaba por llorar. Mi amiga me quería mucho y siempre me auguró que la suerte me cambiaría un día.

—Es verdad… Dicen que por eso vino a verme a la peluquería, ya están inventando. Y que está muy metido en mi círculo. Cómo es esta gente.

—Son buitres, ya lo sabes. Se alimentan de la carroña, pero es que Leo les está dando carnaza.

—Pues sí, no se esconde de nada. Y, sin embargo, no da un paso adelante.

—Oye, que hay muchos hombres que actúan así cuando se encuentran con la mujer de su vida.

—Otra inventando, ¿esa soy yo?

—Pues igual sí. Algunos van a saco con todas, pero cuando encuentran a esa con la que se quieren quedar van despacito, a lo Luis Fonsi. E igual es eso lo que le pasa contigo.

—¿Tú crees? Es todo muy enigmático.

—Yo creo lo que ven mis ojos: que no para de hablar contigo, que tiene muy en cuenta todo lo que dices, que te sigue con la mirada en cuanto te apartas. ¡¡señales, nena!!

—Ay, qué emoción.

—¿Y por qué no le dices que venga a merendar esta tarde?

—¿Esta tarde? Si no tengo preparado el bizcocho y la casa está manga por hombro. Además, que él tendrá planes mucho más interesantes.

—También podría haberlos tenido anoche y estuvo contigo.

—Eso es verdad, pero…

—Mira, yo me voy a poner a recoger la casa y tú te metes en la cocina. Cuando hayas terminado de hacer el bizcocho, le llamas.

—¿Y por qué no al revés? Es que igual no quiere o no puede venir.

—Y te da el bajón y me quedo sin bizcocho. No, por eso debes hacerlo antes. De todos modos no te dirá que no. Dile que venga y que se traiga a Keanu.

Era muy loquilla, mi amiga lo era. No obstante, necesitaba dejarme arrastrar por esa locura suya que tanto me gustaba, por esa corriente de frescura que siempre la llevaba a salir indemne de cualquier situación.

Comenzó a cantar por Shakira, mientras utilizaba el mango de la fregona como micrófono, y me contagió sus letras. Mientras, iba preparando ese bizcocho al que le puse todos los ingredientes convenientemente batidos, y después le añadí una pizca de amor como guinda.

Las manos me temblaban cuando cogí el teléfono para llamarle. Era un poco tonta para esas cosas, porque él no tenía ningún problema a la hora de invitarme a cualquier plan.

—Hola, bonita—contestó al segundo tono. Todo me agradó.

—Hola, ¿qué tal? Me preguntaba si te gustaría venir a merendar a mi casa esta tarde, como anoche lo dejaste caer… Eso sí, lo entenderé de sobra si ya tienes otros planes.

—¿A qué hora quieres que esté allí?

—¿Vendrás entonces?

—Claro. No tengo ningún plan, pero si lo tuviera lo desharía. No se me ocurre otro mejor.

—Vale, pues entonces a las seis, si te parece. Y dice Becka que…

—Le diré a Keanu que me acompañe. Le tengo justo a mi lado, estamos tomando algo, ¿os venís?

—Lo siento, es que no sabes las pintas que tenemos ahora mismo, saldríais espantados.

—Déjame que lo dude.

—A las seis está bien, os esperamos.

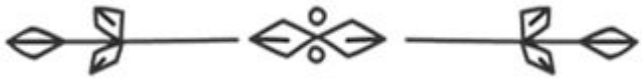
Becka estaba a mi lado y en el justo instante en el que colgué comenzó a pegar saltos cogiéndome de las manos. También yo saltaba todo lo alto que podía y las dos gritábamos.

—¡¡Van a venir!! ¡¡Van a venir!!

—Es que me ha dicho que no se le ocurre un plan mejor.

—A mí sí que no se me ocurre, ¡¡estamos en racha!! —chillaba mi amiga.

Capítulo 15



Se presentaron a las seis en punto. Y no lo hicieron con las manos vacías, sino con un delicioso y humeante paquete cuyo contenido no sospeché hasta que lo abrieron.

—¡¡Chocolate caliente!!

—Sí, es de la mejor chocolatería de Nueva York. Nuestro pequeño granito de arena. Por cierto, me encanta la casa.

—Ahora te la termino de enseñar, pero que sepas que cabe entera en el hall de la tuya.

—¿Y qué? Tiene encanto.

—Sí, también tiene más años que Matusalén, pero tiene *flow*, un rollito guapo que le hemos dado entre las dos—le comentó Becka.

—Un rollito tienes tú—le respondió Keanu dándole un pico.

—Un rollito es el que tenemos los dos. Ven, que te enseño mi dormitorio —le tomó de la mano.

—Cómo son, ¿eh? Ahora tendremos que decirles que echen el freno o se nos enfriará el chocolate—intervine.

—También podemos ir tomándolo y que hagan lo que quieran.

—Vale, pues te enseño el resto de la casa y lo hacemos. Digo, lo de tomar el chocolate—carraspeé.

—Lo he entendido—me dedicó otra de sus carantoñas.

Es que me deshacía entre sus dedos cuando eso pasaba. Moría de ganas porque me diese uno de sus besos, uno de esos que tantas veces le vi dar en el cine y sentí envidia de la actriz en cuestión.

Me puso las manos en los hombros cuando avancé por el apartamento. No se decidía a dar un paso más, cogerme por la cintura… Entramos en mi dormitorio, que Becka limpió y yo dejé de dulce.

—Bueno, aquí es donde… Aquí es donde duermo—solté.

—Pues seguro que descansas genial porque es un dormitorio muy bonito, ¿puedo? —me pidió mirando el corcho en el que tenía mogollón de fotos.

—Sí, claro… No hay ningún problema. Algunas son con mi madre, otras con amigos.

—Tu madre era guapísima, ya sé de quién has heredado la belleza.

—Gracias.

—De tu padre nunca supiste según me comentaste, ¿no?

—No. Ella fue hermética total. Supongo que no la quiso en su vida y ella no me lo contó para protegerme.

—Eso es muy loable por su parte.

—Era una madre fantástica. La echo mucho de menos.

—Ya me imagino.

—Bueno, que me pongo un poco tonta. Vamos a tomar ese chocolate, que frío no vale nada.

—Venga, vamos.

Nos sentamos en la mesa del salón, frente a frente. Él se encargó de servir el chocolate mientras yo cortaba el bizcocho.

—Voy a poner algo de música de fondo—le sugerí al darme cuenta de que si no lo haría mi amiga con sus jadeos, que ya comenzaban a sonar.

—Me parece buena idea—me sonrió.

Lo hice. Música melódica elegí para que no entorpeciera la charla. Había comenzado a llover y las gotas caían sobre los cristales.

No soy muy fan de las tardes de domingo, pero no imaginaba otra mejor que aquella. Bueno, sí la imaginaba, si por fin se decidía a que sus labios aprisionasen los míos.

No encontré un resquicio en sus ojos de intención de hacerlo. La inquietud crecía en mí, aunque él estaba tan entregado a la conversación que no podía tener ninguna queja.

Le pedí que me contase anécdotas de sus rodajes y las tenía a millones. Desde niño.

—Es que eras tan pequeñito—le decía—. Y ya apuntabas maneras.

—Las críticas me favorecían, pero el gran salto al vacío me llegó hace unos años.

—¿Sentiste vértigo, Leo?

—No mucho, llevaba toda la vida preparándome para eso.

—Tienes fama de perseverante.

—Sí, suelo conseguir todo lo que quiero. Es verdad.

—¿Y ahora qué es lo que quieres de la vida?

—Lo mismo que todos, ser feliz.

Sus respuestas eran ambiguas, no terminaba de dar el pistoletazo de salida que me ayudase a comprender qué suponía para él, pero ninguna queja podía salir de mis labios.

Me trataba fenomenal y hasta me dejó claro que me incluiría en sus planes más inminentes.

—Alyn, quiero hacerte una petición que espero que aceptes porque para mí es importante.

—Claro, dime.

—Está próximo el estreno de mi anterior película, ¿recuerdas que lo comentamos?

—Sí, claro. Y ya estás enfrascado en otro rodaje. Lo tuyo no tiene nombre.

—Es un no parar, sí. Pese a ello, no me gusta dejarme por el camino cosas importantes. Lo digo porque me encantaría que me acompañases al estreno.

—Mira, es que hay otro tema del que te quería hablar y me extraña que no lo hayas sacado ya.

—¿Te incomoda mucho? Lo que dicen de nosotros.

—No, no me incomoda nada. Pero si les damos más de qué hablar…

—¿Te importa lo que hablen?

—No, a mí no, pero no quisiera que esos comentarios te perjudicasen en nada.

—No lo hacen y no me suponen ningún problema. Solo me preocupaba que a ti sí.

—No, tranquilo que no es el caso.

—Entonces, ¿acudirás conmigo al estreno?

—No lo dudes. Acudiré—le contesté con una tremenda ilusión en los ojos porque lo que me estaba pidiendo era muy grande.

Keanu y Becka salieron un rato después de su dormitorio.

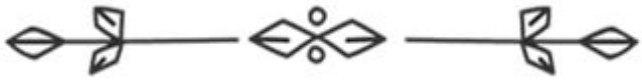
—Decidme que habéis dejado algo para nosotros, que estamos hambrientos.

—Y eso que os habéis devorado, niña. Sí, aquí queda de todo, ¿y si nos sentamos en el sofá?

Permanecieron allí un buen rato más y no se quedaron a cenar porque debían madrugar una barbaridad al día siguiente por el tema del rodaje.

Cuando se fueron, le comenté a Becka lo que me había pedido y ella me contó que también Keanu se lo había propuesto. ¡¡Era de locura!!

Capítulo 16



El estreno sería el fin de semana siguiente, en la noche del sábado. El acto estaba anunciado en todas las redes como uno de los más grandes del año en Hollywood.

—Me caigo muerto, decidles por favor que también quiero asistir. Por favor, que me graparé el pico si es necesario—nos rogaba Micky.

—Igual no hay problema. Eso sí, no sé qué nos vamos a poner—les comentaba a ambos al final de aquella tarde en la que no paramos de atender clientes.

—¿Y eso? —se asomó Micky a la puerta— ¡¡Si es la limusina otra vez!!

El chófer se bajó y nos habló.

—Tengo un encargo de parte de Leonardo. Les recuerda que están todos invitados al estreno. Y por todos me refiero a los tres.

—¡¡Guauuuuu!! —chilló contentísimo Micky.

—Por favor, tutéenos.

—Ok, me llamo Irvin, estaremos todos más cómodos.

—Irvin, ¿y solo para eso te ha hecho venir Leo?

—Para eso y para que os lleve a un sitio en el que os están esperando.

—¿Nos esperan Keanu y él? —le pregunté Becka.

—No, ellos van camino de una cena en este momento. Os esperan en otro lugar que Leonardo me ha pedido que no os desvele hasta que lleguemos.

—Suéltalo, por favor, que muero de la emoción—le comentó Becka.

—De veras que no puedo, ha hecho mucho hincapié en ello.

Nos subimos. Era tarde y los comercios estaban cerrados. No así aquel taller de alta costura situado en el centro, cuyas luces permanecían encendidas, a la espera de que entrásemos.

—Me llamo Chanel y os estaba esperando—se presentó su elegantísima dueña, una que conocíamos por vestir a muchísimas famosas.

—Encantada—le dije con los ojos tan abiertos que les sacaba la sonrisa a mis amigos.

—Es que hasta el nombre lo tienes glamuroso, Chanel—le comentó Becka.

—Gracias, aunque hoy los protagonistas sois vosotros. No me cabe duda de que conocéis la envergadura del acto al que vais a asistir. Es el estreno del año y Leonardo el actor que todos quieren en el sector. Tenéis que estar a la altura y para eso me tenéis a vuestra disposición.

—¿Y cómo vamos a pagarte? —le preguntó Micky y lo agradecía, porque entraba en pánico solo de pensarlo.

—Vuestros *outfits* al completo corren por cuenta de Leonardo, no os preocupéis por nada, ¿un poco de champán? —nos ofreció.

Nos pidió que la acompañásemos y casi se nos para el pulso. De la parte en la que se atendía al público nos pasó a otra en la que nos había organizado un pase de modelos, ¡¡como suena!!

—Me vais a perdonar, pero contamos con muy poco tiempo para confeccionaros modelos a medida, así que deberéis elegir de entre los de nuestra última colección y os los ajustaremos.

—No te preocupes que no vamos a llorar por eso—le comentó Becka.

—Ya me lo imagino. Pues ahora, ¡¡a disfrutar!!

El escenario se iluminó y comenzó el desfile. Primero fue de chicas y ya al final de chicos.

La mandíbula se nos desencajó a mi amiga y a mí, que no nos habíamos visto en algo similar jamás.

—¿Has visto el verde botella? ¡¡Muero!! —me decía ella.

—Pues a mí el rojo me está llamando que me muero también.

—Es que a ti el rojo te queda sensacional en contraste con el pelo oscuro. Es el tuyo, ¡parecerá que estás en la alfombra roja!

—Roja, roja chillona te estás poniendo tú.

—Si es que no puedo con la emoción, ¿en qué momento nos cambió tanto la suerte?

—La verdad es que tampoco lo sé. Lo estoy flipando igual.

Cuando llegó el turno de que escogiera Micky, hacía gestos como de que se desmayaba. Y no solo por los espectaculares trajes de chaqueta, sino por los modelos que se los habían enfundado.

A todo esto, nos pasaban bandejas con más copas de champán y con entrantes de lo más exclusivos.

—Si esto debe ser caviar iraní—decía él—, ¿tenéis idea de lo que debe valer?

—Seguro que ya está metido en el precio. Por esa parte no te preocupes—le decía yo.

Al término del desfile, nos probamos los modelos seleccionados. Y lo mejor era que apenas había que adaptarlos porque nos quedaban sensacionales.

—Os lo enviaremos mañana mismo si queréis—nos ofreció Chanel.

—Sinceramente, el mismo sábado sería mejor. Estos modelos nos cogerían medio armario. No somos como el resto de tus clientes, no tenemos vestidor ni nada parecido.

—No sois los únicos, por aquí ha pasado mucha gente. Si yo os contara…

—Ya que nunca son sus tíos, ¿no? Como le dijeron a Julia Roberts en "Pretty Woman". Es que soy tan, tan fan de esa diosa. Dime por favor si es clienta tuya—le preguntó Micky.

—Podría ser…

—¿Y si es así, dónde ha sentado sus posaderas? Sería la única mujer que pudiera hacer que me plantease mi condición de gay.

—Si yo te contara también las cosas que he visto en ese sentido.

—Chanel, tú vales mucho más por lo que callas que por lo que cuentas, ¿no es así? —le pregunté a la elegantísima sesentona, tipo Carolina Herrera.

—Si yo os contara, sí…

Pero no contó nada porque hay personas que si están donde están es porque han sabido "ver, oír y callar" toda la vida.

—Irvin, ¿sigues aquí? Ya te hacíamos en casa, habríamos pillado un taxi —le comenté al chófer al salir.

—No tengo nada mejor que hacer y Leonardo me dejó muy claro que sois muy importantes para él.

—Lo somos, lo somos. Nada más que hay que vernos.

—Oye, primo, ¿a ti no se te subirá la tontuna a la cabeza, no? Lo digo más que nada porque te la bajo a capones—le aclaró Becka.

Cuando llegué a casa y ya me estaba preparando para dormir, por fin, me sonó el teléfono.

—No tenías por qué haberlo hecho—le comenté lo primero a Leo.

—Pero no sabes la ilusión que me ha hecho, ¿te has sentido bien con Chanel?

—Como si fuera mi madre, así nos ha tratado.

—Ella es siempre una apuesta segura. Vas a estar sensacional con tu vestido, ¿me dices al menos el color?

—Ni lo sueñes… Sorpresa total. Solo te digo que nunca habría osado siquiera soñar que luciría uno como ese.

—Pues vas a lucir muchos porque te lo mereces y porque quiero que sea así.

—¿A qué te refieres?

—A que mi deseo es que compartas conmigo todos los momentos importantes de mi vida. Sin ti, tendrían menos sentido. Y ahora duerme, que mañana te espera un duro día de trabajo, preciosa.

¿Y cómo me echaba a dormir después de escuchar eso? Era todo un caballero porque aún no me había puesto una mano encima y ya me estaba hablando de futuro.

Pegué un gritito de felicidad y Becka acudió corriendo.

—¡¡Qué susto!! Para mí que te habías vuelto a pillar la mano con la tapa del canapé.

—No, nena, nada de eso. Es que ¡¡Leo me ha dicho que quiere compartir todos los momentos especiales de su vida conmigo!!

—¿Qué dices? ¿Qué dices? ¿Y todavía tienes dudas? Si yo creí que nadie se declaraba ya así, tu chico lleva en el ADN la vena esa tan romántica del cine.

—Y yo que lo llegué a dudar porque no es un descarado.

—Este es más bien de sorprenderte con una petición de mano.

—No digas bobadas, que se me sale el corazón por la boca.

—¿No has escuchado lo que te ha dicho? Y eso que todavía no te ha probado en la cama, que entonces sí que se enganchará.

—¿Y tú por qué dices eso?

—Porque tenemos todo el arte y sabemos volverles los ojos del revés, por eso.

—Ay, Becka, qué haría yo sin ti.

—Pues vivir la aventura más romántica y maravillosa de tu vida con menos alegría, porque alegre soy tela.

—Y que lo digas, ¿y tú cómo vas con Keanu?

—Ese va más despacio.

—Pues para ir más despacio os enganchái s como conejos cada vez que os veis.

—Ya, es el orden más típico. Lo increíble es lo de Leo, ¡¡ese se casa contigo!!

Por la mañana le contábamos a Micky y él no daba crédito.

—Es que ya veo la noticia en las redes. Vas a retirar del codiciado mercado de la soltería de Hollywood nada más y nada menos que a Leonardo Devlin. Por mucho menos se ha quedado alguna calva como una bombilla, yo solo te digo eso.

—Allí enfrente también hay una que se puede quedar calva, pero de tirarse ella solita de los pelos, ¿la habéis visto?

Tracy estaba fuera y fumando como un carretero. Esa mañana vimos cómo despidió a la última de sus empleadas. Se había quedado totalmente sola y ni siquiera ella pintaba nada allí.

Justo en ese momento se le acercó lo que parecía ser una clienta.

—Joder, qué putada. Si le ha preguntado por nosotros, mirad. Se ha acercado a ella por confusión.

La vimos tirar el cigarrillo al suelo, aún a medias, y pisarlo con todas sus ganas con el tacón de su zapato, porque Tracy tenía tantos cuentos que iba a trabajar subida en un par de andamios cada día.

—Buahh, menos mal que es un cigarrillo y ella peluquera, porque si llega a ser un cliente y ella una ama sado, no lo cuenta el tío—murmuró Micky.

—Mira, díselo, que igual le das una idea. Porque como peluquera tiene los días contados—le comentó su prima.

—Bueno, pero no por eso se va a volver prostituta, digo yo—suspiré.

—Prostituta ya lo es, ¿o cómo llamarías a lo que hace con su pareja solo para que la tenga al frente del salón de belleza? Ese que ha pasado de ser una mina de oro a una ruina.

—Eso para mí tiene un nombre, mi prima lleva razón.

—Pues sí. Visto así, la tenéis. Y ya os digo que me da hasta pena.

—¿Pena? Mira, mira…

Como si me hubiese escuchado, que por supuesto no era el caso, Tracy se volvió y comenzó a hacer peinetas en dirección a nuestro local.

No pude contener a Becka, quien salió corriendo hacia la calle y le hizo otra desde la acera de enfrente como una catedral de grande.

—Te jodes porque no te han servido de nada tus maldades. Coge la escoba y vete volando de aquí, que para lo que te sirve tener abierto…

—Al menos no he tenido que valerme de ningún famoso para poder seguir con las puertas abiertas—nos espetó.

—Qué más quisieras tú, desgraciada. Tú te has valido de un tío que te lleva un porrón de años y al que no tocarías ni con un palo de no ser porque te conviene. Interesada, que eres una interesada. Y otra cosa te voy a decir: si te jode ver a Alyn al lado de Leonardo Devlin, prepárate para rabiar el sábado, solo te digo eso.

—Becka, entra, no seas loca—tiré de su brazo.

—Sí, prepárate. Elegancia igual no la habrás visto en tu vida, ¡¡ojo al vestido rojo!! Se te van a salir los tuyos cuando la veas. Saltones se te quedarán, parecerás un salmonete—le decía ella.

—Micky, por favor, ayúdame a tirar de ella, que está poseída.

—Estoy encantada, es lo que estoy. Que ya está bien de que la suerte caiga siempre en el mismo lado.

—Lo que os debería caer es un buen rayo, a ver si se calcina la mierda de peluquería esa que tienes.

—¿Esos son paparazzi? —les pregunté de repente, dándome cuenta de que había un par de tíos apostados tras unos setos.

—¡¡Aquí, aquí!! —les chilló ella.

—¡¡Tracy, para!!

Podía ser la hecatombe. Con la rabia que sentía de por sí y lo mucho que la encendió Becka, ¡¡lo que faltaba!!

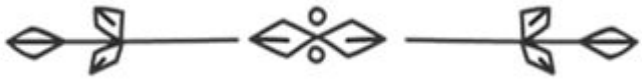
—¿Quieres decirnos algo? —le preguntaron ellos, saliendo de su escondrijo y grabándonos a todos.

—Sí, sí, sí… Que Leonardo Devlin debería tener mucho cuidado con la arrabalera que tiene al lado, ¿los habéis escuchado? Esto he tenido que aguantar todos los días hasta que han reducido a cenizas el negocio que levanté con el sudor de mi frente.

—Menuda actriz se ha perdido Hollywood—rio Becka.

—¿Qué tienes que decir sobre eso, Alyn? ¿Nos confirmas tu relación con Leonardo? ¿Es cierto que te has valido de él para promocionar tu negocio? Por favor, ¡¡haznos caso!! —me pidieron mientras salí corriendo atemorizada hacia dentro de la peluquería, pues no me consideraba preparada para hablar de Leo y de mí, y mucho menos en eso términos.

Capítulo 17



El sábado, tanto Becka como yo nos arreglamos el pelo la una a la otra y disfrutamos mucho maquillándonos.

Cuando por fin nos colocamos nuestros vestidos, ella misma dio un silbidito que me sacó la sonrisa.

—Estamos increíbles, nena, ¿qué ha sido de las dos chicas que andaban llorando por las esquinas hace nada? Madre mía, si estábamos hundidas en el lodo y ahora, ¡míranos!

—Somos las mismas chicas, solo que con un poquito más de suerte—le contesté haciendo el gesto, en el aire y con los dedos, de ese "poquito".

—Pues a ver si el rojo desata definitivamente la pasión de Leo y esta noche te da el revolcón que te mereces, cariño—me guiñó ella el ojo.

—Sí, no sería mal fin de fiesta ese... Cielo santo, cómo me atrae.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—¿Tanto se me nota?

—Más o menos como si fueras un caracol.

—¿Un caracol? En todo caso sería una caracola—le dije bromeando.

—No, no, un caracol de esos que van dejando un reguero a su paso, eso pareces tú.

—¡Serás guarra! —le dije dándole con el precioso mini bolso rígido con el que Chanel había completado mi *outfit* de fiesta, en el que tampoco faltaban unas impresionantes sandalias de fantasía y tacón de aguja.

A continuación, y resintiéndose del brazo, me comenzó a cantar la famosa canción "Loca" de Shakira.

—Tú sí que estás loca.

—Y a él se le desatará la pasión, pero a ti se te ha desatado la furia asesina. Y luego la que no las piensa soy yo. Verás el moretón que me va a salir en el brazo, so loca—decía y volvía a cantarme.

Al salir a la calle, y ante la atenta mirada de nuestros vecinos, nos encontramos con otra impresionante limusina, esa vez en un color bastante sospechoso.

—Para mí que alguien se ha terminado yendo de la lengua con lo del color de tu vestido—me comentó al ver que la limusina también era roja, haciendo juego con él.

—Este Leo es que está en todo, yo no he sido.

—Es un portento el tío. Como todo lo haga igual, te va a volver loquita en la cama.

—Calla, niña, que me pones nerviosa.

—Ya, y terminarás encharcando las bragas solo de pensarlo, ¿no? Pues que sepas que no deberías llevar, ¿te las has puesto?

—Levanta de ahí, ¿qué haces? —le pregunté ofuscada al ver que se agachaba.

—Pues comprobarlo para quitártelas en ese caso…

—¿Es que las quieres para ti?

—¿Yo? No las necesito para nada, so guarri, no llevo.

—Capaz eres…

—Por supuesto que lo soy. Es una noche para provocar, no lo olvides.

Se trataba de nuevo de Irvin, el chófer que ya conocíamos, quien conducía. Nos sonrió al vernos. Se había bajado para abrirnos la puerta.

—Qué suerte tienen algunos. Parece que sus estrenos van acompañados de una apertura de las puertas del cielo donde llueven ángeles…

—¿Ángeles? No me conoces a mí, Irvin—le contestó Becka—. Y con eso no te digo que Alyn sea una santa, pero yo menos. Dime que hay champán.

—Burbujeante y fresco, preciosas…

Para fresco, Micky, a quien recogimos a continuación. Venía guapo a rabiar con ese *outfit* tan sofisticado que eligió y que le daba un aire que le hacía parecer un actor más.

—Me siento tan feliz de teneros en mi vida— nos confesó nada más acomodarse y robarme la copa que tenía en la mano.

—Tendrás cara…

—Y bien bonita que es, ¿verdad, jefa?

—Y bien dura también.

Con lo que no contábamos fue con un contratiempo que nos encontramos por el camino. Un golpe entre dos conductores que se habían bajado de sus

coches, los cuales estaban cruzados en medio de una de las principales arterias de la ciudad, obstruyéndola.

—Por favor, ¡parecen dos gallinas cacareando! —se quejó Micky.

—Nosotras somos las estrellas del evento, no podemos llegar tarde—se lamentó Becka.

—Cariño, menudos cuentos los tuyos. Nosotras no somos nadie. Las estrellas son Leo y la tal Gabriela López—le recordé en relación a esa actriz mejicana guapísima que había coprotagonizado el film junto a quien ya consideraba mi chico, por mucho que apenas diera crédito cuando lo pensase.

Irvin se bajó de la limusina y trató de mediar.

—Ay, por favor, y no se pondrán de acuerdo esos dos, ¿esta maravilla no tiene alas? —preguntó Micky en relación a la limusina.

—Claro que sí, primo, ni que fuera una compresa.

—¿Esas cosas todavía existen? Yo creí que ya todas las chicas usabais tampones.

—¿Os podéis callar un poquito? —les pedí porque me estaban poniendo un pelín nerviosa.

—Mírala, si es que le puede dar algo. Se nos ha enamorado, Micky.

—Qué bonito es el amor, jefa.

—Chitón los dos. Y tú, Becka, más te vale mantener el pico cerrado, que me da a mí que la primera enamorada eres tú.

—¿Yo? No, no te equivoques. A mí Keanu me gusta, pero tampoco es que esté dando palmas con las orejas.

—Sí, prima, reconoce que sí.

—Tú no le des a Alyn la razón como a los locos solo porque sea la jefa.

—Reconozco que sería razón más que suficiente para hacerle la rosca, pero es que en este caso, tiene razón.

Y también la tenía Irvin cuando se acercó a decirnos que la disputa entre aquellos dos iba para largo. Hasta que apareció la Policía. Eso sí, un par de minutos antes, y viendo que la cosa se estaba caldeando, se bajaron de sendos coches las acompañantes femeninas de ese par de conductores que estaban a punto de llegar a las manos y finalmente, llegaron ellas. Y no precisamente a las manos, porque por donde se engancharon ambas fue por los pelos.

—¡Toma ya! Si parecen un par de diosas de esas que se meten en el barro a darse tortas, ahí con las tetazas bien puestas.

—Primo, ¿tú estás seguro de que a ti no te va todo? —le preguntó Becka.

—Sí, sí, tengo muy claro qué es lo que me va, prima, pero esas dos tienen ahí unos atributos que, como sigan dándose así, van a acabar al aire. Voy a grabar.

Fue la certera intervención de la Policía la que hizo que, efectivamente, no se dieran más leña, porque ambas se estaban despachando a gusto ante la incrédula mirada de sus parejas. Los dos hombres quedaron perplejos y yo más, al ver que los minutos pasaban.

El estreno no esperaría por nosotros. La forma en la que latía mi corazón me hacía entender que, por mucho que no estuviese dispuesta a dársela, Becka tenía razón en que no podía más; tenía que llegar ya.

Si la Policía no hubiera intervenido, lo hubiese terminado por hacer yo, pero me lo ahorré. Y entonces continuamos la marcha.

Al llegar a aquella espectacular sala de cine donde tendría lugar la presentación, vi de lejos a Leo posando con su impecable esmoquin.

—¿Dónde vas, loca? Que casi te tiras en marcha—me dijo Becka tomándome por la muñeca.

—Ay, que se le va la pinza a la jefa. Ahí está su dios griego, buscándola con la mirada.

Se equivocó Micky y me dio tres patadas en el vientre que así fuese, porque cierto que Leo parecía buscar a alguien, pero al ver a la deslumbrante Gabriela López acercarse a él, entendí que no era a mí.

—La madre que la parió, si viene medio desnuda… ¡Y qué cuerpazo! —exclamó Becka al verla.

—Sí, otra diosa —le dio la razón Micky.

Carraspeé porque me estaba molestando que tuviesen más razón que un santo. El vestido de Gabriela le tapaba lo justo y el resto estaba compuesto por insinuantes transparencias rematadas por unos finísimos y elegantes cristales. Ni a la entrega de los Oscar se hubiese presentado más provocativa, qué coraje.

Por si eso fuese poco, noté cómo se lo comía con la mirada al llegar hasta él.

—Pero ¿esta no tenía novio? —le pregunté a Becka, quien siempre estaba a la última de todas las noticias de los famosos.

—Tenía, tú lo has dicho… Un entrenador de tenis muy reputado que ha terminado liándose con la joven promesa femenina a la que ha estado entrenando en los últimos años.

—O sea, que ha utilizado de otro modo el juego de pelotas—soltó Micky.

Yo lo que le solté en ese instante fue una mirada reprobatoria porque no me pareció nada acertado su comentario. Y no porque tuviese nada de particular saliendo como salía de su boca, sino porque no me seducía que Gabriela estuviese sola y despechada, y que se acercase de ese modo a Leo.

Él tenía muchas tablas y se las arreglaba a la perfección para sonreírle a ella, siguiéndole la corriente, y atender a los numerosos medios de comunicación que estaban allí, ávidos de noticias.

Y entonces, entre la multitud me vio. Y la sonrisa que me dedicó me pareció la más seductora del mundo.

—¿Lo ves, tonta? Si está deseando reunirse contigo. Lo demás es todo un papel, que para eso es actor—me comentó Becka.

—¿Tú crees?

—Claro que lo creo. Y ahora a callar, que viene por ahí Keanu.

No podía aguantar más. Necesitaba un gesto por su parte, aunque lo que me llegó a decir por teléfono, eso de que contaba conmigo en su vida, me había dejado sin aliento. Falsa modestia aparte, os prometo que también fue esa la sensación que me dio cuando sus ojos se posaron sobre mí; que le dejé sin aliento.

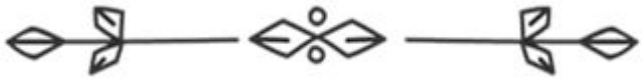
El azul de esos ojos juro que abrió ante mí la inmensidad del océano en forma de alucinantes sensaciones, las mismas que parecía estar sintiendo él.

Justo pretendía acercarse a mí cuando un hombre con pinta de todopoderoso, que debía ser quien manejase el cotarro aquella noche, le indicó que ya debía entrar.

El hecho de que hubiésemos llegado tan tarde impidió que pudiera acercarse en ese instante a saludarme como era debido. Y entonces salió andando hacia el interior, no sin antes guiñarme un ojo y hacerme un gesto de que después nos veíamos.

Tal gesto no pasó tampoco desapercibido para Gabriela, quien con su actitud terminaría desbancando a Tracy en el rol de mi enemiga número uno.

Capítulo 18



No voy a negar que en el estreno contábamos con asientos de primera, sentándonos en una posición privilegiada.

—Si es que estos chicos son un amor—decía Micky.

—Pues cuidado con querer quitarnos a uno, que Alyn y yo mordemos—le indicó su prima.

—No, no, yo a quien le quiero quitar el suyo es a la Pataky, ya lo sabéis. Decidme que el australiano no está por aquí, que me da.

—A mí sí que me da, que me va a dar, vaya—repliqué al comprobar que Gabriela no hacía más que tratar de captar la atención de Leo.

—¿Ataque de celos? Tranquila, que esa no tiene nada que hacer contra ti, nena.

—Qué va, Becka, yo la miro y me digo lo mismo, que no tiene ni una posibilidad.

—Menos ironía porque ya sé lo que piensas, pero si Leo te ha elegido a ti por algo será. Ella será una diva y todo lo que quieras, pero tú tienes…

—La calle para correr, eso es lo que tengo yo. No tengo nada a su lado, Becka.

—Jefa, lo que tienes es un complejo de inferioridad como la copa de un pino. Prima, quítaselo de un bofetón, que si se lo doy yo se verá más feo y además puede que me quede…

—Sin muelas, puede que te quedes sin muelas cuando te lo devuelva—le aseguré.

—Vale, yo iba a decir sin trabajo, pero tienes razón.

—Pues eso, que te calles.

—Pero, ¿a ti qué te pasa? De verdad, que yo confío en Leo. Llevamos siguiéndole de siempre y no tiene fama de golfo ni nada parecido. Y mira que a la prensa le encanta inventar, y no se le conoce ningún escándalo.

—Es que me están llevando los demonios con la actitud de la tiparraca esa, Becka.

—Lo sé, cariño, pero relájate, de verdad. Mira, si te vuelve a buscar con la mirada, ¿lo ves? Hazle un gestito.

Se lo hice. Aun a riesgo de parecer una boba, le hice un gesto con la mano. Lo peor fue que también lo vio Gabriela y el suyo fue burlón hacia mí, tratando de captar todavía más la atención de Leo, quien iba a decir unas palabras en ese momento junto a ella, de agradecimiento a todos los presentes.

Lo bordó. Leo tenía un pico de oro con el que expresó lo afortunado que se sentía de contar con un equipo como el de aquella película y con proyectos nuevos. La cara de Gabriela era para enmarcarla, asintiendo en todo momento y dándoselas de estrella total. Que sí, que lo era, pero que tampoco es plan de demostrarlo de una forma tan expresa.

Cuando finalizó esas palabras, noté que Leo me miraba y eso no se le fue por alto a nadie. Varias cámaras me enfocaron en ese instante en el que mis mejillas se asemejaron a un par de copas de vino tinto, debido a su color y que, además, estaban a punto de estallar.

—Te has hecho famosa, Alyn, no me lo puedo crear—murmuró Becka.

—Yo sí que no me puedo creer que me ardan las mejillas de este modo, qué horror.

—Si estás guapísima, nena, te hacen juego con el vestido.

—Lo tuyo no son los halagos, Micky, calla.

—Qué malas pulgas, jefa. Va a ser verdad que lo que necesitas ya es un buen revolcón por parte de Leo. Recuérdame que luego se lo sugiera.

—Y tú recuérdame que te pregunte qué madera es tu favorita.

—¿Madera? ¿Qué tiene que ver la madera ahora en esto?

—Es para tu caja, primo. Que no las coges al vuelo precisamente. Muy espabilado para unas cosas y para otras parece que estás en babia.

—Violencia gratuita no, por favor.

Llegó la hora de la proyección y lo agradecí para que se hiciera el silencio. Los actores de la peli tenían sus asientos reservados y cómo no, Gabriela se situó al lado de Leo.

Menos mal que en la nueva peli que estaba grabando en esos días no intervenía ella, porque de otro modo me hubiesen tenido que ingresar presa de un ataque de nervios o, mejor dicho, de un ataque de celos, que a las cosas es mejor llamarlas por su nombre.

Nunca me he considerado especialmente celosa. A ver, matizo, como todo el mundo he podido sentir unos ciertos celos en alguna circunstancia, pero ese ardor interno que estaba experimentando aquella noche era nuevo para mí.

Lo pensaba y tuve que aguantar la risa. ¿El motivo? Muy sencillo. Becka me miró y pensé que, si se lo hubiera confesado así tal cual, según lo estaba pensando, ella me habría dicho que se trataba de furor uterino.

La peli fue realmente aclamada. La interpretación de Leo, para mí, se trató de la mejor, aunque hube de reconocer que Gabriela también era un monstruo de la gran pantalla, aunque yo más bien la viese como un bicho peligroso.

Al término de la proyección nos trasladaríamos a una gran sala contigua donde se darían unas copas. Estaba deseando que pasáramos allí para poder acercarme a Leo. No contaba entonces con que me daría antes de bruces con ella, con su compañera de reparto.

—Así que tú eres esa chica de la que se habla en los medios—me comentó mirándome con desdén.

—La misma que viste y calza, sí—le contestó Becka antes de que pudiese hacerlo yo, con una agilidad bestial.

—Ya, ya, vestida y calzada… Dejadme que adivine, ¿vuestros *outfits* son obra de Chanel? No hace falta ni que contestéis. Oléis a pobre por mucho perfume que esta noche os hayáis echado. Mejor dicho, apestáis a pobre. Y Leo es muy generoso. Además, que tú no eres la primera que le envía a Chanel para que la adecente. Antes ha habido una larga lista…

—¡Por tu larga melena te atrinco yo! —le chilló entonces Becka, aprovechando que estábamos solos en una esquina.

—Eso es, prima. Yo la aguanto y tú le arreas todo lo fuerte que puedas.

—Quietos los dos—les pedí—. Las cosas no se arreglan a golpes, sino más bien con hechos.

Lo que hice fue providencial para mí. Me fui para Leo, quien se desmarcó de sus acompañantes en ese instante. Y entonces, aprovechando que cada cual iba a lo suyo, pues todos estaban pasando a la siguiente sala, le tomé por el mentón.

—¿Qué haces, Alyn? —me preguntó y noté cómo le temblaba la voz. Y juraría que no solo la voz, sino que también lo hacía su pronunciada y atractiva barbilla.

—Lo que estamos deseando hacer ambos y aún no ha ocurrido —le aseguré dirigiendo mis labios hacia los suyos.

No le dio tiempo a decir nada más. Pero sí a hacerlo… Ante la atenta y jugosa mirada de Gabriela, Leo me hizo una tremenda cobra. Nunca me había sentido tan mal, tan ridícula.

—Leo, yo…

—Alyn, tenemos que hablar, es cierto. Pero no aquí.

—O sea, que me escondes, es eso… Creí, verás… Tú desde el principio me has dejado ver y no has tratado de ocultar que nosotros…

—Es algo más profundo que eso, Alyn, créeme.

—¿Más profundo? No te entiendo…

Mis ojos estaban haciendo cuanto podían por contener esas lágrimas que pugnaban por salir de ellos.

—Me llaman, Alyn, luego hablamos.

Era el director quien se asomaba a la puerta para reclamar su presencia y la de Gabriela. Y yo quien me había quedado con toda la cara partida, metafóricamente hablando, mientras que el regocijo de ella no había hecho más que comenzar.

Estaba bien claro que, tras la jugada de su ex, se le había metido entre ceja y ceja (por no decir en otro sitio) atraer la atención de Leo. Y mi radar de mujer, conforme a lo que acababa de ocurrir, apuntaba en la dirección de que podía conseguirlo.

—Te has quedado planchada —me comentó Becka en cuanto los tres nos quedamos a solas.

—Me quiero ir a casa. He hecho un ridículo espantoso. Leo no está por mí.

—Y si no está por ti, ¿qué narices hacemos aquí los tres, con ropa que cuesta una cantidad astronómica, en el estreno de su peli? Igual no quería besos en público y solo es eso. Lo digo porque hay muchos actores con un montón de manías, ¿o no estamos hartos de verlo?

—Pienso igual que Becka. Esta noche es para disfrutarla.

—No, Micky, disfrutadla vosotros, yo me pillo un taxi y me voy a casa.

—De eso nada. Hemos venido los tres juntos y nos marcharemos los tres juntos.

—¿He oído algo de marcharos? —nos preguntó Marilyn, quien extrañada al no vernos, vino en nuestra búsqueda.

—¿Qué dices, preciosidad? Algún defecto debías tener tú, y es que estás sorda—se hizo el sueco Micky, tomándola por la cintura.

—Ay, si no fueras tan gay, chaval…

—Ay, si yo pudiera mirarte con otros ojitos…

Los míos seguían con ganas de derramar un buen puñado de lágrimas, si bien me contuve. Becka me empujó hasta que llegamos a la sala contigua. Leo estaba de lo más solicitado, todos querían hablar y hacerse una foto con él.

Debía saber que su actitud me hizo daño porque, pese a ello, su mirada y la mía se cruzaban en muchos momentos. Yo misma me sentía culpable y, a la vez, abatida. Le había puesto en una situación un tanto violenta sin que fuese mi intención, aunque lo estaba pagando caro porque ardía en deseos de salir corriendo de allí y meterme en la cama a llorar.

Mis amigos hicieron lo indecible por tratar de que me sintiera mejor. También Leo se acercó en varias ocasiones en las que no le di demasiada conversación. Tampoco hubiese sido posible de estar de mejor ánimo pues, tan pronto se nos colocaba al lado, alguien le reclamaba.

—Así de sufrida es la vida del actor—suspiraba Micky.

—No digas chaladuras, primo, te lo pido por favor.

—Ni dar su opinión puede uno. Ay, Marilyn, ¿tú no sabrás de algún tío bueno que ande suelto y con ganas de marcha para que me quite esta presión que siento en el pecho?

Ella se reía mucho con Micky. Yo también lo hubiese hecho en circunstancias normales, pero no en aquella noche que comenzó de la mejor manera y, sin embargo, estaba abocada a terminar de la peor, conforme yo estaba viendo.

Contaba las horas para volver a casa. No me quitaba el malestar de encima. ¿Y Leo quería hablar de lo sucedido? No me sentía con fuerzas.

Dieron las doce y, tal cual le sucedió a Cenicienta, yo también sentí que el cuento estaba acabado y que el final feliz se alejaba. Ella tuvo ocasión de comprobarlo porque sus ricas ropas se convirtieron de nuevo en humildes trapos y la magia se desvaneció. En mi caso se desvaneció igualmente, por mucho que el impresionante vestido rojo siguiera cubriendo mi cuerpo, el cual permanecía intacto. No así mi alma, la cual sentía hecha jirones.

Necesité ir al baño. Ni siquiera prestaba atención a dónde estaba Leo ya. Solo quería marcharme y lo haría en cuanto saliese de ese baño. Pero no… No llegué a entrar en él. Y no lo hice porque, cuando estaba a punto de hacerlo, los vi juntos.

Sí, eran Leo y Gabriela. Y a ella no le importó besarla, pues se estaban comiendo los morros. Como si me hubiese olido, miró hacia mí. A Leo el rostro se le desencajó. A ella le salía la felicidad por cada uno de los poros de su sedosa piel.

Eché a correr y cogí a Becka de la mano, al pasar junto a ella. Micky nos siguió. Ya en la calle, y sin recobrar el aliento, pedimos un taxi.

No pude parar de llorar hasta llegar a casa. Hasta hipo me entró. Ambos me llevaban cogida de sendas manos, sin saber qué había pasado en realidad.

Micky se quedó con nosotras esa noche. Argumentó que no podía meterse en la cama sin que relatara qué me había sucedido para perder los estribos del modo que lo hice.

—Si ni siquiera le he dicho nada. Las palabras no me han salido de la garganta —les indiqué.

—¿Qué palabras no te han salido hacia quién?

—Hacia ese maldito que se estaba besando con ella, ¡con Gabriela!

Chillé de rabia. No podía más. Tras comprobar que se habían liado (si es que no lo estaban de antes) sentía que el ridículo que hice se había elevado a la categoría de estrepitoso.

—Maldito hijo de la gran…

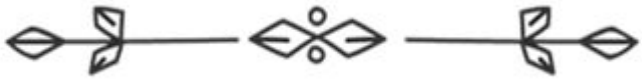
—Calla, prima, calla, que la vas a poner peor.

—Peor ya no me puede poner, Micky. ¿Por qué ha tenido que hacerlo? ¿Por qué sois así los hombres?

—A mí no me mires, que a los heteros tampoco los entiendo, lo siento.

—No es un cuestión de orientaciones sexuales, es cuestión de que quien nace cabrón no cambia—opinó mi amiga.

Capítulo 19



El domingo amanecí con los ojos enrojecidos por la falta de sueño y el llanto. Becka estaba a mi izquierda y Micky a mi derecha, ambos en mi cama, como si fuéramos sardinas en lata.

—¿Cómo estás, mi niña? —me preguntó ella antes de comprobar el color de mis ojos—. Vale, vale, no respondas, ya lo tengo claro. Te voy preparando un café.

—¿Un café, so loca? Que la vas a revolucionar aún más. La jefa lo que necesita es un masaje. Se lo voy a dar yo.

—No, no, nada de masajes. Café en vena es lo que quiero.

—Pues nada, te subirás por las paredes como la niña del exorcista. A mí me da miedito, pero más aún me lo da contradecirte—me dijo cuando vio la cara de perra potencialmente peligrosa que le puse.

—Me subiré por donde me dé la gana. Y otra cosa, no quiero volver a hablar de lo que sucedió anoche. Ese desgraciado no se va a meter ahora en

mi casa y en todas mis conversaciones porque no.

—Pues ya estás hablando de él, no es por nada.

—Micky, te la estás jugando. No hagas que pague contigo…

Levanté el almohadón y, antes de que pudiera darle con él mientras me terminaba de explicar, ya había volado de mi lado en busca de su prima, que se fue para la cocina. Escuchaba la cafetera. Becka sabía que no era fácil llevarme al estado en el que me encontraba aquella mañana pero también sabía que, cuando ocurría, era mejor dejarme a solas con mis pensamientos y no provocarme.

Miré a mi alrededor. Micky huía al galope, por la cuenta que le traía. Ni en mil vidas que hubiese vivido me habría imaginado un despertar tan inusual como aquel, en el que me sentía absolutamente ridícula por mi actuación de la noche anterior.

Trataba de analizarlo y no… La culpa no era solo mía. Nunca me hubiese acercado como lo hice a Leo si él no me hubiese dado pie. Pero su actitud me llevó a la total confusión. Por más vueltas que le daba, no podía entenderlo, ¿por qué entró en mi vida y qué pretendía de mí?

Me sentía como un animalillo de esos de laboratorio cuyos tristes destinos van encaminados a los experimentos, ¿es que Leo me había utilizado en ese sentido?

No podía comprender qué le impulsó a entrar aquel día en mi peluquería y a hacerme partícipe de su vida desde entonces… Hasta que llegó el momento de dejarme bien claro que no era nadie en ella y que prefería compartir sus innegables encantos sexuales con una estúpida como Gabriela, pero que estaba situada en la cima del éxito como él, que conmigo.

Aparecí por la cocina justo en el instante en el que picaron el timbre de la puerta.

—¿Esperáis a alguien? —nos preguntó Micky.

—¿Tengo cara de esperar a alguien? —le respondí con malas pulgas mientras estiraba el brazo para coger la gran y humeante taza de café que me estaba poniendo Becka en la mano.

—De lo que tienes cara, más bien, es de darle un bocado a una esquina y hacer un quiosco. Me estás dando pánico, te lo juro.

Sin decir más, se fue hacia la puerta. Y cuando su voz se mezcló con la de ese otro indeseable con el que no quería hablar bajo ninguna circunstancia, le hice un gesto para que se marchase y me quedé a solas con él.

—Tú, ¡aire! —le exigí al ver a Leo.

—No, por favor, Alyn, tienes que escucharme.

—¿Escucharte? ¿A qué has venido? ¿A interpretar otros de tus papeles? Te juro que…

—Soy yo quien te jura algo: te juro, de hecho, que estoy muy confundido.

—¿Confundido? No me hagas reír. Mira, aquí la única que está confundida soy yo, que me he dejado llevar por… Prefiero no decirte por lo que me he dejado llevar, la verdad, porque reconozco que siento una vergüenza impresionante, ¡ya te estás largando! Y una cosa, respecto a la pasta que me diste, puedes estar tranquilo, porque te devolveré hasta el último centavo.

—Ya te he dicho muchas veces que no es necesario, por favor.

—Me da igual lo que me dijeras. Ahora las cosas han cambiado. Antes había buen rollo entre nosotros…

—Y tiene que seguir habiéndolo. Alyn, no sabes lo importante que eres para mí.

Me di la vuelta en ese instante porque me dio la impresión, aunque no tengo ojos en la nuca, de que Becka y el chismosillo de su primo se estaban empapando de todo desde la puerta de la cocina.

—La escoba, ¡traed la escoba! Que a este lo echo a escobazos de aquí. Como que me llamo Alyn que lo hago —les aseguré.

—Alyn, tienes que tranquilizarte —me pidió Leo.

—Claro, por tu bien, ¿no? Sabes que soy capaz de abrirte la cabeza con el palo. ¿Te largas por las buenas o por las malas? O sea, que no te largas por las buenas, ¿no? Estoy viendo que no… Pues entonces lo haré a mi manera.

No es que él tuviese tiempo ni a pensar. Estaba fuera de mis casillas y más que dispuesta a darle semejante portazo en las narices que le tumbase de espaldas.

Leo, que tonto no era, se lo vio venir y dio un saltito para atrás que le hubiese quedado de lo más salado de no ser porque ya nada de lo suyo me hacía ni puñetera gracia.

Cerré haciendo tal ruido que pareció que el bloque entero se fuese a venir abajo.

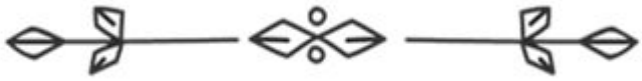
—Definitivamente, me estás dando miedo —me dijo una Becka que en ese instante se santiguó y todo.

—A la mierda, no quiero volver a verle.

—Tienes motivos, cariño, pero has de calmarte.

—Me calmaré cuando ese… cuando ese… cuando ese miserable— arranqué por fin— esté lejos de mi vida.

Capítulo 20



El escándalo estaba servido. Para que no le faltase nada en aquel culebrón en el que se habían convertido nuestras vidas, los paparazzi habían pillado besándose a aquellos dos, los cuales terminaron por salir juntos de la fiesta.

Por más que le daba vueltas a mi dolorida cabecita, no acertaba a encontrar el motivo por el que Leo se había reído así de mí, porque eso era lo que sentía que había hecho.

Sí que me venía como Cenicienta de golpe… Una Cenicienta ninguneada que pasó a odiarle.

—Da igual, ya lo he visto, no tenéis por qué callaros —les comenté a aquellos dos cuando sellaron sus labios al verme entrar en la cocina. Ya hacía un rato que Leo se había ido y era la hora del almuerzo.

—Pues ya está, no paran de hablar… También lo hacen de ti, jefa, se rumorea que no se sabe qué has representado para Leo.

—Pues un cachondeo. Ah, y la buena acción del año. Para mí que ese tiene motivos para que le remuerda la conciencia y opta por hacer obras de caridad. Maldito sea…

No podía parar de maldecirle. Y no lo hice en el resto del día.

A media tarde, estaba sentada en el sofá.

—Micky, ¿te vas a tu casa o es que piensas apalancarte aquí de por vida?

—Qué mala *follá* tienes, jefa. Digo…

—Ni eso, no tengo ni eso. Porque no ha llegado a ponerme la mano encima. En fin, que le den bien dado—le comentaba.

—La puerta, otra vez la puerta…

—Ya he escuchado el timbre, Becka. Ese cabrón me ha dejado patidifusa, no sorda.

—Venga, voy yo.

—Sí, que sigo haciéndole el masaje de espaldas y, aun así, no hay quien la aguante—se quejó Micky, que se esforzaba por agradar.

Al poco entró Becka de nuevo en el salón.

—¿Y ese pedazo de ramo de flores? —le pregunté con un cabreo inmenso.

—Vale, que sí, que son de Leo, nena, pero que el chaval que las ha traído no tiene culpa. No le iba a decir que se las metiera por…

—Quítalas de mi vista, ¿cómo se te ocurre aceptarlas? Ahora se creerá que me está ablandando. Voy a llamarle por teléfono para ponerle en su sitio.

Ambos resoplaban. A Leo, que pilló la llamada a la primera, no le dio tiempo a decir ni una palabra.

—Como vuelvas a entrar en contacto conmigo por cualquier medio o a enviarme regalitos de mierda, te denuncio— le comenté con total contundencia antes de colgar y bloquearle.

Le dejé con la palabra en la boca. A continuación, cogí el ramo de flores, nota incluida (la cual pasé de leer) y lo tiré a la basura.

—Qué lástima—murmuró Becka.

—¿Tú quieres tener que buscarte un trabajo nuevo?

—No, no, y quita esa cara, que asustas al miedo. No he dicho nada.
—Pues eso, que mejor no digas nada.

El lunes por la mañana, ¡lo que me faltaba! Los periodistas estaban apostados en las inmediaciones de la peluquería.

Si había alguien que se lo estaba pasando de cine con todo aquello era Tracy, quien no tendría clientela, pero sí una sonrisa de oreja a oreja cuando vio que me abordaban y me metían los micrófonos delante la cara de una forma de lo más irrespetuosa, queriendo saber a toda costa.

—Por fin, por fin las cosas vuelven a su sitio. Anda que te puedes comparar tú con Gabriela López, chalada —me decía.

—Pues para volver a su sitio, en la puerta de tu centro de belleza no hay nadie. Parece que tu clientela ahora vuelve a ser nuestra, chalada —la parafraseó Becka.

—Pasa de ella… Vamos para dentro —le dije tirando de su mano.

Los paparazzi, como si fuesen abejas, nos siguieron. Y entonces, me revolví como un bicho y me encaré con ellos.

—Pero vamos a ver, ¿qué pretendéis de mí? Yo no soy famosa ni tengo un culo para partir nueces como Gabriela López. Preguntadle a ella cómo le va con Leo, yo no tengo ya nada que ver con él.

—Y eso, ¿por qué ha sido? Si parecía que manteníais una bonita relación, Alyn, ¿al menos eso nos lo puedes confirmar?

—Eso se lo preguntáis a él. No regreséis por aquí—les pedí—, lo único que quiero es que todo vuelva a ser como antes.

—Toma, ¡y yo también! Pues comienza por devolverme a mis clientes.

—Eran míos antes que tuyos, Tracy, ¡y cierra el pico! ¡Lárgate de aquí!

—Yo os podría dar una exclusiva. Si queréis carnaza, nadie mejor para…

—A esta ni agua, ¿me escucháis? —les aconsejó Becka, viendo que la otra pretendía sacar una buena tajada del tema.

Los clientes nos miraban asombrados. Se estaba montando un buen circo con todo aquello. Y nunca mejor dicho porque me sentía una payasa, una auténtica payasa. O mejor un títere, un títere que, sin ser consciente de ello, había estado todo el tiempo en manos de Leo Devlin, quien manejaba los hilos de esa surrealista historia que no terminaba de comprender.

Me metí para dentro arrastrando a Becka conmigo. Micky ya estaba organizando. El ambiente era tenso, aunque tratamos de aflojar por nuestros clientes, quienes no tenían la culpa de que yo estuviera totalmente despechada.

Pese a su juventud, Micky contaba con muchas tablas y trató de darle un aire festivo a una mañana en la que me encontraba fatal.

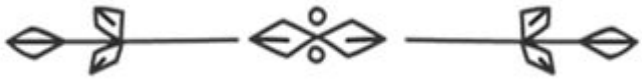
Al mediodía, apareció por allí Keanu.

—Sal, anda, que él no tiene la culpa de nada y estás muy pillada —le aseguré a Becka al ver el desconcierto en sus ojos.

—Es una monada, cierto, pero que si quieres, lo despacho también, Alyn. Tú eres lo primero.

—Gracias, boba, pero no hace falta.

Capítulo 21



Becka llegó de nuevo a la pelu a la hora de abrir por la tarde, tras haber almorzado con él.

—Que dice Keanu que es muy importante para Leo hablar contigo, que es vital —me transmitió.

—¿Vital? Ese no solo es un hijo de la gran fruta, sino un tremendista total. Vital dice el tío… No, si encima pretende quedar bien a toda costa. Es que paso por completo.

Se lo decía al mismo tiempo que escuchamos una sarta de gritos impresionante.

—¿Qué es eso? —me pregunté mientras iba hacia la puerta.

—Es la Barbie, como dice mi prima, que tiene un soponcio encima.

—¿Y por qué, Micky?

—Y yo qué sé, jefa. Espera, que pongo el oído.

El trabajo no nos faltaba, eso por descontado, pero tampoco los sobresaltos.

Salimos y contemplamos la escena en vivo en directo. Tracy le gritaba toda clase de improperios a su pareja, quien se defendía como podía.

—Pero no te pongas así, mujer, te lo pido por favor —le pedía él desde el interior de su coche mientras que ella entraba y salía, lanzándole toda clase de material de peluquería, el cual poca falta le hacía ya. Hasta un secador vimos volando en dirección a la cabeza del asombrado hombre.

—Todo me pasa por liarme con un viejo, abuelo, ¿vas a ser abuelo de verdad? Qué asco.

—Lo raro es que no lo fuera antes, eso sí que me cuesta creerlo —opinó con una sonrisa sarcástica Becka.

—Tú, que a esta fiesta no te ha invitado nadie, ¿no tenéis tantos clientes? Pues para dentro.

—De eso nada, pienso quedarme aquí, relajada viendo el numerito.

Se las estaba cobrando todas juntas. Tracy nos las hizo pasar canutas en muchos momentos y llegó la hora de tomarnos la revancha.

Por lo que podíamos escuchar, después de pasar una temporada en la que puso el mundo a sus pies, el hombre se dio cuenta de qué era lo que verdaderamente valía la pena en la vida. Por esa razón, y dado que nos enteramos de que su hija estaba embarazada, su mujer y él quisieron darse una segunda oportunidad, por el bien de la familia. Y claro, Tracy no tenía cabida en ella, solo hubiese faltado. De ahí que estuviera con los nervios crispados.

Si de por sí el negocio le iba como el culo, no digamos ya cuando él le retirase la ayuda que tanto necesitaba. Entonces no tendría ninguna posibilidad de valerse por sí misma. Vaya, que a su centro de belleza le quedaban dos telediarios.

La pelea terminó con el hombre pisando el acelerador a tope, porque ella estaba a punto de subirse y liarse a mamporros con él.

—Me parto, es que me parto —Becka estaba que lloraba de risa.

—Menudo capullo, ahora se acuerda de su mujer, ¿y a ella qué le pasa? ¿Es que no tiene dignidad? No le daba una oportunidad yo ni borracho, después de llevar tela de tiempo liado con esta zorra —añadió Micky.

—¿La zorra soy yo? Mira que te pongo como un cristo, que te tengo ganas. En realidad, os tengo ganas a todos.

—Pues anda que nosotros a ti —añadió Micky.

—Chicos, chicos, ¡se acabó! Pasemos de esta…

—¿Ahora te crees más que yo? —me preguntó encarándose conmigo—. Pues vale que creas que se lo debo todo a mi pareja, pero tú… Tú también se lo debes todo a Leo Devlin, así que a ver cómo te va a partir de ahora sin él.

—Pues me irá bien, porque yo ya tenía una clientela antes de que me la robaras. Pero finalmente la he recuperado. Vete al infierno, Tracy.

—Vete tú, y no te creas tan digna.

Lo que me faltaba era que ella viniese a darme clases de moral. Una tipa como esa, que se había valido de su físico para engatusar a un hombre mayor que cayó rendido a sus pies. Me pareció patético, tanto como ella.

Me metí para dentro y traté de hacer como si nada pasara. Pero sí me pasaba. Entre unas cosas y otras, las manos me temblaban y no me sentía en condiciones de trabajar. Y eso no era lo peor; lo peor era que mi cabeza no paraba de dar vueltas y de rumiar. Rumiar era lo que más hacía, sin parar.

Había entrado en un bucle del que me resultaba difícil salir. ¿Sería porque me había enamorado? Pues probablemente lo había hecho hasta las trancas. Pero era incapaz de enfrentarme a esa idea. Y mucho menos de verbalizarla y reconocérsela a otros, aunque tanto Becka como Micky lo debían tener muy claro.

Una vez que terminó nuestra jornada, abrimos la puerta para salir hacia casa y me encontré con el coche de Leo. Y no solo con su coche, que

obviamente no condujo solo hasta allí, sino con él dentro.

Tal cual me vio, salió de un salto.

—Creí haberte dejado bastante claro que no quería saber nada de ti. Me da igual lo que quieras decirme para acallar tu conciencia. Qué tonta yo —le comenté dándome un golpecito en la frente—, si tú no tienes de eso.

—Sé que estás muy enfadada conmigo y tienes todo el derecho, Alyn. Sin proponérmelo, porque nada más lejos de mi intención, te he hecho daño, que era lo último que deseaba.

—Pobrecito tú, que vienes a quedar de bueno y te vas a ir calentito. Pero no calentito como creí que estabas conmigo, que la cagué a lo grande, sino calentito de otro modo. O me dejas pasar, o llamo a la policía —le advertí.

—Me da igual, Alyn, como si vienen y me detienen. Solo quiero hablar contigo. Y no pienso marcharme hasta haberlo conseguido.

—Y encima cabezota. Si es que manda narices, de verdad… Que te largues, que tú y yo no tenemos nada que hablar, ¿o es que no te das cuenta de que no tenemos nada en común?

—Te equivocas, Alyn. Me temo que te equivocas.

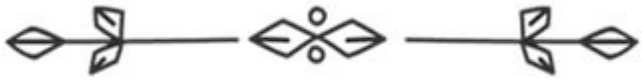
—¿De qué hablas? Y a mí no me pongas esa cara de pena, ¿me oyes? Odio a las víctimas.

—No es mi estilo y tampoco lo que pretendo. Lo que sucede es que estoy afectado.

—Afectado tú, ¿y eso por qué?

—Alyn, porque eso que nos une a ti ya mí es algo muy fuerte; somos hermanos.

Capítulo 22



Lo siguiente que recuerdo es despertarme en medio de la calle con Becka echándome viento. Leo estaba a su lado con cara de circunstancias.

—Becka, dile que se vaya, que con solo acercarse, me pasan cosas raras —le pedí.

Leo me hizo una carantoña y me enfrenté a él como gato panza arriba.

—Tranquila, cariño, que no te ha hecho nada.

—No, qué va. Por su culpa acabo de soñar que somos hermanos, menuda pesadilla, ¿te imaginas, nena?

—¿Eso es lo que le has dicho para que se desmayase? —se revolvió ella para preguntarle.

—Becka, no es ninguna mentira. Por esa razón vine a buscar a Alyn.

—¡Ay, mi madre! —exclamé al ver que la pesadilla no era tal, que me había comentado tal barbaridad realmente—. ¿Tú de qué clase de manicomio te has escapado? —le increpé.

—Alyn, tienes que escucharme.

—Eso, eso, tienes que escucharle, porque no tiene desperdicio lo que está diciendo. Ahí viene Micky con una botella de agua fresquita para que se te pase el susto.

—Sí, claro, un poco de agua y aquí no ha pasado nada. ¡Que dice que somos hermanos!

—¿Quién dice eso? —preguntó Micky, que no se había enterado de nada aún.

—El tolai este, que se cree que está en una de sus pelis. Que ahora dice que somos hermanos, Micky.

—¿Hermanos? Si te lo querías empotrar, Alyn.

Su comentario hizo que mis mejillas entrasen en erupción y que me sentase de golpe. ¿Se podía ser más indiscreto?

—Ay, Dios, qué susto… Si parece que has entrado en trance.

—En trance vas a entrar tú de la patada que te voy a dar.

—Un poquito de orden, por favor, que nos estamos saliendo del tema y os digo una cosa: el tema no es como para salirse. Desde luego que esto se está convirtiendo en un auténtico culebrón.

—No, Becka, se está convirtiendo en una peli de terror, pero tranquila porque ya mismo van a salir los créditos, pues de ponerle el punto final me encargo yo. ¿Tú de qué vas? —me encaré con Leo.

—¿Podemos hablar en un lugar un poco más discreto? —me pidió.

—Mira por dónde, ahora quiere intimidad —se burló Micky.

—No, no, lo que le tengas que decir a Alyn se lo dices delante de nosotros dos, que para eso somos sus amigos del alma.

—¡Y que me entere yo también! —chilló Tracy desde la otra acera.

—Como vaya para allá sí que te vas a enterar, Barbie —le aseguró Becka.

A duras penas, y rechazando su ayuda, me puse en pie.

—Mis amigos tienen razón. Ellos pueden enterarse de todo, pero ella no —la señalé.

—¿De qué no puedo enterarme? Joder, después de que estoy aburrida perdida por vuestra culpa, al menos un salseo.

No le hicimos ni caso. Las piernas me temblaban cuando entramos en la pelu de nuevo, porque la idea era hablar fuera del radio de escucha de Tracy.

Micky se sentó y, de lo nervioso que estaba, no paraba de girar en la silla.

—¿Te quieres estar quieto de una vez? —le pregunté de la peor manera—. Y tú, ya estás desembuchando—le ordené a Leo.

—Eso, porque debes saber que Alyn, que así se llamaba también su madre, no tuvo más que una hija: esta Alyn tan guapísima que tienes delante y que recibió el mismo nombre en honor a ella. ¿Qué clase de majadería es esa de que tuvo antes otro hijo? —le preguntó Becka.

—No, yo no he dicho eso. Alyn y yo somos hermanos por parte de padre.

—¿Por parte de qué padre? Si ella no tiene padre —refunfuñó mi amiga.

—Un momento, no lo conocí, lo cual no quiere decir que no lo tuviese—le indiqué—. Pero vamos a ver, Leo, ¿cómo tu padre va a ser también el mío? Si los tuyos llevan toda la vida casados. Y tú eres mayor que no.

—Pero sin complejos, que estás que crujes—intervino Micky.

—Uff, aquí huele a cuerno—añadió Becka.

—Pues a mí no me los han puesto, como no sea a ti, prima…

—Qué bocazas eres, que aquí huele a cuerno por parte del padre de Leo. Con perdón iba a decir, pero no tiene mucho sentido. Sin él también.

—Sí, sin duda que mi padre se equivocó —resopló él.

—Oye, sin ofender, ¿eh? Que tu madre igual es una santa, pero la mía era maravillosa —le corregí porque se me crisparon los nervios.

—No, perdona, por supuesto que sí. Verás, me refería a que mi padre es… Joder, yo adoro a mi padre, pero las mujeres siempre han sido su debilidad. Y cuando conoció a tu madre…

—¿Dónde se supone que la conoció?

—En unas oficinas en las que ella trabajaba hace muchos años, antes de nacer tú.

—Sí, las limpiaba, lo sé. Y después siguió limpiando, y yo le di el relevo con el mocho con los años, que para eso no se me han caído nunca los anillos. Fue lo que ella me enseñó y el mejor legado que pudo dejarme.

—Pues mi padre, que es obrero de la construcción, participó en la reforma de esas oficinas. Y ahí se conocieron.

—Joder, joder, joder… ¿Y tú cómo sabes eso?

—Bueno, es complicado. Siempre he sospechado que en el matrimonio de mis padres existía un secreto inconfesable y hace poco, en una visita que les hice, lo pude constatar.

—No entiendo…

—Pues que les pillé en una conversación. Creían estar a solas y yo había entrado en casa para darles una sorpresa.

—Y la sorpresa te la llevaste tú.

—Y en mayúsculas. Mi madre le confesaba que nunca había podido olvidarse de aquel desliz suyo de tantos años atrás. Estaba llorando. Y cuando entré se callaron de inmediato. Sin embargo, en cuanto nos quedamos a solas, le pregunté a mi padre por la cuestión. En un alarde de sinceridad, me contó que muchos años atrás le falló a mi madre y que, fruto de aquella infidelidad, nació una criatura de la que nunca tuvo noticia porque ella se lo puso como condición para seguir casados.

—Ay, Alyn, que va a ser verdad…

—Calla, Becka, ¿y qué te hace pensar que esa mujer sea mi madre? En aquellas oficinas había más gente. Ella tenía compañeras.

—Sí, pero no igual de guapas. He investigado.

—Alyn, tu madre era un bellezón, tú sales a ella. Eso es verdad —me comentó Becka.

—Sí, mi padre siempre ha sido muy selecto en ese sentido. Es un hombre muy atractivo que pierde el norte cuando ve la belleza en una mujer.

—Normal que sea guapo tu padre, bombón —le soltó Micky.

—Esto es un despropósito, ¿y tú qué sabes cómo eran las demás?

—Porque ya te he dicho que lo he investigado. El único dato que le saqué a mi padre, y porque le pillé despistado, fue el lugar donde conoció a tu madre. Y así comencé a tirar de la madeja.

—Ay, Alyn, míralo de este modo, ¡que vas a conocer a tu padre!

—De eso nada, Becka, que si ese hombre no quiso saber ni de mí ni de mi madre, no voy a ir a dorarle la píldora. Y además, que esta historia se me está enconando. No quiero escuchar nada más al respecto —le dije con la intención de levantarme y marcharme.

—Alyn, lo lamento mucho, pero te estoy contando es verdad. Cuando le pedí al detective que investigara a las posibles candidatas a ser la amante de mi padre, y me enseñó las fotos, entendí que solo podía ser tu madre, las demás no habrían sido de su gusto. Eso sucedió a principios del noventa y ocho, y…

—¡¡Alto ahí!! Eso no es posible —le indiqué muy segura de lo que decía.

—¿Perdona?

—Ni perdona ni leches, Leo. Es cierto que mi madre se quedó embarazada en esa época pero, ahora que lo dices, estuvo unos meses de baja por un accidente laboral que sufrió. Y entonces…

—Entonces la reemplazó la amiga de tu madre, Susan, que anda que no es guapa ni nada también. Menudas dos… Si esa historia la he escuchado hasta yo—intervino Becka.

—¿Eso es así? ¿La tal Susan tiene una hija?

—No, la tal Susan, como tú la llamas, es como si fuese parte de mi familia. Siempre me ha querido mucho y me ha tratado como a una sobrina porque ella no pudo tener hijos.

—Entonces Susan tampoco pudo estar liada con mi padre.

—Calla… No pudo tenerlos a consecuencia de que perdió un bebé por un embarazo ectópico que sufrió y que se complicó mucho, dejándola estéril. Con el tiempo, conoció a quien hoy es su marido, pero no pudieron tener descendencia.

—¿Y eso sucedió en la misma época?

—Pues sí, porque Susan siempre ha dicho que podría tener un hijo de mi edad, es cierto. Qué increíble me parece todo. Y ahora que lo dices, una vez la escuché decirle a mi madre que odió al padre de su hijo cuando no quiso saber de ese embarazo por estar casado.

—Me caigo muerto —simuló Micky.

—Muerto te vas a caer, sí, a consecuencia de que te voy a dar de trompadas, ¿no ves que esto es algo serio, primo?

—Pues claro que lo veo, si estoy que se me va a salir el corazón por la boca. Es que no puede uno ni hablar. Qué impresión…

—Así que ese hijo que concibió mi padre con Susan no llegó a nacer. Y él aun piensa que tiene un segundo vástago en el mundo.

—Castigo divino, Leo, que Susan sufrió lo suyo por aquel entonces. Yo también se lo he escuchado decir en alguna ocasión—intervino Becka.

—Y tú pensando que ese retoño era yo… No, mi madre estuvo de baja y debió conocer a alguien por aquel entonces. No sé si en el hospital o dónde. El caso es que también se quedó embarazada.

—O sea, que no eres mi hermana.

—O sea, que si me dijiste que querías que estuviera en tu vida, siempre, era por eso.

—Alyn, yo…

—No, si ahora está todo muy claro, Leo, no tienes que darme más explicaciones. Aquí la tonta soy yo. Me das unas ganas de gritar increíbles. Qué ridículo he hecho… Y yo pensando que…

No me dio tiempo a decir nada más. Antes de que cerrase la boca sentí los cálidos y jugosos labios de Leo envolviendo los míos.

—Qué calor hace aquí de repente, ¿no? —le escuché preguntar a Micky.

—Sí, mucho calor, eso es. ¿Sabes lo que te digo? Que ahora mismo los dejamos solos y tú y yo nos vamos fuera a tomar el fresquito, primo.

Becka lo tomó por la muñeca. El muy cotilla de él caminaba hacia la calle con el cuello totalmente girado, deseoso de seguir contemplando una escena que, esa sí, bien podía formar parte de las de una peli romántica.

Leo me sonrió de un modo capaz de derretir ambos polos a la vez… Igual, de hecho, comenzaron a deshelarse porque yo sentí que me encharcaba. No, evidentemente eso formaba parte de mí y de ese furor que estaba sintiendo.

Nos dejaron a solas y él volvió a besarme.

—Entonces, ¿te gusto? —le pregunté con el corazón bombeándome tan fuerte que llegué a temer que mis latidos sonaran como hilo musical en la peluquería.

—¿Que si me gustas? Alyn, no te imaginas el peso que me acabas de quitar de encima…

—Ya, porque no soy tu hermana, aunque eso implica que tampoco tienes hermana.

—No puedo echar de menos lo que no he conocido. Sin embargo, a ti… No he podido estar más rayado. Alyn, sentía que los sentimientos que estaban creciendo en mi interior no eran propios de dos personas que están unidos por lazos de sangre, y eso comenzó a pasarme factura.

—Y para colmo, intenté besarte.

—Y entonces tuve que pararte de mala manera para que echaras el freno. Por mucho que te desease, no podía permitir que aquello fuese a más. Y tú, claro, no sabías nada, y yo quedé como un capullo total.

—Eso te lo ganaste a pulso, ¿estás enamorado de Gabriela?

—¿Es que no me has escuchado? Alyn, ahora no estoy representando ningún papel. Solo estoy enamorado de una mujer: y es de ti.

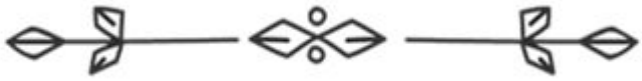
—¿Enamorado? ¿De mí? ¿Y la besaste para olvidarte de lo que comenzabas a sentir?

—Alyn, no puedo mentirte. Lo lamento si lo que voy a confesarte ahora te hace daño, pero no solo la besé. Mi necesitad de ignorar mi deseo por ti me llevó a pasar la noche con ella.

—Esa última parte me la podía imaginar—le conté mientras suspiraba hondamente.

—Pero te doy mi palabra de que, mientras la tenía entre mis brazos, solo podía pensar en ti.

Capítulo 23



Nunca me hubiese podido imaginar, de entre tantas y tantas veces como vi su casa en publicaciones, que algún día entraría en ella besando ardientemente a Leo.

Ese odio que había sentido por él en las últimas horas se transformó por completo. Si no se había podido explicar fue porque no le dejé. El ramo de flores, sus intentos de contactar conmigo, todo fue en vano. En ningún momento le permití que se acercase a mí. Y de pronto, me encontré con que todo tenía una explicación que jamás hubiese podido sospechar.

La primera vez que Leo Devlin entró en mi peluquería vino a tiro hecho, ya estaba claro. No hubo ni un ápice de intervención del azar en esa entrada que hizo dejándonos a Becka y a mí boquiabiertas.

Y, a partir de ahí, buscó el momento para hacerme una confesión que no era fácil, al comenzar a fluir entre ambos algo difícil de describir y que, por la manera en la que se estaba materializando, tenía mucho que ver con el amor.

Normal que no me hubiese tocado ni un pelo pensando que era su hermana. Por mucho que no me hubiese conocido hasta entonces, ¿qué clase de pervertido haría eso? Y, tras la confusión, llegó por fin el momento en el que ambos pudimos dar rienda suelta a eso que estábamos deseando.

Más de una vez, antes de conocerle en persona, había fantaseado con la idea de meterme en su cama. Y, después de conocerle, no digamos ya. Ahí sí que se desató el caos en mi interior… Un caos que tiraba en la dirección de que le deseaba más de lo que jamás hubiese podido llegar a imaginar.

Lo mejor era que las evidencias indicaban que Leo me deseaba igual. La mochila que se había quitado de encima era impresionante y la felicidad le embargaba.

Aunque no podía evitar sentirme celosa por esa noche que había pasado con Gabriela, lo cierto era que me había elegido a mí y, por tanto, también me sentía de lo más dichosa.

Tumbada sobre su cama comenzó a desvestirme. Cuánta imaginación derroché tratando de dilucidar cómo sería que un portento de hombre así me desnudase. Y estaba sucediendo. Sus manos comenzaban a acariciar la piel de mi vientre mientras sus labios se dejaron caer sobre él

Leo derrochaba sensualidad. Su atractiva sonrisa me hacía sentir febril. Y sus traviesos dedos no estaban por la labor de permitir que me bajase la temperatura. No, eso no iba a ocurrir. Por segundo que pasaba me sentía más presa de él, más esclava de esos besos que comenzaba a regalarme en una interminable batería que, desde mi vientre, le llevó a mis senos.

No tenía ninguna duda de que Leo había compartido cama con mucha famosa rabiosamente sexi. Sin ir más lejos, la misma Gabriela lo era. Y, a pesar de ello, me miraba de un modo que me hacía estremecer, como si yo fuese la única mujer que hubiese poseído. Hablando de poseer, el miembro que le permitiría hacerlo empezaba a apreciarse por debajo de sus pantalones, dada la evidente inflamación que lo estaba transformando.

Sentía curiosidad, mucha, por saber cómo era Leo en la cama, si bien apostaba a que en absoluto me defraudaría. Al fin y al cabo, ya comenzaba a poder dar fe de ello. Mi cuerpo se hacía pequeñito entre sus manos y una sutil capa de sudor perlaba mi piel, a juego con la suya, quien también daba muestras de esa excitación que se dejaba ver entre ambos y cuyo ascenso sería imparable.

—Muero por estar dentro de ti, pero no lo haré tan rápido, preciosa—me aseguró—. Quiero que antes disfrutes de todas las formas posibles.

—Solo con escucharte comienzo a disfrutar ya, muchísimo—le indiqué con un hilo de voz porque los nervios no me permitían expresarme de otra forma.

Sí, me encontraba increíblemente nerviosa. Aquel encuentro íntimo sobre su cama mostraba visos de superar cualquiera de mis expectativas, que no eran cualquier cosa, por cierto.

El azul de sus ojos se me antojó más profundo que en ninguna otra situación que hubiese vivido con él. Sus manos ya me habían desnudado

por completo y sus labios habían elegido nuevos destinatarios para besar; mis senos.

Entregada y tremendamente excitada, se los ofrecí mientras él comenzaba a succionar mis pezones. Lo hacía con tanto ahínco y fuerza que un hondo gemido placentero salió de lo más adentro de mi garganta.

En mi mente, solo un nombre; el suyo. Ese nombre que repetía una y otra vez mientras que él no dejaba de acariciarme de tantas formas como se le ocurrían.

Lentamente, me fue dejando caer. Mi cuerpo desnudo propició que sus ojos se fueran haciendo grandes, más grandes aún de lo que ya solían ser.

Esa mirada, esa mirada que un día me enamoró era el mejor de los regalos. Y disfrutarla en exclusividad era otro regalo de esos que no tiene precio, como tampoco lo tenía cuanto me estaba haciendo sentir sobre una cama que, al no poder hablar, sería el mudo testigo de un encuentro que intuía inolvidable; el primero que se produciría entre ambos. Y en mi cabeza, un solo deseo; que no fuese el último.

Sentía cómo su miembro palpitaba. Lo hacía cuando estuvo ante mi vista, pues no solo él sentía curiosidad por desnudarme. Yo también deseaba conocer cada uno de esos encantos que, hasta ese momento, solo existieron para mí en mi imaginación, privada como me hallé de poder tocarle, de poder recorrer cada centímetro de esa espectacular anatomía que estaba a punto de mostrarme.

A Leo ya le había visto sin camiseta. Causaba furor cada vez que le pillaban los paparazzi en alguna isla lejana, entregado al relax, practicando un deporte de agua de esos que tanto le gustaban.

Leo era muy de mar. Quizás por eso era el afortunado dueño de unos ojos azules de escándalo, de unos ojos azules que me hacían suspirar como ningunos otros.

No niego que su estela profesional, siendo como era uno de los actores más reputados del momento, hacía que se me cayese la baba. Pese a eso, yo estaba enamorada del hombre, no del actor. Y hubiese sido igual cualquiera que fuese su profesión.

Recorrí sus abdominales con mis manos. Él las seguía con la mirada. Ya había notado que le gustaban mucho. Para mí representaban mucho más que mi instrumento de trabajo y siempre las lucía impecables. Pese a que tenía que funcionar con ellas, no me faltaba mi perfecta manicura. Las tenía suaves, muy suaves, puesto que siempre aplicaba en ellas una crema hidratante. Él las acariciaba con las suyas, ayudándome a recorrer cada centímetro de ese privilegiado cuerpo que trabajaba a conciencia para ser uno de los más deseados del mundo.

Me preguntaba si podría lidiar bien con eso o si los celos se convertirían en mi enemigo. Nunca los había sentido en demasía cuando tuve pareja, si bien con Leo todo era distinto. Pero no, ¿por qué ser así de tonta? Si él podía escoger a la chica que quisiera y se declaraba enamorado de mí, ¿no era una gilipollez dejarme atormentar por esas ideas?

Sí que lo era, así que me entregué al disfrute que Leo estaba más que dispuesto a proporcionarme. Cada uno de sus gestos así me lo decía. Y entonces, mientras él comenzó a explorar esa cueva del placer que representaba mi sexo perfectamente depilado, yo me decidí a bajar su bóxer y a disfrutar de la misma forma de un sexo, el suyo, que encontré en su máximo esplendor.

No miento si digo que la boca se me hizo agua cuando lo tuve delante de mí. Mis manos ya lo masajeaban a placer mientras que un jadeo travieso y delicado salió entonces de mi garganta. Leo lo atrapó en el aire con sus labios. Quería sellar los míos con los suyos. Su forma de besar era tan intensa como él mismo. Leo representaba para mí la lujuria en sí misma. Lo corroboré cuando sus dedos entraron en mí. Deseaba tanto esa entrada… Y eso que todavía quedaba la primera parte de una sesión sexual que no podía ser más sensual y lasciva.

…Y luego estaba su sonrisa, ¿qué decir de aquella sonrisa de cine? Pues que en su caso lo era, de una manera literal. La sonrisa que Leo me dedicaba me llegaba al alma mientras comenzaba a gimotear de placer de un modo encadenado, incapaz de poner fin a esos sonidos que tanto parecían excitarle.

Leo comenzó a llevarse mi humedad en sus dedos, impregnados como estaban de mí. Y entonces me corrí para él mientras masajeaba con fuerza ese pene rígido y erecto, dispuesto a penetrarme como ningún otro.

La voluptuosidad lo invadía todo. Me entregué a él por completo entre los más lascivos de los gemidos. Y él… Él parecía decidido a elevarme a cotas

de placer que hasta aquel día no hubiese escalado.

Entendí que sería así, no me quedó duda alguna, cuando su miembro encaró la entrada de mi chorreante sexo. Me deshacía para él mientras su glande se afanaba por abrirse paso en mi canal más íntimo, ese que le esperaba con verdadera ansia.

Me dejé llevar, cerrando los ojos, una vez se internó en mí. No tardé en recapacitar y abrirlos, al no querer renunciar al espectáculo de sus ojos en los míos, al espectáculo de su mirada.

Me estaba calando hondo y no me refiero solo al hecho de que entrase físicamente en mí. Y entonces le hablé.

—Estoy a un paso de amarte, Leo Devlin.

—¿No me digas? Pues entonces te llevo ventaja, pequeña, porque yo ya te amo—me comentó mientras nuevamente devoraba mis labios con los suyos.

Por el amor del cielo, ¿quién le había enseñado a besar así? Eso no se aprende en ninguna escuela de interpretación. Sin duda que sus besos no parecían de este mundo. Leo besaba de un modo que te hacía olvidarte de cualquier cosa que no fuese el ahí y en ese momento. Leo besaba de un modo que te hacía plantearte que hay muchas maneras de hacer el amor, pero que solo una puede volverte loca.

Sí, loca de amor. Así era como Leo me hizo sentir sobre aquella cama en la que derrochamos pasión. Una pasión desmedida que duró horas, pues si

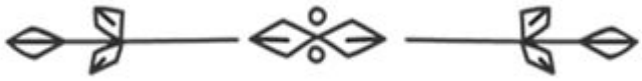
algo teníamos claro los dos era que, por mucho que él aguantase, el primer asalto nos había sabido a poco.

No había prisas. Leo tenía claro que su objetivo sobre aquella cama no era otro que hacerme perder la cabeza por él. Y estaba a un tris de lograrlo. Por él, y en ese momento, lo hubiese dado todo.

No hace falta decir que nos quedamos juntos aquella noche. Dormir a su lado, mientras me daba los más tiernos de los besos haciendo la cucharita tras haberme follado de un modo descomunal, fue otro descubrimiento.

Al final me había empotrado a Leo Devlin, pero la cosa no quedaba ahí. Aquella noche representó solo el comienzo de la más excitante de las aventuras; de una aventura que estaba más que dispuesta a emprender a su lado, nos llevase adonde nos llevase.

Capítulo 24



Pocos días después, yo estaba en una nube. Y más cuando vi aquellas declaraciones que él dio a los reporteros.

Me encontraba con Becka y con Micky en la peluquería, los tres más que atareados, cuando hicimos una pausa para tomarnos unos cafés que nos acababan de traer.

—Hay que ser asquerosa, ¿le has hecho un amarre amoroso o algo? —me preguntó Micky.

—¿De qué hablas ahora? —le pregunté quitándole su móvil.

—De que tu increíble novio acaba de hacer unas declaraciones en las que no solo habla genial de tu persona, sino que se declara intensa y absolutamente enamorado de ti, jefa.

—A ver, a ver —Becka se moría de la curiosidad. Y yo… Yo ya lo he dicho. Yo moría de amor y cada vez más.

Micky no se había inventado nada. Los reporteros, extrañados por sus últimos movimientos, que les habían confundido bastante, querían conocer a toda costa de qué lado se decantaba aquel astro del celuloide.

Sin que le temblara la voz, Leo confesó ante sus cámaras su amor incondicional por mí.

—Y entonces, ¿qué pasa con Gabriela? ¿Nos puedes aclarar qué ha representado ella en tu vida?

—Nada, absolutamente nada. Gabriela y yo solo somos compañeros de trabajo—les respondió tajante.

—¡Chúpate esa, Gabriela! —chilló Micky.

Después del lío que tuvieron aquella noche, en el que prefería no pensar, ella no perdió la oportunidad de dar a entender que entre ambos había surgido algo… "Algo" que él desmintió de un modo categórico, para mi alegría.

—Esa se va a arañar solita cuando escuche lo que tu maromo ha dicho de ti.

—Pues lo mismo que diría Keanu de ti, cariño.

—Sí, sí, si esto no es ningún concurso para ver quién tiene más en el bote a su chico. Las dos hemos triunfado como la Coca Cola.

—Sí, sí, prima, que tú mucho darle al pico, pero resulta que también eres otra suertuda.

—No lo niego. Es verdad que estoy pilladita por él.

—Y eso que no es mulato, prima —se burló Micky.

—Pero está dotado como si lo fuese, ¿quieres más detalles?

—Sí, por favor…

—No, va a ser que no necesito saberlos—les corté el rollo.

—No seas envidiosa, jefa, ¿o es que Leo no lo está? No, no me digas que esa perfección humana al final no lo es.

—Pues claro que lo está, está mejor rematado de lo que te imaginas, pero no te voy a dar más carrete, merluzo.

—No, si no me hace falta, ya me has puesto los dientes largos hasta el suelo. Ains, con lo que me ha costado la ortodoncia…

Al final de la tarde, Micky me indicó con los ojos que mirase hacia fuera.

—¿Qué es lo que pasa?

—Que ya lo tienes en la puerta, qué lujo…

Quien estaba que se mordía las uñas por los nervios era Tracy. Entre que seguía sin clientes y que ya no estaba con su cajero automático de novio, las cosas se le habían torcido por completo. Y os juro que su actitud arrogante parecía esfumarse detrás de la cortina de lágrimas que se formaba en sus desesperanzados ojos.

En fin, que teníamos muy claro que ella se lo había buscado, pero el justiciero del karma estaba por hacérselo pagar. ¡¡Y cómo!!

Leo me invitó a cenar. Estaba especialmente complaciente aquella noche en la que me hizo una propuesta.

—¿Te vienes conmigo a Hawái, preciosa?

—Bonito chiste, guapo. ¿Me lo dices en serio? —le pregunté al ver que no parecía ir de ese palo.

—Sí, que sé no has tenido ocasión de viajar demasiado y quiero que eso cambie.

—Lo del "demasiado" te lo puedes ahorrar. Casi que no he podido salir en mi vida ni a la puerta de la calle —bromeé, aunque la exageración escondía una verdad total.

—Pues es hora de que eso cambie. La semana que viene, Hawái nos espera.

—¿Nos espera? ¿En serio? ¿A los dos?

—Bueno, si te quieres traer a alguien más, vale, pero yo preferiría ir solo contigo. Será nuestro primer viaje. No es que se trate de una escapada romántica porque voy dos días para rodar unas escenas de mi nueva película.

—Tu vida sí que es de cine, pero la mía… ¿Cómo puedo dejar la pelu?

—Entre la estancia allí y los desplazamientos en avión, serán cuatro días. Y pilla el fin de semana por medio. Seguro que los chicos se las pueden arreglar sin ti.

—Tú entenderás mucho de interpretar, pero del trabajo de la pelu bien poco. Nos faltan manos para atender a los clientes, no podrán hacerlo de madrugada.

—Pues contrata a alguien para esos días.

—Es que no conozco a nadie de confianza.

—¿No te hace ilusión venir, preciosa?

—¿Bromeas? Me muero, es que me muero por ir contigo a Hawái, lo que sucede es que no sé cómo hacerlo.

—Seguro que encuentras la forma. Búscala. Y si es por dinero…

—No, no. Si ahora tengo la caja a tope. No hay pega por eso. Podría contratar a alguien, claro, pero no se me ocurre a quién. Déjame que le dé una vuelta.

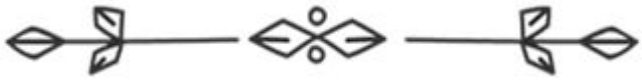
—Ok, pero entonces cuento contigo, ¿no? Tengo que preverlo por el tema de los billetes de avión y demás.

—Te como esa cara, Leo Devlin. No me lo pierdo. No sé cómo lo haré, pero no me lo pierdo. Cuenta conmigo.

Mi corazón palpitaba a toda leche. Leo iba en serio en lo nuestro, no había duda. Algunas mañanas, cuando me despertaba, apenas quería abrir los ojos por miedo a que se tratase de un sueño y me llevara la desilusión. Pero luego lo hacía con la alegría de comprobar que ya tenía en mi móvil un mensaje suyo de buenos días recordándome que aquello era tan real como la vida misma. Y también que cada día daba más pasos en la dirección de integrarme en su entorno.

Lo que había comenzado del modo más alocado e irracional por su parte, creyendo que era su hermana, había desembocado en la que esperaba que fuese la historia de amor de mi vida.

Capítulo 25



Diréis que soy tonta de remate y no digo que no sea así. De todas maneras, a veces los astros se alían de un modo que no es fácil de explicar.

Al mediodía siguiente, después de hacer algunas llamadas, esperábamos a una chica, compañera de peluquería, que no estaba trabajando fija en ninguna y a la que le venía sensacional sustituirme un par de días.

—Así que te has hecho famosa y mira qué peluquería tan cuqui tienes —me decía Desi, que ese era su nombre.

—No me hagas la pelota porque sigo siendo la misma chica sencilla. Y en cuanto a mi peluquería, pues también es de lo más normalita.

—Incluso el local diría que es un poco cutre, jefa, aunque tú lo has decorado que es un caramelito —corrigió enseguida Micky mientras se afanaba en meterle los dedos a un cliente al que le daba un masaje… En el cuero cabelludo todo, que ha podido sonar fatal.

En fin, que ellos se alegraban mucho de que hiciese ese viajecito con Leo y me animaban a que me marchase de lo más tranquila.

Nos iríamos el viernes a primera hora y me reincorporaría a la pelu el martes, por lo que ya todo estaba resuelto. Aún me faltaban unos días para eso, si bien mi ilusión era máxima.

—Becka, una vez que está resuelto, te invito a almorzar en ese centro comercial nuevo que han abierto y así me ayudas a buscar unos bikinis, que ando regular de ropa de baño.

—Pues será de lo único que andes regular tú, jefa.

—Micky, ¿es que estás buscando un aumento de sueldo o algo?

—No, solo pretendía pelotear por pelotear, aunque si me lo das no voy a llorar tampoco, las cosas como son.

Miré hacia la calle y entonces vi una escena más que merecida y que, sin embargo, como que no me alegró.

—¡El karma ha venido a por ella! ¡A tomar viento fresco! —exclamó Becka al ver que Tracy estaba echando el cerrojazo. Se acabaron los días de su centro de belleza.

—Calla, mujer, no vaya a ser que nos caigan a nosotras los siete males encima.

—¿Los siete males, Alyn? Te recuerdo que eso fue lo que ocurrió cuando ella puso un pie en este barrio para hacernos la más desleal de las competencias. Si no llega a ser por Leo, el cierre lo hubiésemos echado nosotras, y eso por las malas artes de esa bruja.

—Y aun así no le deseo ningún mal. Creo que Tracy es una desgraciada, en el fondo.

—¿Y eso por qué? Es una aprovechada, eso es lo que es. Me caigo muerta, ¿ahora estás de su lado? Oye, que puedo empezar a recordarte todas las putadas que nos ha hecho y no acabaría hasta mañana.

—Recuérdaselas, sí, que le hace falta.

—No me he quedado sin memoria, es tan solo que a nosotras las cosas nos van bien y no le deseo el mal a nadie.

—Y yo tampoco. A nadie que no me haya jodido, pero esa nos hizo la vida imposible desde el primer día.

—Y bien que lo está pagando.

—Pues lo que se merece. Qué susceptible estás, menos mal que no ha dado tiempo o pensaría que Leo te ha hecho un bombo.

—Ay, por favor, un Leito chico, qué cosa más mona. Con lo que a mí me gustan los niños.

—Sí, ¿tú sabes que mi primo ha trabajado con críos? De monitor en campamentos de verano, Alyn, imagínate la escena.

—Reconozco, porque lo tengo que reconocer, que me decidí porque había un monitor que me ponía… Buff, cómo me ponía. Y fijaos lo que son las cosas, luego resultó ser un capullo y yo me enamoré de cada uno de esos niños. Cómo son los chiquitines. Alyn, ¿nos vas a hacer titos pronto?

—No te funciona la cabeza, Micky.

—¿La de arriba o la de abajo? Porque si algún día tiene que dejar de funcionarme una de las dos, a Dios le pido que sea la de arriba, pero que no me deje impotente.

—Impotente mental estás ya —le dijo su prima riéndose.

No tuve noticias de Desi, la chica que había contratado, hasta el jueves por la tarde. Llevaba una hora llamándola para pedirle unos datos que debía pasarle al asesor y no descolgaba mi llamada.

Por fin lo hizo, aunque su voz era de ultratumba total.

—Alyn me vas a matar, pero es que vengo del médico. Verás, me encontraba pachucha desde anoche, aunque ha sido esta mañana cuando he

notado un dolor de garganta tremendo y secreción en los ojos, que no podía ni abrirlos. Me apliqué colirio y nada. Y ya esta tarde, viendo que la garganta la tenía al rojo vivo me he decidido a ir a consulta. Tengo un virus y es contagioso. Lo siento, de verdad, con la ilusión que me hacía trabajar en la peluquería de las famosas.

—No te preocupes, cariño, que lo entiendo perfectamente. Y cuelga ya, que estás que no puedes ni hablar.

—Con lo bien que me hubiese venido el dinero, en fin…

Otra que me dio pena. Igual no es lógico y lo mismo no se entiende, pero yo sentía que las cosas me estaban yendo bien y me compadecía de todo el mundo.

—No te preocupes por eso, mujer, te voy a pagar ideal.

—¿Sin ir a trabajar? Menudo chollo…

Cuando colgué la llamada, la mirada de Becka era de reprobación total.

—¿Es que ahora somos una ONG, Alyn?

—No es eso, pero no me puedo olvidar de que, cuando peor estábamos nosotras, Leo nos ayudó. Y ahora espera, que vengo enseguida.

Salí corriendo a la calle. Pese a todas las maldades que nos hizo Tracy, que no eran pocas, me conmovió la forma en la que salió de su local, al que había acudido de nuevo para recoger algunas de sus cosas.

Nos habíamos convertido en enemigas y, aun así, salí corriendo detrás de ella.

—Tracy, espera —le pedí mientras ella se volvía, asombrada.

Obvio que no me esperaba. Lo último que podía imaginarse era que saldría corriendo tras ella.

—Alyn, si has dado una carrera para reírte de mí, te aseguro que…

—No, no es eso lo que quiero. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Ya, ya sé por dónde vas. Pues mira, lo admito. No, no estaba enamorada de él, ¿sabes? Pero me hacía la vida muy fácil. Yo no crecí en el mejor de los ambientes, mis amigas tenían muchas más cosas y se limitaban a prestármelas por un ratito. Lo que sí tenía era mejor cuerpo que ellas y me valí de eso para al tío ese. ¿Ya te has quedado contenta?

—Tampoco yo tuve una infancia en la que nadara en oro, Tracy. Y no por eso se utiliza a la gente.

—Igual tú te conformaste, Alyn, y yo no. Y fíjate, al final la que se ha llevado el gato al agua eres tú. Menuda potra que has tenido con Leo

Devlin. Joder con la mosquita muerta…

—Tracy, haré como que no he escuchado eso. ¿Quieres echarnos un cable en el curro mañana y el lunes? Me voy con Leo unos días y la chica que había contratado no puede venir.

—Claro, qué lista —me soltó de inmediato, sin pensar.

—¿Lista por qué?

—Porque sabes que ahora no tengo nada y te piensas cachondear de mí. Si te digo que sí, te partirás de la risa y me dirás que me den. Paso.

—Tracy, yo no soy así, no haría eso.

—Y entonces, ¿por qué quieres ayudarme? Lo reconozco también, me llevé a vuestra clientela y me sentí orgullosa por ello. Tienes que odiarme. Lo entiendo.

Mientras hablaba, borraba las lágrimas de sus ojos con el dorso de su mano.

—Es que yo no sé odiar a nadie. Ni lo he hecho nunca ni quiero hacerlo, Tracy, eso sí que lo tengo claro.

—Pues no sé de qué mundo has salido tú. En el que yo conozco…

—Me da la sensación de que tú vives a la defensiva, y toda la gente no es mala. Además, que no hace falta tratar de subirse a la chepa de los demás para salirte con la tuya. ¿Quieres o no el trabajo? Solo son dos días, pero menos es nada.

—¿Y Becka qué dirá? ¿Lo sabe ella? Pondrá el grito en el cielo. Y a mí que no me ofenda, porque pierdo los estribos.

—¿Y si hacéis un "alto el fuego" mientras estoy fuera? De Becka me encargo yo, no te preocupes.

—Si tú lo dices… A mí, la verdad, el dinero me viene bien, aunque no me pagues mucho.

—Te pagaré lo que te corresponda, no voy a aprovecharme de tu situación, Tracy.

—Pues no puedo decirte que en la tuya hiciera lo mismo porque seré un poco bicho, pero mentirosa no.

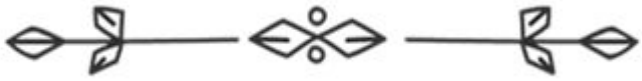
—Mejor, odio las mentiras.

Giré sobre mis talones y sonreí. ¿Y si después de tantas trifulcas como tuvimos con ella al final nos arreglábamos?

No se lo había comentado a Becka y, además, que aún no sabía si podría amoldarse a nosotras, pero en mi mente estaba ampliar el equipo en breve.

Nuestra mucha clientela así lo exigía y lo mismo Tracy hasta podía encaminarse profesionalmente con nosotros. También a Desi podría darle una oportunidad. Pasar de tres a cinco me proporcionaría la oportunidad de atender a más clientes al día y haríamos más caja aún. La pelu iba en viento en popa… Ojalá siguiera así.

Capítulo 26



Becka me hizo un traje nuevo cuando le conté lo que le había propuesto a Tracy.

—Te juro que no sé si cortarme las venas o dejármelas largas, ¿y encima planeas que igual pueda quedarse con nosotras a tu vuelta?

—Eso dependerá de si es capaz de amoldarse o no, pero ella aún no sabe nada.

—Ni lo sabrá, porque esa bruja no se amoldaría a nosotras en la vida. Me juego el cuello.

—Cosas más raras se han visto.

—Ponme algún ejemplo.

—No es cierto que me lo estés pidiendo. Lo sabes muy bien. Nuestro negocio hacía aguas hasta que Leo entró por su puerta.

—Por culpa precisamente de ella.

—Me da que Tracy no ha tenido una vida muy fácil.

—¿Por qué dices eso?

—Por un comentario que me hizo.

—Ya, y tú te compadeciste porque siempre lo has tenido todo a tu alcance.

—Menos sorna, ya está decidido.

—Ahora sí que estás actuando como una jefa, y me duele. Siempre me he enfrentado a ella, te he defendido como una leona frente a la Barbie, y así me lo pagas.

—Quizás debí consultártelo, es cierto —suspiré.

—¿Quizás?

—Ok, debí consultártelo. Solo soy la jefa en funciones. Que el negocio esté a mi nombre no quiere decir nada. Siempre he contado contigo para todo y seguiré haciéndolo.

—Sí, anda que hoy me lo has demostrado.

—Ya me he disculpado. Y ahora aprovecharemos la hora del almuerzo para ir al centro comercial otra vez, que me faltan unas cositas.

—A mí se me han quitado las ganas—refunfuñó.

—¿Y si te digo que te regalaré algún pareo también?

—Claro, y me lo pongo ahora, con el fresquito que hace todavía.

—Tú también viajarás pronto con Keanu, seguro que sí.

—No cambies de tema, es que aún no me lo puedo creer, ¿cómo voy a trabajar al lado de esa bruja sin cogerla por los pelos?

—Ay, mi niña, siempre pensando en los mismo… Cómo se nota que es peluquera.

El cabreo de Becka era impresionante a la siguiente mañana. Micky le daba la razón.

—Es que te has pasado, jefa, nos has metido al enemigo en casa.

—Pues a mí me da que este plan puede funcionar. Y calla, Micky, que ya viene por hoy.

—Sí, no sea que se ofendan sus delicados oídos. Vaya por Dios, será que no nos ha soltado esa tía barbaridades por la boca.

Tracy no venían en plan altanero, todo lo contrario. Al fin y al cabo, estaba derrotada. También se la notaba apurada, mucho. Cada vez que había entrado en contacto con nosotros fue para lanzarnos improperios. Y de pronto dependía de los tres.

—Buenos días, chicos —murmuró casi mirando al suelo.

—Será para quien los tenga.

Fulminé a Becka con la mirada, impidiendo así también que su primo se uniera a esa actitud que no ayudaría.

—¿Me decís dónde está todo antes de que entren los clientes? —sugirió ella.

—Claro que sí, te dejo con ellos, que sabrán estar a la altura. Os veo el martes.

Becka ni se despidió de mí, de la rabia que sentía. No entendía mi actitud. Ya se le pasaría. Siempre fue más obstinada que yo.

Ya tenía mi maleta preparada y Leo pasó por mí conduciendo un impresionante deportivo.

—Por favor, ¿me podría decir qué es lo más preciado de esta calle? —me preguntó enarcando una ceja cuando se paró a mi lado.

—Este cochazo, sin duda.

—Frío, frío…

—¿Frío a mi lado y con destino Hawái? Estoy segura de que no.

—Sube, preciosa, que me calientas demasiado. Como sigas así, no llegaremos al aeropuerto.

—De eso nada. Ahora que me has metido el gusanillo en el cuerpo de ver Hawái, no se te ocurra dejarme así.

—Pues fíjate que yo creía que te gustaba más que te metiese otra cosa.

—Tú también vienes calentito, se intuye.

El vuelo en primera clase fue simplemente fascinante. Y en su compañía no digamos ya. Para colmo, íbamos prácticamente solos, por lo que la privacidad era total.

Me lo había currado para dejarlo todo listo antes de marcharme, por lo que me sentía cansada. El vuelo me pareció de lo más relajante y si a él unimos el masaje en el cuero cabelludo que me dio Leo, no digamos ya nada. Si hasta podría hacerle la competencia al propio Micky…

—Así que Hawái, no es la primera vez que ruedas algo allí, ¿no es cierto? —le pregunté un buen número de horas después, cuando estábamos a punto de aterrizar.

—No, ¿te sabes toda mi biografía?

—De carrerilla, ¿quieres que te la recite con esta boquita que tengo?

—No, se me ocurren otros usos mejores que darle a esa boquita.

Desde que nos habíamos estrenado en el sexo, no pensábamos en otra cosa.

No di crédito cuando me sugirió que entrase en el pequeño baño para hacerlo él a continuación, asegurándose de que el personal de vuelo no se había percatado de la maniobra.

—Estás muy loco, Leo Devlin.

—Es que no sé vivir de otra manera. Y aspiro a contagiarte mi locura.

—No lo dudes. Alucino de estar aquí, la verdad. Mírame.

—No hace falta que me lo pidas. No puedo hacer otra cosa desde que te conozco, Alyn. Me has cambiado, algo dentro de mí ha cambiado. Me estás dando mucho.

—Mucho es lo que pretendes darme tú aquí. Y si vas a hacerlo, que sea rapidito, antes de que nos convirtamos en la comidilla del personal de vuelo.

No se lo pensó dos veces. Y me resultó excitante al máximo verme reflejada en el espejo mientras él me tomaba por las caderas, subiéndome el vestido y bajándome el tanga. Ni siquiera se desnudó, tan solo se abrió la cremallera de sus pantalones y echó mano de esa virilidad palpitante que me hacía sudar tan solo de pensar en ella.

Leo me penetró de una sola estocada mientras yo me mordía la lengua para que de mi boca no se escapasen los gritos que estaba a punto de dar.

Hacerlo en el aire, con él asido a mí, penetrándome con fuerza mientras me besaba en el cuello constituyó, una de las primeras de las muchas experiencias imborrables que me traería de aquel improvisado viaje que tantísima ilusión me hacía.

Nuestro destino era Honolulu. En todo momento imaginé que, dada la dimensión internacional de su figura como actor, no nos alojaríamos en una chabola, pero cuando los de la productora le indicaron cuál de aquellas mansiones de lujo estaba destinada para nosotros, la mandíbula se me descolgó por completo.

—Esto es el mismo paraíso, Leo. Te prometo que nunca había visto nada así de bonito.

—¿No? Pues yo sí. De hecho, lo estoy viendo ahora mismo.

Marilyn, que había volado un par de días antes junto con otros miembros del equipo, me guiñó el ojo.

—No es por nada, pero más de una te querrá despelucar —me decía un poco después, cuando me ayudó a instalarme.

—Es que te juro que estoy viviendo un sueño a su lado. Dime que no tendrá créditos finales, por favor.

—De momento, puedo decirte que a Leo nunca le he visto así con ninguna chica, te lo aseguro.

—¿Sí? Le habrás visto con muchas, claro.

—Eso también te lo aseguro. Y ahora me voy a buscarlo, que tiene que rodar una primera escena y el director está que trina.

—¿Y eso por qué?

—Chica, para mí que ese hombre está mal follado. Y ya sabes lo que pasa…

—Sí, sí.

—Seguro que tú no puedes decir lo mismo. Tengo entendido que Leo es una fiera en la cama.

—¿De verdad nunca has estado con él?

—Claro que no. Tampoco es que Leo se tire a todo lo que se menea.

—Pero tú eres monísima y…

—Leo ha sabido poner reglas. No ha solido liarse con gente del trabajo. Por eso me sorprendió cuando le vi con aquella estúpida.

—Con Gabriela, ya —suspiré.

—Pero a mí no me quedó claro lo que pasó entre vosotros por aquel entonces. ¿Estaba ya contigo cuando le pillaron con ella? Porque Leo no es de los que se inventan historias personales para adquirir más fama. Te imaginarás que no le hace falta.

—Ya, ya, pues mira, en respuesta a tu pregunta, te diré que no puedes imaginarte lo que sucedía entre nosotros por aquel entonces.

—Muy cierto. Prefiero que me lo cuentes…

—Lo siento, es algo muy personal. Tan personal como increíble —sentencié.

También sería increíble nuestra estancia en aquella idílica isla. Hay escenarios cuya sobrecogedora belleza natural te puedes imaginar, pero es

necesario que pongas los pies en ella para apreciarla en toda su magnitud.

La cultura del *"aloha",* sus imperdibles playas, la hermosura de sus entornos, la hospitalidad de sus gentes… Todo me enamoró de un destino que visitar junto a él.

Ya llevábamos un día allí. Era consciente de que Leo se separaba de mí lo justo y necesario para rodar sus escenas, volviendo a mi lado lo antes posible.

Cualquier momento era bueno para disfrutar de los refrescantes chapuzones en el mar, de las cálidas y doradas arenas de sus playas, de los instantes incomparables de complicidad en los que de una pequeña risa se hacía una fiesta… Así podría haber definido nuestra estancia allí, como una fiesta constante. Pero para fiesta, aquella a la que acudimos en nuestra segunda noche.

Sonaba "You sang to me" de Mark Anthony cuando ambos comenzamos a bailar. Hacerlo con él me resultaba como hacer el amor, solo que con música y en vertical.

No exagero, nunca había visto a un hombre derrochar tanta sensualidad mientras bailaba. Sus caderas me atraían de una forma irrefrenable. El equipo al completo era consciente de que lo que estaba surgiendo entre nosotros era magia.

Cuando terminamos de bailar, Leo quiso invitar a todos a un brindis.

—Por estos días fantásticos que estamos compartiendo en un lugar así de espectacular. Y en mi caso, en la mejor compañía. Estoy feliz, amigos…

Hasta el director, que ciertamente había estado de mal humor porque le surgieron ciertos contratiempos, alzó su copa y brindó por nosotros.

En cuanto nos tomamos esa primera copa, comenzamos a bailar de nuevo. No había pieza que se nos resistiera. Bailar con él era algo a lo que no podía renunciar. Y cuando sus caderas y las mías se acercaban tanto que parecía que iban a fusionarse, quienes llegaban a hacerlo eran sus gruesos labios con mi boca.

Me encantaba de Leo que no solo no trataba de esconderme, sino que me presumía allá por donde iba. Y eso en una estrella del cine como él podía no ser la mejor estrategia de cara a sus fans. No le importaba, si algo me quedaba clarísimo era que se sentía orgulloso de lo que estábamos creando y que era feliz exhibiéndolo delante del mundo.

Ya no estaba a un paso de amarle, ya le estaba amando con todo mi corazón.

Cuando unas horas después llegamos a esa lujosísima mansión, con unas cuantas copas de alcohol corriendo por nuestras ardientes venas, terminamos desnudos dentro de la piscina. En ese medio acuático, relajados, medio borrachos y felices, hicimos lo que mejor se nos daba; el amor.

El lunes tocaba volver a casa y, aunque los planes seguirían siendo los mejores entre nosotros, sentía despedirme de aquel lugar en el que habíamos vivido momentos memorables entre risas, en el mejor de los ambientes.

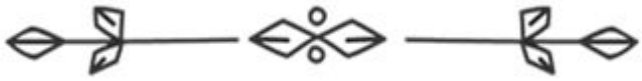
Pudimos hacernos un poco los remolones en la cama antes de emprender el vuelo de vuelta. La noche anterior, como todas, habíamos aprovechado al máximo para encontrar la cercanía de nuestros cuerpos, amándonos hasta altas horas de la madrugada.

Cuando me reencontrase con los chicos, no podría contarles más que vivencias únicas de aquel viaje. Por cierto, que por lo poco que sabía de la peluquería, pues hice por desconectar, la sangre no había llegado al río con Tracy.

Igual no había sido tan mala elección la mía. Lo que no se le podía negar a esa chica era habilidad como peluquera y hasta puede que se convirtiese en un buen fichaje.

Todo podía ocurrir en un mundo en el que yo estaba comenzando a disfrutar, y mucho, de todo lo bueno que parecía caerme del cielo. Se trataba de la primera vez en la vida en la que la suerte me sonreía. Salir adelante me había costado bastante, nada me salió gratis. Y encontrarme de pronto con esas posibilidades que jamás habría osado ni soñar… cómo lo disfrutaba. Que conste que lo mejor no era el lujo ni los viajes, lo mejor era tener a Leo en mi vida y notar cómo iba haciéndole un lugar en su día a día a nuestra relación.

Capítulo 27



Me reencontré en casa con Becka. Me echó una mirada de reojo y, finalmente, vino a abrazarme.

—Dime que te lo has pasado sensacional por lo menos, ya que me hiciste la jugada que me hiciste antes de marcharte.

—Y reconoce tú, ahora que ya ha pasado, que no ha sido para tanto.

—Trabaja bien, sí—carraspeó.

—¿Y te ha ocasionado algún problema?

—No, mentiría si digo eso, y yo mentirosa no soy.

—Eso dice ella de sí misma.

—Pero a calumniadora y a bronquista no hay quien la gane, reconócelo tú.

—Eso forma parte del pasado. No me digas que no estaría bien contar con su ayuda todos los días.

—Es rápida y hábil, eso desde luego. Pero Desi también es buena con las tijeras, tú misma lo decías en la academia.

—Podemos contratar a las dos, ¿estás de acuerdo con la decisión?

—¿Ahora te importa mi decisión? Ojo, que me sigues teniendo cabreada.

Era muy buena. Becka lo era, por eso ocupaba un lugar primordial en mi vida. Y al final dio su brazo a torcer.

Cuando al día siguiente me encontré con Tracy, ella solo esperaba que le pagase.

—He tratado de no liarla —murmuró por lo bajini.

—Creo que lo has hecho muy bien. Ponte el uniforme, ¿quieres? —le sugerí.

—¿Me quedo hoy también? Eso no me lo habías comentado.

—¿Tienes algún problema por eso?

—No, en absoluto. La pasta de un día más me viene genial.

—¿Y si pactamos un sueldo mensual? —le pregunté entonces.

Tracy no daba crédito, aunque no era la primera vez que mi actitud la sorprendía.

—¿Me lo estás proponiendo en serio, Alyn? Para mí es una oportunidad estupenda. Y que no esperaba—confesó mientras suspiraba.

—También se incorporará otra chica con nosotras, Desi.

—¿Y vamos a caber aquí todos? No es por criticar, que solo faltaba, pero no veo que haya tanto espacio.

—En eso tiene razón—añadió Micky.

—Nos las apañaremos, no hay problema—opinó Becka.

Apenas unos días después me llevé una maravillosa sorpresa. Era domingo y Leo pasó a por mí.

—¿Se puede saber adónde vamos? Creí que estabas rodando.

—Digamos que te solté una mentirijilla piadosa para que no me sorprendieras de antemano. Estaba haciendo unas gestiones. Sube al coche, porfi.

No me lo esperaba. Me llevó hacia la pelu, aunque no era allí donde quería enseñarme nada, sino en la acera de enfrente.

—¿De qué va esto? —le pregunté.

—Va de que me parece muy bien que quieras seguir trabajando en tu barrio, pero en ese local tan pequeño y que encima pertenece a ese tipejo, no. Aquí tienes las llaves…

—Las llaves, ¿de qué?

—Del local de enfrente.

—¿Del centro de belleza de Tracy?

—Eso querría ella, que fuese suyo aún.

—Ya me entiendes. ¿Y esto a quién se le ha ocurrido?

—Llevaba un tiempo madurando posibilidades y lo consulté con Becka.

—Si no me ha dicho nada.

—No podría sorprenderte si ella te hubiese hablado. Por lo visto, lo comentó con Tracy y estuvieron de acuerdo en que sería la mejor de las ideas. Solo tienes que cambiar lo que quieras, pues está muy bien montado, y ponerle tu logo y demás.

—Ay, por favor, pero si su local era impresionante.

—Tu local. Y en tu caso, te pertenece, es de tu propiedad. Aquí tienes las escrituras.

—¿Lo has comprado?

—¿Tú qué crees? ¿Qué sentido tiene pagar alquiler cuando puedes ser propietaria?

—Pues tendré que mirar la manera de poder pagártelo, ¿lo has comprado a buen precio?

—Alyn, te voy a pedir un favor: echa el freno. Llevas toda la vida luchando contra viento y marea por mantenerte. Para mí esta compra no supone ningún esfuerzo, es lo menos que puedo hacer por la mujer a la que amo. Considéralo un regalo de tu pareja.

—Leo yo… Yo estoy abrumada. Fíjate que el local no lo conozco bien por dentro porque nunca pasé a verlo debido a nuestra enemistad, pero por lo que se veía desde fuera estaba perfecto.

—Está perfecto, así es. Pero cualquier cambio que quieras hacerle, no tienes más que decírmelo. Quiero que quede completamente a tu gusto.

Si algo no se le podía negar a Tracy era que tenía buen gusto. El local estaba decorado con uno exquisito, combinando unos tonos negros y plateados de lo más elegantes.

Me volví de golpe y me abracé a él.

—Es el sueño de mi vida, contar con un lugar así lo es. Y de repente se me cumple.

—No llores, cariño. Espero poder cumplir muchos más sueños tuyos. Todos aquellos que lleguen a mis oídos.

—Mucho chivato creo que hay suelto por ahí. No, por ahí no, por aquí, que veo que los has citado.

Becka, Micky y Tracy entraban en ese momento. Para mi antigua enemiga no debía ser un momento fácil, por lo que fui hacia ella.

—Mira, al final vas a trabajar en el mismo sitio. Lo tienes muy cuqui, mucho.

—Lo tenía, gracias. Me agrada pensar que volveré a trabajar en mi centro. Digo en el tuyo. Ay, es que todo está siendo un poco extraño, perdona. No podía esperarme que, quien menos me debía echar una mano, lo haga.

—Es que Alyn es así, espero que no lo olvides nunca—le pidió Becka.

Para el carácter de mi amiga, era lo más suave que podía decirle. Estaba haciendo un gran esfuerzo para que en el equipo nos llevásemos bien.

También Desi llegó en ese momento. La habían citado igualmente.

—Chicos, cinco, somos cinco. Y entre nuestra mucha clientela y este centro de belleza…

—Vamos a sacar trabajo a punta de pala, jefa.

—Eso es, Micky. Y una cosa os digo a todos: me siento muy orgullosa de teneros a mi lado y de poder trabajar cada día con vosotros. Para mí es un motivo de alegría.

—Y no te olvides de, ya sabes… —carraspeó Becka.

—¿Del hombre que ha hecho todo esto posible? ¿Cómo se llamaba?

—Empotrador, creo que se llamaba empotrador.

—Mira que eres animal, primo.

—Si tú siempre le has llamado así, Becka, ahora no te hagas la finolis…

Ya empezaban. Hasta Tracy se reía con sus bromas. Su actitud reservada de los primeros días iba cediendo también. Ella nunca se hubiese imaginado

trabajando con nosotros y no debía resultarle demasiado sencillo, pero se estaba adaptando a la situación con su mejor voluntad.

Miraba a mi alrededor y me sentía feliz. En ciertos momentos, la vida puede parecernos un rompecabezas difícil de resolver, mientras que en otros te encuentras con la increíble posibilidad de que todo va solo a su sitio y las alegrías te asaltan una detrás de otra.

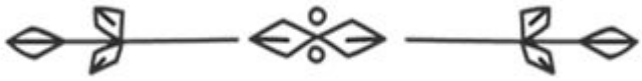
Desde ese punto de vista, podía considerarse que Leo era como mi amuleto de la suerte. Y no un amuleto de esos que te cuelgas del cuello y nada más, sino uno de carne y hueso, atractivo hasta la saciedad, que se había convertido en mi mejor compañero de vida. Si lo digo, no es por casualidad. Cuando alguien te demuestra que se alegra más de tus logros que tú misma, ahí es. Eso dicen los psicólogos y eso dice el corazón.

En el caso de Leo no se ceñía la cuestión simplemente a que se alegrase de mis logros, sino a que no perdía la oportunidad de hacer realidad cualquiera de mis sueños.

Tuve que impedir que las lágrimas siguieran empañando mis ojos, pues quería quedarme con cada de las imágenes felices que me estaba proporcionando ese momento; otro momento imborrable vivido a su lado, al lado del hombre que había llegado a mi vida para darle más sentido, para complementarla y hacerme sentir plena y dichosa.

Cada uno de los besos que me daba me sabía más dulce que el anterior: estaba amando con locura a quien tanto sentía que me amaba.

Capítulo 28



Aquella noche de sábado estaba muy ilusionada. En realidad, siempre lo estaba cuando pasaba tiempo con Leo. Y cuando no, también, porque me enviaba mensajes recordándome que siempre me tenía en su pensamiento.

El caso es que Leo me había invitado a cenar y yo iba a estrenar un vestido negro precioso, largo y de punto, en negro. Muy sexi y con abertura lateral que dejaba una de mis piernas al aire, veía que me sentaba de lujo.

Me recogí el pelo en una coleta alta que rodeé con mi propio cabello y me peiné hacia ambos lados ese flequillo que le pedí a Becka que me sacase el día anterior.

Me sentía pletórica, en el mejor momento de mi vida. La ilusión era máxima para mí, no podía imaginar cómo se podría mejorar un momento así. Y lo curioso era que, siempre que pensaba de ese modo, llegaba él y lo hacía. Le consideraba un verdadero ilusionista, un mago de los sentimientos, capaz de hacer que cualquier instante se convirtiese en uno de esos que, sí o sí, quieres atesorar en lo más hondo de tu memoria; en ese rincón donde guardas solo para ti los que consideras verdaderas joyas.

Mi vestido dejaba también parte de mi espalda al aire. Siempre me gustó mi espalda. A leo también le ocurría, si bien para él no había parte de mi cuerpo que no fuera digna de elogio, según me hacía ver siempre que se terciaba.

En fin, que estaba frente a un tocador que había hecho colocar para mí en un dormitorio contiguo al suyo, el cual despejó para dejarme como vestidor, igualmente.

Iba dando pasos, y no lo hacía con lentitud precisamente. No vivíamos juntos, pero me invitaba a pasar todo mi tiempo libre con él y buena parte de este lo disfrutábamos en su casa, tan espaciosa, luminosa y magnífica como era. Por tal razón, desde el primer momento hizo cuanto estuvo en su mano para que me sintiera cómoda allí.

Tal cual me había sentado para maquillarme, vi una rosa roja. Lo hacía a menudo. Como símbolo de la destellante pasión que nos unía, las iba dejando por toda la casa para que me las fuese encontrando.

A través del espejo, le contemplé mirándome. Me observaba en silencio. Hubiera jurado que disfrutaba con solo hacerlo. A los pocos segundos ya estaba en condiciones de jurarlo.

Suerte que apenas había comenzado a maquillarme, porque no estaba en sus planes que lo hiciera en ese momento. Lo supe en cuanto detecté en él esa mirada excitada que hacía que mi corazón echase horas extra, latiendo a toda velocidad y con fuerza inusitada.

Leo acababa de salir de la ducha. Tan solo con una toalla enroscada en su cintura, era la viva imagen de la sensualidad hecha hombre.

Me giré ligeramente para observarle mejor y entonces fue avanzando hacia mí. Diría que sus andares eran felinos. Igual me veía como una presa, porque no tardó en asaltarme como si realmente lo fuese.

A su vez, eché mano a esa toalla y la tiré al suelo. Ya estaba desnudo. Me aferré a su perfecto trasero, no podía serlo más. Le amaba con total locura, la misma que me llevaba una y otra vez a querer hacerle disfrutar tanto como él a mí.

Sus inmensos y preciosos ojos azules previeron lo que estaba a punto de pasar. Su atractiva sonrisa de medio lado, apareció para agradecérmelo.

Tomé su miembro vibrante y mientras él acariciaba mi espalda, le acerqué más y más a mí. Mi boca se abrió a tope para darle la bienvenida. Quería envolver ese miembro erecto con ella. Notaba cómo se me elevaba la temperatura y temí que, tras aquello, tuviéramos que pasar de nuevo la ducha. En resumen, que igual no llegábamos a cenar, aunque no era algo que nos quitase el sueño a ninguno de los dos, más cuando el plan podría ser sustituido por ese otro que tanto nos fascinaba; ser el objeto de deseo de nuestra pareja.

Así me consideraba ya porque desde el primer momento en que me confesó sus sentimientos por mí, Leo me lo hizo sentir. Y nada me daba más

seguridad que la tranquilidad de que fuese un hombre decidido y valiente que no tuviese miedo al compromiso.

En mi boca, su miembro se volvió más grueso aún y revoltoso… Muy revoltoso.

Leo se tuvo que morder el labio inferior mientras tiraba de mi coleta. Al hacerlo así, sus ojos se posaban en los míos y no se perdía ni un solo detalle de eso que tanto y tanto le fascinaba: mirarme mientras practicábamos sexo, controlando cada una de mis reacciones.

En esa línea, también le encantaba pasar sus dedos por mis brazos para comprobar cómo se me ponía la piel de gallina. Y es que tenerle para mí sola, desnudo y con tantas ganas de mí, me producía una sensación tan excitante que apenas podía controlarla.

Su pene en mi boca y yo notando sus palpitaciones… Su mirada era cada vez más profunda, lo mismo que mi garganta, la cual se iba ensanchando para que el pene de Leo se asomase a su entrada. En momentos así, más se notaba esas reacciones en mi piel, las que tanto le gustaban.

Cuando quise darme cuenta, estaba a punto de pasarle. Ya le había pillado el truco y sabía cómo hacerle llegar al clímax con facilidad. No era lo que tenía planeado para esa ocasión, así que salió de mi boca y me aupó. Mis sandalias de alto tacón le daban glamur a esa piernas, las mías, que se cogieron a su cintura.

Me pellizcó el trasero camino de la cama.

—Sabes que igual hoy no cenas—murmuró en mi oído mientras seguía pellizcando.

—Si crees que eso es un castigo, vas listo.

—No, ese no es un castigo, aunque se me ocurre otro que igual…

Me despojó del vestido de un par de zarpazos prácticamente. A él, que conmigo era un hombre tierno y detallista, en la cama le salía a menudo una bestia que me llevaba al límite.

Me colocó a cuatro patas y entonces me palmeó el trasero con fuerza. Con tanta, que casi se me va el cuerpo hacia delante, lo cual provocó mi risa.

—¿Te hace gracia? ¿Es que quieres más? —me preguntó con la más varonil de las voces.

—Yo siempre quiero más, ¿tienes algún problema con eso? —le pregunté mientras giraba el rostro.

Me tomó por la mandíbula y depositó un beso intenso en mis labios. Después, su lengua y la mía jugaron a entrelazarse, rivalizando por enroscar la del otro, deseosos de excitarlo más aún de lo que ya ambos estábamos.

Me di la vuelta y me coloqué sobre él. Hasta entonces no tiró de mi vestido, el cual acabó por los aires.

El tanga que estaba estrenando para la ocasión, de lo más seductor y en negro, le llevó a enloquecer aún más. Soy apasionada de la ropa interior, desde siempre, y me encontré con la suerte de que Leo era fetichista.

No voy a decir que ninguna de las prendas que lucía para él aguantase demasiado sobre mi cuerpo, pero sí que, mientras permanecía allí, las miradas que Leo me dedicaba me hacían arder.

El tanga me lo arrancó de un bocado. Así como suena. Por fortuna, tenía muchos más porque me había comprado una montaña de ellos, la cual encargó a la tienda de lencería más lujosa de Nueva York. El precio de cada una de esas minúsculas prendas no era proporcional a la poca tela que se necesitaba para su confección. Le era lo mismo, por supuesto, Leo solo quería lo mejor para mí. Y lo mejor incluía todo aquello que nos hiciese sentirnos que éramos el uno del otro.

Me volví y entonces fui yo quien mordió ese labio inferior suyo que constituía una verdadera tentación para mí, aunque la tentación hecha hombre, en su totalidad, llevaba el nombre de Leo Devlin.

Me senté sobre él poco a poco. Lo hice mientras me penetraba. Su pene estaba tan rígido como grueso y caliente. Apuntando al techo de la habitación, me fui deslizando sobre él a la par que mis ojos se iban clavando en los suyos.

En cuanto a sus manos, ya se habían adueñado de mis generosos senos, los cuales se habían convertido igualmente en objeto de la devoción de Leo.

Como era de esperar, aquella nueva sesión sexual se prolongó durante el suficiente tiempo como para que el restaurante cerrase sin que lo hubiésemos pisado. No fue hasta horas después cuando notamos hambre. Leo se levantó y preparó una bandeja en la que depositó exquisitos bocados aunque, según sus palabras, ninguno de ellos le resultaba tan apetitoso como yo.

—Quiero que te vengas a vivir conmigo —me pidió alto y claro, mientras degustábamos un dulce postre con el que complementó aquel picoteo improvisado.

—¿Cómo? —le pregunté con el pelo alborotado, pero con el alma más todavía.

—Estoy seguro de que me has escuchado y deseoso de que tengas tantas ganas de compartir tu vida a tiempo completo conmigo como yo las tengo contigo. No le veo ya el sentido a esta casa sin ti.

Me faltaba el aliento. Eran pasos importantes dados en un espacio de tiempo muy corto. No voy a decir que me diese miedo, sino todo lo contrario; me generaba expectación.

Soy una mujer de ideas claras y fijas. No me gustan los rodeos y menos en el ámbito de las relaciones. En Leo, en ese sentido, había encontrado a la horma de mi zapato. Mi pareja no se conformaba con lo que ya estábamos compartiendo, sino que quiso ir un paso adelante. Un paso de gigante, por cierto.

—Sí, sí, y sí, ¡claro que quiero vivir contigo! —exclamé contundente.

—¿Sí? Joder, qué suerte tengo.

—¿Y tú me lo dices? ¿Sabes cuántas chicas quisieran estar en mi lugar, Leo Devlin?

—¿Y tú sabes cuántos hombres te desean, Alyn?

No consentía quedar por encima de mí. Su fama no era algo a lo que le diese la más mínima importancia y ensalzaba mucho más a mi persona que a la suya. Hay mucho actor petulante, es por todos conocido. No era el caso de Leo, ni mucho menos lo era.

—Y hay algo más, preciosa—me indicó.

—¿Algo más? Espera que beba un poco de agua, por favor.

—¿Agua? ¿Quién quiere agua pudiendo brindar con champán?

—Pues también es verdad. La ocasión lo merece.

Se levantó y descorchó una botella cuyo contenido vertió en un par de finísimas copas de cristal. Con los brazos entrelazados, bebimos sin perder detalle de los ojos del otro.

—¿Y por qué más brindamos? Has dicho que hay algo más.

—Sí, lo he dicho porque quiero que conozcas a mis padres, Alyn. Ha llegado el momento.

—Claro, sí… Dios, no sé ni qué decir.

—Di que estás encantada, hazme feliz.

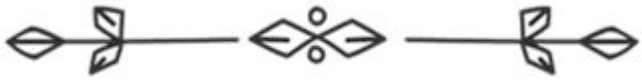
—Lo estoy, Leo, mucho. Solo dime una cosa que ahora me interesa más que nunca.

—Ya sé por dónde vas, mucho has tardado en preguntarlo.

—Si todavía no te lo he preguntado.

—Pues te lo leo en los ojos. Y la respuesta es no; no me parezco en eso a mi padre, Alyn. Nunca podría fijarme en otra que no fueras tú.

Capítulo 29



—Tengo algo que contarte—le comenté a Becka en cuanto entré en casa el domingo por la noche.

—Vaya, pues yo también—me respondió algo apurada.

—Sí, pues venga, tú primero.

—No tú.

—Vaya dos, venga, dale.

Fui soltando poco a poco el aire de mis pulmones antes de que la noticia saliese de mis labios. Becka había sido mi compañera de piso durante años y se me hacía cuesta arriba anunciarle que me marchaba.

—Es que, verás, resulta que Leo me ha pedido que me vaya a vivir con él. No me juzgues, sé que es pronto y que igual sientes que esta vez tampoco estoy contado contigo. No es lo que pretendo, te lo prometo, solo es que…

—Tranquila, boba, si no sabes el alivio que acabo de experimentar.

—¿Sí?

—Sí, como cuando tienes gases y…

—No hace falta que seas tan explícita, cariño. ¿Y a qué viene ese alivio ahora que lo pienso?

—A que Keanu también me ha pedido que nos vayamos a vivir juntos y estoy que doy saltos de alegría.

—¿Nuestros chicos se han puesto de acuerdo?

—Pues eso parece. O uno lo propuso y el otro ya se picó, qué se yo, lo importante es que lo han hecho y yo estoy que no cago de alegría.

—Becka, qué bruta eres…

—Y qué, vale. Lo diré de otra manera; “estoy que no quepo en mí de gozo”, ¿crees que me pega decirlo así?

—Para nada —le contesté riendo y, cómplices, nos dimos un abrazo.

—Pues eso, que estoy que no cago—me repitió.

—Oye, pero que sepas que esto no es el final de nada, solo el principio de una nueva etapa.

—Ya te digo, aún no me lo creo. Keanu es genial conmigo, me ha enamorado, Becka.

—Y sin ser mulato. Más puntos para él…

—Qué guasa tenéis. De todos modos, le diré de no viajar demasiado a destinos donde haya muchos, que siempre han sido mi debilidad—bromeó.

—Yo pienso que ahora tu debilidad es otra, pero bueno…

La mudanza la haríamos el fin de semana siguiente. De lunes a viernes, trabajamos a destajo. Nuestros nuevos fichajes eran estupendos a la hora de sacar trabajo y también busqué a un par de esteticistas que se dedicaron a potenciar el gabinete de estética que en su día puso en marcha Tracy.

El recelo inicial con el que la miraron mis compis fue cediendo con el tiempo, hasta el punto de que Tracy parecía querer integrarse como la que más. Y aunque Becka seguía teniendo sus muchas dudas, estas se esfumaron la tarde del viernes, en la que sufrimos un tremendo susto.

Micky parecía estar en trance lavando cabezas mientras que nosotras cuatro cortábamos pelo, teñíamos, poníamos mechas… Ensimismadas con tanto trabajo, apenas levanté la cabeza cuando la puerta se abrió.

—Lo siento, pero estamos completos ya. No podemos coger a ningún cliente más esta tarde. Si quieres, puedo mirar de apuntarte para el lunes.

—¿De apuntarme? Qué ironía—dijo aquel chico corpulento que, justamente, me apuntaba con un arma.

Las rodillas se me hicieron gelatina. Becka, que no parecía temerle a nada, no dudó en ponerse entre aquel tipejo y yo, en un acto de valentía total que me hizo perder por su vida.

De verdad que no sé cómo se le ocurrió. Fue Tracy quien estaba más cerca de él y, en un momento dado, le hizo un gesto a Micky para que estuviera pendiente. Entonces, se le ocurrió enfocarle con un secador de mano en la cara, cuya temperatura seleccionó al máximo. No es que fuese a causarle quemaduras, pero sí el suficiente calor para que, de manera instintiva, aquel ladrón que pretendía llevarse el contenido de la caja, cerrara los ojos y Micky, desde atrás, le golpease en una brazo, cayéndosele la pistola.

Se trató de un trabajo en equipo, porque Desi saltó a por ella y yo… Yo no hice nada, no voy a atribuirme méritos que no son míos, porque todo lo hicieron ellos. ¡Y qué bien lo hicieron!

—¿Ahora qué? —le preguntó Becka quitándole a Desi la pistola y apuntándole con ella—. La madre que te parió, si es de juguete, vaya impresentable.

Mientras, el tipo maldecía y salió corriendo. No volvimos a verle el pelo y todo quedó en una anécdota, aunque lo importante fue que, cuando consideró que estábamos en peligro, Tracy no dudó en intervenir para salvarnos.

Actos así no se ven todos los días y fue el detonante de que Becka se acercase a ella.

—Mira, Tracy, te voy a decir una cosa. Yo antes no te podía ver, niña. Te hubiese desmoñado, esa es la realidad. Que sí, que una peluquera más bien tiene que hacer moños, pero yo a ti te tenía una hincha increíble.

—Tranquila, Becka, si es normal. Me lo gané, os jodía día sí y día también. Demasiado bien he escapado.

—Sí, sí, si te llego a atrincar en su día no estaríamos hablando como lo estamos haciendo, eso es verdad. Pero finalmente, oye, aquí estamos. Y hoy nos has demostrado que, más que en una compañera, te estás convirtiendo en una amiga. Y cuidadito con pensar que estoy llorando, es que me ha entrado alago en los ojos—se excusó.

Becka tenía un corazón tan grande como dura era su cabeza. Y por muy obcecada que estuviese con algo, cuando tocaba dar un paso atrás, lo daba. Acababa de hacerlo con Tracy, a quien también abracé.

Nuestros clientes se quedaron estupefactos. Una señora pidió que alguno de nosotros fuera a un bar cercano para traerle una infusión tranquilizante.

—Yo voy y traigo algo para todos—se ofreció Becka.

—Te echo una manita—le dijo Tracy.

—Venga, vente.

Al poco ambas entraban y, en contra de lo que esperábamos, lo que traían era una botella de espumoso champán, con el cual brindamos.

—Por muchos años más trabajando juntos—entonó Becka.

—Lo veo—le contestó Tracy.

—Suerte que tienes, porque yo he pasado tanto miedo que creo que me he quedado bizca—sentenció Desi.

—Y yo… Yo creo que me convertido en un héroe, en vuestro héroe, chicas.

—Primo, no te pongas más medallas que aquí la idea ha sido de Tracy.

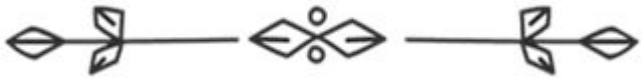
—¡Así se habla! —le contestó ella.

—Quién me iba a decir que un día estaríamos así.

Negué con la cabeza. La tarde nos había deparado un importante susto, uno que no olvidaríamos, pero que no pasó a mayores gracias al

compañerismo que demostramos. Estaba encantada con mi equipo, uno que no paraba de crecer. A la celebración se unieron nuestras esteticistas, que se enteraron a destiempo, puesto que su gabinete estaba separado del resto del local por una mampara y no oyeran nada.

Capítulo 30



Cuando alguien te quiere, se refleja en cada uno de los detalles. Y yo me sentía muy querida por Leo.

Cuando esa noche pasó a recogerme y le conté, el semblante se le cambió por completo. La rabia le asaltó. No podía imaginarse hasta esa hora que hubiese estado en peligro.

—¿Y por qué no me llamaste en cuanto sucedió? —me preguntó todavía aturdido por la noticia.

—Porque no quería preocuparte. Tú estabas grabando y debías estar concentrado.

—Quiero que entiendas una cosa… Lo más importante eres tú, Alyn. Si te hablo con el corazón en la mano, y te prometo que siempre lo hago, he de decirte que te estás convirtiendo en lo más importante de mi vida. El resto es secundario y puede esperar. Más si estás en peligro. Es que, solo de pensarlo, se me ponen todos los vellos de punta.

—No te pongas melodramático que no ha sucedido nada.

—Es que solo de pensar en que te podría haber sucedido, me pongo enfermo. Maldito ladrón de mierda.

—Era un chapucero. Fíjate, la pistola no era de verdad.

—Pero el susto en el cuerpo no habrá quien te lo quite.

—Tranquilo, que no soy tan miedosa.

—Eres genial, eso eres tú. Pero no quiero que te suceda nada malo, no podría soportarlo.

—Y no me sucederá, te lo prometo —afirmé con total contundencia porque contaba con esa seguridad; con la de que a su lado solo me sucederían cosas buenas.

Ese fue el fin de semana de la mudanza; un fin de semana muy simpático. Ya he comentado en más de una ocasión que Leo, pese a su deslumbrante fama, era un hombre sencillo que se empeñó en ayudarme con ella personalmente. Verle cargando cajas y cajas me enamoró más de él, y eso que ya lo estaba bastante.

También recogía Becka. Lo hacíamos a la par y eso nos llevaba a sentirnos muy dichosas. Que la vida me hubiese cambiado para bien en tan

poco tiempo suponía para mí todo un regalo, pero que a la vez también lo hubiese hecho para Becka suponía otro todavía mayor.

Cuando por fin ambas salimos del piso, echamos la vista atrás. Nuestros chicos nos dejaron a solas.

—Has sido la mejor compañera de piso que jamás hubiese soñado, mi niña.

—Ay, calla, que esto parece una despedida y no lo es para nada. Si vamos a seguir currando juntas todos los días. Ni en muchas vidas podrías librarte de mí, cariño.

—Es que jamás podría librarme de ti. No concibo la vida sin mi tormento favorito de amiga.

—Como logres sacarme una sola lágrima me vas a escuchar, que sabes de sobra que no soy de esas tonterías.

—Quítate la coraza porque te veo una lagrimilla y culpa mía no es.

—Lárgate ya, nos vemos el lunes. Disfruta de tu fin de semana, boba.

—Y tú del tuyo.

Lo hice. Lo hice porque Leo lo había dispuesto de un modo tan fácil, dejándome todo el espacio, que en unas horas ya estaba perfectamente

instalada, por lo que nos quedó el resto del día para nosotros solos. Y la noche, la noche al completo, la cual disfrutamos de principio a fin, primero con una romántica cenita casera y luego con una velada en la cama que se prolongó hasta altas horas de la madrugada.

El domingo al mediodía, apenas me había dado tiempo a bajar de la nubecita cuando recibimos la visita de sus padres, quienes vinieron a casa a almorzar con nosotros. Así fue como Leo quiso que me refiriese a ese lugar desde mi llegada, como nuestra casa, y el gesto de presentarme a sus padres era otro de esos que apuntaban a lo muy en serio que iba conmigo.

Enseguida pude notar su sensibilidad y la buena relación que tenía con sus padres, pero también que adoraba y que desarrollaba una empatía mayor con su madre, con esa mujer a la que le había tocado sufrir durante su vida más de la cuenta debido a los devaneos amorosos de su marido. Sin embargo, nunca le había dejado porque le amaba. Hay diversos tipos de amor y, aunque yo ese no podía entenderlo, debía respetarlo.

Por la tarde, se marcharon.

—A mis padres les has caído sensacional, te lo confirmo antes de que me preguntes porque sé que es algo que te preocupa. Pero también quiero que sepas que, de no haber sido así, me habría dado lo mismo. Para mí, lo único importante, es que te amo y que te seguiré amando con todas mis fuerzas. Alyn, lo que siento por ti no lo había sentido nunca.

—Esas palabras no formarán parte de un guion, ¿no?

—Contigo no podría interpretar. Jamás lo haría.

—Más te vale, chaval.

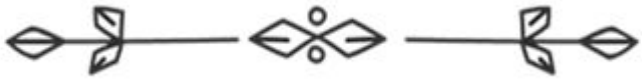
—En serio, estoy muy enamorado de ti y también muy feliz por el hecho de que hayas aceptado vivir conmigo.

—Sí, sí, en esta casucha tan fea y sin ningún tipo de comodidades. Para mí ha supuesto todo un esfuerzo.

—Si hiciera más calor, irías al fondo de la piscina… Pero como no lo hace, ¡irás al fondo de la otra!

Se refería a la interior, climatizada. Como digo, en esa casa suya que era como un palacio no faltaba una sola comodidad. Vivir allí suponía una verdadera maravilla para mí, pero hacerlo a su lado constituía el sumun.

Capítulo 31



Aquella tarde, Leo se encontraba grabando escenas de contenido sexual.

No me resultaba sencillo aún, y quizás eso no llegase a pasar nunca, que él tuviese que interpretar escenas así con otras mujeres que, para más inri, eran bellísimas.

Esa era la cara “b” de su trabajo. La vida no siempre es perfecta y debería hacerme a esa circunstancia que me robaba el aliento.

Compartía plató con una actriz bellísima llamada Sharon y debían protagonizar unas escenas de lo más tórridas. Becka estaba al tanto de ello y por eso no le extrañó que estuviese de lo más despistada.

—Tranquila, que solo forma parte de su trabajo—me susurró.

—Es que, imagínate, no es plato de gusto.

—Me lo imagino, me darían ganas de patalear. Pero piensa que Leo no puede estar más por ti de lo que está. Ya te digo que, en cuanto salga, lo

tienes en la puerta con la más enamorada de las sonrisas.

—Si al final hasta te vas a convertir en una romántica.

—No, no te pases. Si te hablo en esos términos, es porque sé que te gusta y que te tranquiliza. Mira, si de hecho ha terminado ya… En la puerta lo tienes. Corre.

—¿Tan pronto? No lo esperaba—le respondí atusándome el pelo.

—Eso es porque ha querido rodarlas rapidito y venir a recogerte.

—O porque le ha gustado y le ha salido genial a la primera. Vaya, que igual Sharon le ha inspirado mucho.

—Un ápice más de negatividad por tu parte y te doy con el secador en la cabeza—me amenazó apuntándome con él—. Ya te estás largando.

—Dirás lo que quieras. Pero a mí, a veces, la jefa me pareces tú.

—¡Que corras ya! —me ordenó.

Salí y él me esperaba en la puerta. Era la primera vez que tenía que rodar ese tipo de escenas desde que estábamos juntos y bien sabía que yo lo llevaba regular.

—Sube al coche. Nos vamos a cenar donde tú quieras.

—¿A cenar? Te iba a proponer mejor otro plan.

Lo necesitaba. Necesitaba sentirle cerca, más cerca que nunca. Él lo intuyó por mis palabras y puso rumbo a casa. Necesitaba la certeza de que, pese a que su piel debió estar mucho más cerca de lo que yo hubiese deseado de la de Sharon, yo le seguía siendo apetecible en aquella ocasión.

No dudó en demostrármelo. Igual no he hecho referencia todavía a que, entre los múltiples lujos de la casa, se encontraba un pequeño spa donde daba verdadero gusto sumergirse. Y más si lo hacías en la mejor compañía y con las ganas de sexo que ambos lo hicimos.

Camino de él, Leo me fue desnudando. Y me depositó en el agua con un cuidado inusual.

—Me da a mí que alguien necesita hoy más mimos de los habituales— murmuró en mi oído justo antes de comenzar a besar mi cuello.

—Una ración extra, puede ser que sí.

Extra de empalmado fue como le encontré al retirar sus pantalones. Comenzaban unas horas calientes en aquel spa en el que me demostró que haría todo lo posible por hacer desaparecer de mí la sombra de los celos.

El hecho de que Leo fuese quien era los despertaba en mi cabecita. Nunca fui especialmente insegura en las relaciones, si bien con Leo todo era distinto. Conocer el hecho de que tantísimas mujeres harían lo que fuese por

estar con él y tener la certeza de que me había escogido a mí me hacía sentirme tan privilegiada como tan “sobre arenas movedizas”, y de esta última sensación era de la que él quería salvarme.

Notaba sus besos recorriendo cada centímetro de mi piel. Hacerlo en el agua con él me llevaba a delirar de gusto. Aparte de que él ponía toda la carne en el asador para llevarme a la locura total.

Creí que se asfixiaría cuando, desnudo, se metió bajo el agua para acariciar mi sexo con su lengua… Fue total y, cuando salió, comenzó a besarme de un modo que poco margen para la duda dejaba.

A continuación, me tomó en brazos y fue entrando en mí, sin salir del agua, haciendo que yo fuese bajando lentamente. Él estaba sentado y en la más relajante de las poses. Cuando a la increíble belleza del azul de sus ojos se le sumaba la excitación que sentía en momentos como esos, mi mundo se reducía a Leo.

En la intimidad de ese spa, notaba que nos hacíamos una sola persona. La humedad no era solo exterior. Cuando Leo entraba en mí, el cuerpo entero me ardía y me derretía en sus brazos y en su boca.

Sobre él, comencé a botar, dejando que mis generosos senos constituyeran ese objeto de su deseo que atrapaba en el aire con la intención de lamer una y otra vez, con la intención de hacerme disfrutar hasta que mis gemidos se convirtieran en un cántico sensual que le excitase más y más.

Cuando ya estaba a punto, me apartó y entonces me llevó a la zona de los chorros. Leo me penetró desde atrás, ambos de pie, curvando mi cuerpo. El agua me caía con fuerza por la zona de los lumbares mientras que me penetraba con no menos fuerza.

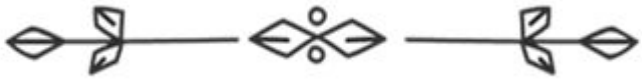
Con sus manos sobre mí, haciendo fuerte presión, sentía que llevaba la batuta de aquel asalto sexual que me hacía recordar que podría rodar con muchas, pero que era a mí a quien deseaba. Y no es que esto sea de mi cosecha, sino que él mismo me lo decía.

—Mientras rodaba esta tarde, preciosa, que sepas que en lo único que pensaba era en hacer esto.

No solo era increíblemente guapo y sexi, sino también sensible. Lo menciono en el sentido de que estaba pendiente de cada una de mis necesidades. Leo ya me iba conociendo, y me amaba… Y cuando amas a alguien, procuras que se sienta bien, muy bien, y le evitas cualquier tipo de sufrimiento.

Después de salir del spa, me secó no con menos mimo y me preparó la cena. Era tan, tan sencillo pese a su posición… No había gesto en él que no propiciase que me fuese enamorando más y más. A veces, me asustaba, pues pensaba que un solo fallo por su parte podría llevar a que me sintiese muy desdichada. Me estoy refiriendo al hecho de que la vida con él se me antojaba perfecta y no quería ni pensar que algo entre nosotros se torciese. Sin embargo, no existía ningún motivo para pensar que fuese así. Y eso me hacía sacar la más boba de las sonrisas.

Capítulo 32



Al terminar aquel rodaje, semanas después, ya en el inicio de la primavera, Leo me sorprendió nuevamente.

Siempre me he considerado emprendedora y el trabajo ha formado parte indispensable de mi vida, pero viajar con Leo hacía que me perdiese en un mundo de desconexión y de fantasía al que no podía renunciar. Y mucho menos quería.

Me propuso pasar unos días en Miami y me pareció la mejor de las ideas. Aunque me costaba dejar a los chicos solos, había logrado reunir a un grupo que formaba piña y eso me tranquilizaba.

En Miami, para no perder costumbre, quiso que nos alojáramos en un casoplón impresionante con vistas increíbles a la playa.

Le encantaba el relax, como a cualquiera, si bien su espíritu intrépido le impedía estar mano sobre mano, Por esa razón, una vez instalados, insistió en iniciarme en el *paddel surf*, un deporte que se le daba fantásticamente bien y del que afirmaba que podríamos disfrutar mucho en pareja.

Yo nunca había practicado ese tipo de actividad, pero todo lo que él me ofreciese suponía para mí una oportunidad. Y viendo la ilusión que le hacía que le acompañase, me puse manos a la obra.

—Debes saber, antes que nada, que soy un pato mareado para estas cosas.

—¿Tú un pato mareado? Si tienes mucha coordinación y un cuerpazo que no veas.

—¿Y qué tiene que ver lo del cuerpo con esto?

—Nada, solo que no puedo perder la ocasión de recordártelo.

Así se pasaba el día. Leo siempre me recordaba, ciertamente, que me sobraban atributos de todo tipo para enamorarle.

Allí en el mismo Miami adquirí ropa de baño deportiva que me permitiese practicar ese tipo de actividades, junto con otra mucho más sexi aún que lucir directamente sobre las arenas de sus playas.

A Leo le daba exactamente igual por cual optase, él siempre tenía palabras en la punta de la lengua para hacerme ver lo mucho que le gustaba con independencia de cuál fuese el *outfit* playero que eligiese.

Fueron unos cuantos días que exprimimos al máximo. Por nuestras profesiones, siempre andábamos muy atareados, y contar con tiempo que

dedicarle en exclusividad al otro era un verdadero privilegio que sabíamos apreciar.

Con el *paddel surf* me solté cantidad. Cuando has vivido casi solamente para salir adelante, te dejas muchas cosas en el camino. Y con él las estaba descubriendo.

Me daba mucha seguridad y sacaba partes de mí que ni yo misma sabía que nunca hubiesen estado en mi interior. Supongo que en eso consiste el amor; en eso principalmente, en que el otro potencie lo mejor de ti.

Subidos en nuestras tablas, disfrutamos lo más grande el uno con el otro. Risas, complicidad, calor, deporte, comidas ricas, copas nocturnas y sexo, mucho sexo… Tanto sexo que las horas, las noches y los días pasaban demasiado rápido mientras que nuestras pieles se acariciaban al mismo ritmo que lo hacían nuestras almas.

En ciertos momentos, no era sencillo andar con él por la calle. Lo digo en el sentido de que la gente lo reconocía, inevitablemente, y todos querían acercarse a él allí donde estuviésemos.

Por esa razón, optábamos por pasar muchos momentos en parajes más solitarios donde pudiésemos disfrutar de una merecida intimidad, aunque he de decir que Leo lidiaba con el peso de la fama mucho mejor que otros compañeros suyos y eso hacía que, al dedicarle un rato a la gente, luego le respetasen más. Con todo y con eso, lo que le apetecía en momentos así era no tener que dividirse. Y yo se lo agradecía tremendamente.

En aquellos días, desarrollamos una mayor conexión el uno con el otro. Conforme pasaba el tiempo, éramos más conscientes de lo importante de ir afianzando la relación, al menos por mi parte, y quería pensar que por la suya también.

Cuando sales con una estrella como Leo Devlin, has de integrarte en un universo que nada tiene que ver con el tuyo. Y eso implica asumir que tu vida ha cambiado por completo. Ni siquiera yo era anónima ya y más de una vez me encontraba con los paparazzi siguiéndome por la calle, al salir de mi pelu, por ejemplo.

Cualquier esfuerzo que tuviese que hacer en ese sentido, también lo digo, lo llevaría a cabo con gusto porque compartir mi vida con Leo tenía un precio y yo lo pagaba encantada de la vida. Incluso Becka me solía comentar que debía sacarle partido.

No, yo no quería protagonismo ni estar en el foco mediático. Por muy pareja suya que fuese, deseaba continuar siendo la misma chica sencilla que un día contempló con ojos perplejos cómo entraba él por la puerta de la peluquería.

En aquellos impresionantes días en Miami, donde nuestras risas se convirtieron en la banda musical de nuestras vidas, seguimos haciendo proyectos.

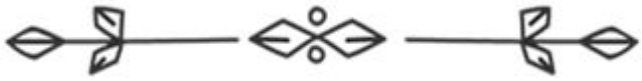
Leo tenía mucho interés en mostrarme todo lo que la vida me había negado hasta entonces y, pese a que no descuidaría mi negocio, su intención era que viésemos mundo.

¿Quién no tiene este sueño? Yo siempre lo tuve, como cualquier hijo de vecino. Lo que no tuve fue la oportunidad, que es lo que nos suele pasar a muchos, si bien con Leo eso había cambiado.

La vuelta a casa estuvo marcada por otras fechas importantes. En lo profesional, él seguía arrasando y enseguida comenzaría con un nuevo rodaje. Los papeles le llovían y hasta me hacía partícipe de su elección, algo que me emocionaba. Escuchaba cuanto le tuviese que decir y, pese a que la decisión final fuese suya, tenía muy en cuenta mis criterios.

En mi corta vida, no había tenido tiempo de soñar demasiado. Quizás, ni siquiera me planteé cuál era mi prototipo de hombre. Lo mismo no me atreví a hacerlo siquiera, porque cuando las condiciones son duras, llegas a pensar que hasta los sueños tienen un precio. Y no, los sueños son gratis. Y ya os adelanto que, a veces, se hacen realidad, porque si yo hubiese soñado con el hombre de mi vida, ese habría sido Leo Devlin.

Capítulo 33



Unas semanas después de nuestra estancia en Miami, celebramos una cenita en casa, en sábado noche.

Eso también me gustaba mucho. Los chicos disfrutaban mucho de venir a vernos. Las temperaturas ya comenzaban a ser mucho suaves e invitaban a noches en el jardín en las que el buen rollo estaba asegurado.

Becka con Keanu, Micky, Desi y hasta Tracy estaban invitados, juntos a mis dos chicas del gabinete de estética, que formaban parte ya del equipo.

Coincidí con Becka en la cocina, mientras trasladábamos unas bandejas, y miré hacia el jardín a través del enorme ventanal.

—Cariño, si te dijera que tengo un mal pálpito —le solté angustiada.

—No empieces, no empieces. ¿No creerás que tiene nada con esa tal Sharon, no? Que te ha dejado muy claro que solo es su compañera de trabajo. Punto. Esta no es comparable con la otra lagarta.

—Ni menciones a Gabriela, que eso ya se me está olvidando. No, si solo es una sensación. Ya estoy digiriendo que él tendrá que trabajar con muchas chicas guapas, pero es que tengo la sensación de que algo no va bien desde hace un par de días, Becka.

—Tú eres mucho de comerte el coco. No te estoy diciendo nada que no sepas.

—Es verdad y, aun así, te digo que algo no va bien. La sonrisa de Leo no es igual de sincera, en serio.

—¿Y entonces cómo es?

—Más fingida. Le preocupa algo, tengo esa impresión.

—¿Sabes si tiene algún problema con sus padres?

—¿Con sus padres? No, qué va. Todo va bien con su familia.

—Pues no sé qué decirte entonces, la verdad. Tú eres muy de teorías conspiranoicas, te preocupas más de la cuenta. Veo a Leo normal, charlando con Keanu igual que siempre.

—Y a vosotros, ¿cómo os va?

—De lujo. Incluso está pensando en comprarse otra casa. No te digo que vaya a ser como esta, pero será una de esas con las que me he pasado la

vida soñando.

—¿Tú no temes que los sueños se tornen en pesadillas?

—Alyn, yo lo único que temo es que te vuelvas gafe, ¡por supuesto que no! No existe ni un solo motivo para que estés inquieta ni por parte de Leo ni por ninguna otra parte.

—Ojalá que sea así.

Se lo dije resoplando. Había algo que no me encajaba. Una mala intuición, algo… Y para mí que iba con Leo.

Me senté en la mesa y traté de disimular. No iba desencaminada, a él también había algo que le preocupaba, estaba segura.

El corazón se me encogía solo de pensar que, con lo bien que estábamos, alguna cosa pudiera estropearse. Además, que confiaba en mi intuición y para mí que las cosas no iban del todo como debían.

Leo debió percatarse de que me encontraba nerviosa, cabía dentro de lo posible, porque estuvo muy pendiente de mí durante toda la cena. Y, pese a ello, le noté extraño nuevamente.

Sería en torno a las doce de la noche cuando mi teléfono sonó. Ni el número me era conocido ni eran horas normales para recibir una llamada, por lo que me sobresalté.

—¿Que me han destrozado el escaparate? ¿Un acto de vandalismo? Vaya rachita que llevo—refunfuñé porque después de lo del desastroso intento de atraco no esperaba aquello.

Tampoco debía esperar quien perpetró aquel acto que, justo al huir, se le cayera su documento de identidad. Cuando llegamos al salón de belleza, lo acababan de detener no a demasiada distancia de allí.

Debía interponer la denuncia y, en el momento en el que vi al detenido lo reconocí de inmediato. Becka y Keanu estaban con Leo y conmigo, aunque se quedaron en el pasillo.

—Pero si este es el tipo que nos intentó atracar no hace mucho—murmuré al policía ya en las dependencias donde lo tenían detenido—. Mi compañera Becka se lo podrá corroborar. Ella también estuvo presente aquella tarde.

—Pero usted no interpuso denuncia ninguna al respecto.

—No, es cierto. Después del susto, lo dejé correr. Fue ridículo, un intento patético.

—Pues esas cosas hay que denunciarlas, ¿sabe, usted? Porque de otro modo puede a uno dolerle la cabeza después.

El chorizo en cuestión, no contento con el susto que nos dio, volvió a las andadas. Puede que sucediera, me dio por pensar, por el hecho de que quedó en evidencia y de que jurase venganza.

—¿Lo ves? Esto era lo que estabas barruntando, boba. En realidad sí que, en ocasiones, tienes como un último sentido que está en alerta. No es la primera vez que te pasa—me decía Becka un ratito después.

—Oye, ¿y dónde está Leo? Salió hace unos minutos y no le he vuelto a ver.

—Tranquila, que no te lo secuestran. Leo sabe cuidarse solito.

—No te burles de mí.

—Si es que te preocupas demasiado en un momento en el que solo debes poner tus cinco sentidos en disfrutar de todo lo bueno que te está ocurriendo.

—Tienes razón, cariño.

Salimos a la calle y él ya se encontraba junto a Micky, Desi y Tracy, que finalmente terminaron por acercarse también hasta allí.

—¿Estás mejor? —me preguntó mientras me revolvía el flequillo.

—Un poco sí, aunque el sobresalto no me lo quita nadie—le contesté un tanto chafada.

—Bueno, que todos los problemas a los que debamos enfrentarnos sean como este, ¿no crees?

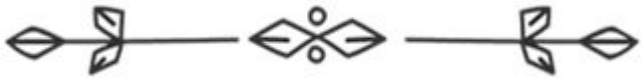
—Sí, claro. Oye, ¿y a ti te pasa algo? —le pregunté aprovechando la ocasión.

—Nada, a mí no me pasa nada. ¿Nos vamos ya para casa?

—Me parece una buena idea. Necesito desconectar y se me ocurre una manera de poder hacerlo.

No me siguió demasiado el juego. Tampoco cuando llegamos a casa. Lo normal habría sido que, para contentarme, y más después de que yo le hablase así, me hiciera el amor hasta el amanecer. Pero no. A Leo le pasaba algo, yo no estaba loca.

Capítulo 34



Mi verdadera sorpresa, y la que encajaba conforme a lo que estaba sintiendo, me llegó el lunes siguiente. Fue entonces cuando Tracy me llevó a un lado para hablarme.

A ella también la noté como inquieta desde que llegó a trabajar, y a la hora del café, me abordó sola.

—Alyn, necesito hablar contigo en privado de un tema un tanto peliagudo. ¿Podemos salir al bar?

—Claro, Tracy, ¿te pasa algo?

—A mí no… Pero me temo que a ti sí que te puede pasar.

La sangre comenzó a correr tan fuerte por mis venas que sentí como si me doliese. Estaba atacada y preocupada. Me faltó el tiempo para salir con ella.

—¿Y bien, Tracy? —le pregunté a salvo de escuchas.

—Alyn, llevo muchas horas dándole vueltas a si contarte una cosa. Y la verdad, creo que debes saberla.

—¿A qué cosa te refieres?

—Alyn, te debo mucho. Estás siendo muy buena conmigo cuando no lo merezco y por eso me gustaría contártelo, aunque te rompa el corazón.

Me lo iba a romper yo solita, porque fue mencionarlo y sentir un tremendo zambombazo en el pecho.

—¿De qué me hablas?

—De algo que escuché la otra noche. Verás, cuando llegamos a las dependencias policiales, Leo salía como alma que lleva el diablo con el teléfono en la mano.

—Sí, es cierto, me dejó sola unos minutos, ¿y?

—Y estaba hablando con Gabriela, con la chica esa que se formó el taco cuando los medios la emparejaron con él cuando tú parecías estar antes y luego resultó que se quedó contigo. Un embrollo que dio que hablar y…

—Hubo un motivo para eso, Tracy, te lo aseguro.

—Y no te digo que no. Pero Alyn, también te digo que Leo trae algo entre manos a tus espaldas con esa tipa. Y si te doy este disgusto es porque te

estoy demasiado agradecida como para que alguien se ría de ti.

—¿Y por qué iba a reírse de mí? Igual lo que pasó es que ella se equivocó al marcar o…

Me dolía tanto lo que me estaba contando Tracy que prefería, al menos a sus ojos, buscar alguna excusa que me dejara en mejor lugar, porque me sentía fatal, ¿qué hacía Leo hablando con Gabriela a esas horas?

—No, no se equivocó al marcar, eso ya te lo aseguro yo. Y si lo afirmo con tanta rotundidad es porque entre ambos se dejaba ver muchísima complicidad.

—¿Buen rollo Leo con Gabriela? ¿Ahora? No, no puede ser.

—Sí que puede ser porque lo escucharon mis oídos, lo siento. Sabía que esto te haría daño, igual debí callármelo.

—No, de eso nada. Has hecho bien. Pero ¿sería otra Gabriela? Leo tiene muchas amigas—conjeturé.

—Lo siento, pero ella le hizo un comentario y él le contestó que estaba deseando volver a rodar con ella, que las ganas eran mutuas.

No son cosas que se deban hacer, soy consciente. No obstante, él tampoco tenía derecho a jugar a dos barajas. Y por lo visto lo estaba haciendo.

Ese día se había quedado en casa porque no tenía rodaje. Yo no iría a almorzar porque los clientes nos sobraban, pero finalmente lo hice y antes de tiempo, pillándole desprevenido. No se me fue por alto que parecía tramar algo porque justo salía de casa a toda velocidad cuando me vio llegar en taxi. Y lo curioso es que me dijo que almorzaría en el jardín.

—¿Qué haces aquí, preciosa? —me preguntó un tanto sobresaltado.

—Que al final he venido a comer contigo, aunque veo que ya tienes otros planes, ¿no es así?

—Una salida de última hora, improvisada, pero la aborto. No iba con nadie.

—Ok, abórtala si quieres—le pedí.

Estaba segura de haberle pillado con las manos en la masa. Y es que, para colmo, en cuanto entró en la casa aprovechó que yo estaba en el baño para hacer una llamada corta, cancelando un plan que debía ser con ella. Lo sé porque me dejé la puerta abierta a propósito.

—¿No vas a ponerte cómodo? —le pregunté entonces.

Leo y yo nunca nos habíamos ocultado nada, pero tampoco nos pasamos la contraseña de los móviles porque no había necesidad. Sin embargo, se la vi una vez de refilón por casualidad. Y la tecleé en cuanto pasó a su vestidor a ponerse cómodo y me hice con su terminal.

Tracy no se había equivocado. Entre él y Gabriela se habían producido una serie de llamadas en los últimos días.

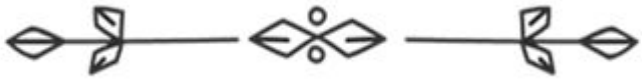
El alma se me cayó a los pies. Estaba con un actor en toda la extensión de la palabra. Eso me quedó bastante claro cuando comprobé que me había mentido. La última llamada apenas se había producido un minuto antes y no era la única que se intercambiaban ese día.

Mis ganas de llorar fueron en aumento, ¿cómo no iban a ir si me la estaba pegando?

Había de reconocer que lo nuestro no fue muy normal nunca. Entre Leo y yo las cosas no habían sido normales desde el principio. Y de pronto me encontraba de bruces con una dolorosa realidad: seguía liado con Gabriela. Igual se dio unas semanas para ver lo que hacía hasta decidirse a simultanear ambas relaciones o igual la otra no se acabó en ningún momento y se había reído de mí siempre y en todo lugar.

Él sería muy actor, pero a mí me salió una detective que llevaba dentro y que no conocí hasta entonces. Me decidí a seguirle hasta que se viera pillado con el carrito de los helados. No iba a dejar que las cosas se quedasen así ni tampoco podía delatar a Tracy. Tenía que hacerlo bien y estaba más que decidida a hacerlo.

Capítulo 35



Cuando lo hablé con Becka comenzó a maldecir.

—Esto no tiene ningún sentido, ¿por qué estará haciendo algo así? Qué hijo de la gran…

—Porque en el fondo es igual que su padre, que nunca supo dejar el pajarito dentro de su jaula. Se le llena la boca diciendo que no es así, pero obviamente ha heredado de él más que el bonito azul de sus ojos.

—Cariño, lo siento… No lo esperaba de Leo. Keanu siempre dice que es un tío cojonudo, pero claro, ahora que lo pienso, ellos se tapan unos a otros. ¿Y si el mío es igual?

—No, no seas ahora tú la que se pone en lo peor.

—Es que no se puede evitar. Una escucha esto y los pelos se le ponen como escarpias. Qué cabrón el tío, de verdad. No hace falta que te diga que cuentes conmigo para todo lo que haga falta. Como si le tenemos que partir la cara…

—Que no te dé el siroco, cariño. Estoy muy por encima de eso.

—Ya, pero también debes estar destrozada. Con lo ilusionada que estabas… Es que no te lo mereces, qué injusta es la vida.

Becka se hacía cruces y no era para menos. Yo había confiado ciegamente en Leo porque no había ningún motivo para que no lo hiciera, y él se había reído de esa confianza mía. Igual solo representaba en su vida una estrategia; el actor de moda que se fija en una chica sencilla. Menuda estrategia de marketing para que su imagen saliera más reforzada.

Al día siguiente, se me volvió a dar la carambola de que Leo se quedaba en casa. Acordé con Becka que ella se hacía cargo de la pelu mientras yo rastreaba su rastro como un sabueso.

Le seguí en taxi, a cierta distancia, y entonces le vi pararse en la puerta de la casa de Gabriela, otra situada en una de las urbanizaciones más ricas de la ciudad.

Leo me había asegurado que no saldría aquella mañana, que se la pasaría haciendo ejercicio. Ya veía yo el ejercicio que tenía planteado.

En fin, que aguardé a que ella le abriese la puerta y entonces casi le salto encima como una gata en celo, pues salí de detrás del coche en el que me encontraba agazapada.

En ese mismo instante, Gabriela se asomaba con tan solo un picardías transparente que no era precisamente para salir a hacer *running*.

Al verme aparecer, y comprendiendo el escándalo que podría formarle en la puerta de su misma casa, estuvo a punto de cerrar la puerta de golpe, pero se lo impedí.

—A mí no se te ocurra decirme nada, que no tengo ningún compromiso— me aseguró.

Lo mejor era que llevaba toda la razón. Allí, quien me estaba faltando al respeto, era él. Por cierto, que Leo quiso hablar atropelladamente.

—Aly, esto no es…

—Te juro que si me dices que no es lo que parece, te formo un escándalo aún mayor. Hace días que te sigo la pista, Leo. Sé que estás en comunicación directa con ella en todo momento y lo único que he venido a decirte es que hemos acabado. Si vueles a contactar conmigo, le daré de qué hablar a la prensa. Te juro que voy a acabar con tu reputación.

Después de eso, salí corriendo calle abajo. Me di enseguida con un taxi, en el cual me subí, yendo a ver a Becka de inmediato. Aquello había quedado entre nosotras dos y Tracy, a quien le debía el haberme enterado a tiempo para no hacer un ridículo mayor aún.

Pronto tendrían que saberlo los demás porque lo mío con Leo se había terminado para los restos. Becka me llamó y, viendo como estaba, me dijo

que pasara a por ella, que me ayudaría a llevarme mis cosas de casa de Leo.

Ella quedaba en una posición un tanto incómoda porque Keanu trabajaba con mi ex y además era íntimo amigo suyo. No por ello, dejaba de jurar y perjurar que Leo se las iba a pagar y que le diría atrocidades cuando le viera.

Lo peor era que yo ya no tenía casa a dónde volver. El día que salí de la mía con Leo lo hice con todas las consecuencias, confiando ciegamente en él. Y me había dado un castañazo de mucho cuidado.

Becka me ofreció quedarme con ella y con Keanu. No pude aceptarlo ni tampoco su propuesta de venirse a un hotel conmigo. No quería que su relación se resintiese. Bastante malo era que la mía con ese mentiroso se hubiese hecho mierda, aunque realmente sentía que siempre fue así, por mucho que no lo sospechase hasta que Tracy me habló.

Me instalé en aquella habitación, que por muy buen hotel que fuese, me pareció más fría que la de un hospital. Por supuesto que ninguna de las dos hicimos caso a las palabras de Kenau, quien seguía defendiendo a su amigo, en relación a que no era capaz de hacer una cosa así. Ni siquiera le permitió Becka que se explicase, asegurándole que, de seguir por ese camino, sería el siguiente en quedarse solo.

Me moría de tristeza en la soledad de aquella enorme cama. Ya me había acostumbrado a dormir con él y su ausencia me pesaba y me dolía al mismo tiempo. Pero, sobre todo, lo que más me dolía era que me hubiese engañado

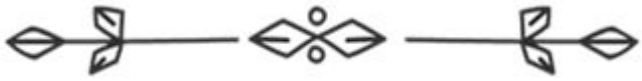
de esa forma tan vil cuando lo único que hice fue quererle. Y, según él, era sensible y jamás me mentiría. Menos mal que no lo haría…

El desasosiego se hizo total en mí. Al día siguiente, ya se reflejaba en mi rostro la primera consecuencia de lo sucedido: un par de ojeras bien marcadas tras una noche terrorífica en la que no pegué ojo.

Leo me había dejado en mejor situación económica, eso era indiscutible, como también lo era que anímicamente me había dejado por los suelos.

Continuar con mi vida después de aquello no sería fácil; las heridas del corazón son las que más tardan en curar y las mías amenazaban con dejarme cicatrices de esas que son tremendamente visibles aun con el paso del tiempo.

Capítulo 36



Volví a trabajar ese día siguiente. Sí, estaba ojerosa y con el corazón herido de muerte, pero no pensaba quedarme en la cama.

Ya todos sabían lo que había sucedido, Becka les contó. No había ninguna razón para disimular algo que no tardaría en salir en todos los medios. En cuanto los paparazzi vieran a Leo solo, sabrían que habríamos terminado y nuestra imagen daría la vuelta al mundo… Al mundo de Leo, ese mundo al que nunca había pertenecido yo y del que salí lanzada de una forma precipitada.

Las chicas, todas, insistieron en invitarme a almorzar. Y Micky decía que, por mucho que fuese un almuerzo de chicas, él no se lo perdía porque era más femenino que todas nosotras juntas.

Salimos andando y Tracy me cogió por un brazo mientras que Becka lo hizo por el otro. Noté un movimiento raro en los ojos de mi íntima amiga, que era muy viva, y entonces caí en la cuenta de que nos acabábamos de cruzar con el chorizo que quiso atracarnos y que después me destrozó las cristaleras.

El tipo se cruzó de acera de inmediato. Se encontraba en libertad con cargas y lo que menos le interesaba era tener una trifulca conmigo.

Durante el almuerzo, me percaté de que Becka miraba demasiado a Tracy y, cuando finalmente estuvimos solas, le pregunté al respecto.

—Te voy a decir una cosa, cariño—comenzó—. Sé que la de las intuiciones eres tú, pero ha pasado algo cuando nos hemos cruzado con ese tipo, algo que me ha dado mucho que pensar.

—¿A qué te refieres? No he visto nada, aparte de que él ha corrido porque está en una situación muy complicada.

—Pues yo sí he visto más. Te apuesto lo que quieres a que Tracy lo conoce.

—¿Cómo que lo conoce? Lo conocerá igual que tú y que yo, del día que se coló con la mierda esa de pistola falsa en el centro de belleza.

—Eso es lo que pensaba yo, pero a juzgar por la cara que ha puesto cuando lo ha visto venir, te digo que lo conoce de algo más.

—Becka, eso es mucho decir… Al igual que tú, ella se comportó como una heroína aquel día. Si la pistola hubiese sido de verdad, cualquiera de las dos habría podido salir mal parada. Todavía me pongo enferma cuando lo pienso.

—Para mí que a ella no le hubiese disparado. Hazme caso.

—Yo creía que tú ya estabas bien con Tracy.

—Y lo estaba… Nunca me hubiese acercado a ella de no ser por ti, también te digo, pero cuando me vi en esas hice de tripas corazón y me guardé dentro todos los rencores. Igual que te digo eso, te digo que ahora hay algo que no me cuadra, cariño.

—Joder, ¿de qué me hablas?

—De que a partir de ahora la vamos a seguir, de eso te hablo.

—¿Otra vez hacer de detective? No sé si al final me traerá más cuenta cambiar de profesión.

—No, tú amas tu profesión. Otra cosa es que tengas al enemigo en casa y no lo sepas, Alyn.

—Creo que se nos está yendo la cabeza. Tracy ha dado muchas muestras de haber cambiado todo este tiempo.

—O de estar simulando que ha cambiado, que todo puede ser.

—Qué miedo, de verdad… Esto no puedes ser, es como una pesadilla.

—Pues solo te digo que, si es una pesadilla, tú y yo estamos a punto de despertar.

De nuevo teníamos que disimular. En los últimos días lo estaba haciendo más que en el resto de mi vida.

Becka parecía estar tan segura de lo que decía que no me encontraba con fuerzas para contradecirla. Mi amiga se había quedado muy rayada tras el fortuito encuentro entre Tracy y el delincuente en cuestión.

A partir de ese momento, nos dedicamos a seguirla. Y no tuvimos que hacerlo durante demasiado tiempo.

La tarde siguiente, Tracy llegó tarde a trabajar y un tanto nerviosa, circunstancia que quiso enmascarar diciendo que había sufrido un contratiempo personal. Un rato antes, la perdimos de vista tras montarse en un autobús.

Esa noche, al salir de trabajar, la seguimos de nuevo. Y, para nuestra sorpresa, terminó metiéndose en la parte más deprimida del barrio, tocando finalmente una puerta que terminó por abrir aquel tipo.

—Aquí tienes más dinero. Y no se te ocurra volver a chantajearnos más porque quien me envía no está dispuesta a darte ni un dólar más, ¿me oyes?

—Eso ya lo veremos. Esa zorra tiene mucho dinero, el mismo que a mí me falta.

—Pues si sigues así, igual te encuentras con que dedica su dinero a ordenar que te den una buena paliza en vez de a ceder a tus chantajes, escoria, que eres una escoria.

El otro le cerró la puerta en toda la cara y ella le hizo una peineta.

—¿De qué va todo esto, Becka? Ella debió pagarle a ese tipo para que hiciera todo lo que hizo. Y le pagó en nombre de alguien más, ¿de quién?

—¿Y si fuese Gabriela? Tendría todo el sentido.

—No te entiendo. Igual estoy perdiendo eso, mi sentido común.

—Tracy puede haber aprovechado la confianza que depositaste en ella para ofrecerle a Gabriela hacerte daño. Es una posibilidad.

—¿Y por qué querría Gabriela hacerme daño? ¿Más? Si ya estaba liada con Leo…

—¿Y si no lo estuviera? ¿Y si todo fuese fruto de un plan urdido por ambas?

—Pero yo vi las llamadas en el teléfono de Leo. Y también cómo me mintió descaradamente, diciéndole que no le sucedía nada, y cómo fue a verla a su casa.

—Creo que, en este caso, te ha fallado esa intuición tuya. Te advertí que contratar a Tracy no era buena idea.

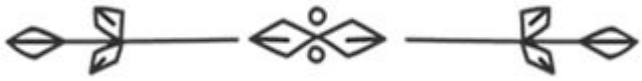
—Cierto que lo hiciste, pero…

—Pero pueden haberte metido, entre ambas, en el gran lío de tu vida.

—¿Tú crees?

—Lo creo firmemente. Verás, hay algo que no para de rondarme por la cabeza; la defensa férrea que Keanu sigue haciendo de Leo. Está consiguiente ablandarme, creo que dice la verdad. Y vamos a comprobarlo.

Capítulo 37



Debíamos extremar las precauciones para que Tracy no se diese cuenta de lo que estaba sucediendo, para que no se pusiese en alerta.

Becka la siguió la tarde siguiente, cuando dijo que iba al bar por un café, después de que la vibración de su teléfono hubiese sido insistente.

Al poco, me llamó para que fuese a darles el encuentro. Cuando llegué, le había quitado el móvil y la otra chillaba.

—La tiene al otro lado del teléfono, Alyn. Es Gabriela. Da la cara, lagarta, habla, que te hemos descubierto.

Gabriela colgó, queriéndose zafar.

—No sé de qué va esto, Alyn. Mira, yo hablaba con mi madre —se quiso excusar Tracy.

—Y una mierda, así la has registrado por si te descubríamos, pero iba detrás de ti por la calle y te he escuchado llamarla por su nombre. Es ella

quien te ha dado el dinero todo este tiempo para ese tipo, ¿no? Te harías la heroína y estarías bien cerca de Alyn.

—Eso te lo estás inventando tú—negó con todo el descaro.

—Mi amiga no se está inventando nada, ya es hora de que te quites la máscara de una puñetera vez, ¿por qué lo has hecho?

—Ni puta idea de lo que me hablas—prosiguió.

—Te lo voy a explicar yo… No hace falta ni que confiese la muy asquerosa. Se ganó toda tu confianza y luego esperó a estar en tu casa, la noche en la que ese tipo volvió a atentar contra el centro de belleza, para que fuésemos a las dependencias policiales. Y allí, entre tanto lio, aprovechó para que Gabriela llamase a Leo, a quien debe tener cogido por los huevos por algo, y que saliera. Así ella te podría decir que los escuchó hablar y tú montarías en cólera, le espiarías el teléfono y verías las llamadas.

A la muy maldita de Tracy, en ese momento, se le dibujó una sonrisa maquiavélica en la cara.

—Alyn, me la cargo, te juro que me la cargo como nos siga mirando así, ¿no ves el mohín que nos está poniendo? Se ríe de nosotras.

—Ya lo veo, ya… Así que Leo hablaba de súper buen rollo con ella, ¿no?

—Eso me pareció escuchar, sí.

—No, eso no es verdad. Leo debía estar muy apurado, ¿qué es eso que tiene Gabriela con lo que le está atormentando? Tú sembraste la duda en Alyn para que le siguiera. Y ella le abrió la puerta como si fuesen a rodar una peli porno.

—Sigo sin tener ni idea de lo que me habláis.

—Pues te juro que, si no cantas, te vamos a denunciar. Y ese tipo, el maldito ese, no se pondrá precisamente de tu lado. Sobre todo cuando le paguemos para que te hunda, ¿o es que crees que solo tú sabes jugar sucio?

—No haréis eso, vosotras no sois así.

—Tú ponnos a prueba y verás.

—Está bien, si canto ¿me dejaréis ir sin denunciarme?

—Depende de si lo cantas todo. Pero te irás del barrio y no volveremos a verte.

—Gabriela me pagó, sí. Le ofrecí mis servicios para quitar de en medio a Alyn de la vida de Leo. La odia igual que yo—le confesó a Becka.

—¿Tú me sigues odiando? Hay que joderse.

—¿Yo? Más que nunca. No solo has triunfado con Leo, sino que te has quedado con mi salón de belleza, ¿creías que eso te lo habría perdonado?

—Tú lo perdiste, Leo me lo regaló.

—¿Y crees también que me quedaría de brazos cruzados viendo cómo la vida te sonreía al mismo tiempo que a mí me daba la espalda? Ni muerta, Alyn, para eso hay que tener leche en las venas en vez de sangre.

—La mato, Alyn, aparta que la mato.

—No, hemos llegado a un acuerdo con ella. Se va a marchar, como la desgraciada que es, con una mano delante y con otra detrás, pero antes cantará… ¿Qué pasa entre Leo y Gabriela?

—Ah, esa es la parte más divertida. Pues que la noche que se liaron, él estaba borracho y le confesó que tú eras su hermana, y claro, aunque luego debió enterarse de que no, esa historia, bien adornada, le daría mucho juego a la prensa. Y Leo, que más tonto no lo hay, las está pasando putas creyendo que su madre no sobrevivirá a la noticia de que su marido le puso los cuernos bien puestos. Eso es lo que hay…

—Cielo santo, así que era eso.

—Pues claro que era eso. Pero has tenido suerte en todo. No, no era tu hermano, por lo visto. Y te lo llevaste en toda la cara de Gabriela. Ella es una diva, ¿tú quién te crees?

—¿Yo? Me creo la mujer que va a recuperar a Leo Devlin y, en cuanto a tu amiguita, ya le puedes ir diciendo que se olvide de volver a trabajar como actriz. Al más mínimo intento, la denunciaré e irá a la cárcel. Las cosas han llegado muy lejos, se ha pasado cantidad. Conseguiré que ese desgraciado confiese y ella perderá ese bonito bronceado caribeño que suele lucir.

—No puedes hacer eso, no eres nadie en el mundillo.

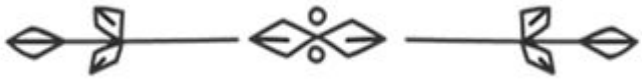
—Quizás yo no, pero Leo Devlin es un astro. Y yo, aunque te joda, soy su pareja. Y voy a seguir siéndolo.

—Eso ya no lo veremos. Después de la que le formaste, no tengo tan claro que quiera volver a estar contigo.

—¿Qué te apuestas? —le pregunté con una risilla bastante más maléfica que la de ella.

No le di a entender lo jodida que estaba por haber caído en el juego de ambas. Desde el principio estuvieran de acuerdo para separarme de Leo y para que perdiese al hombre más maravilloso con el que hubiese podido soñar; para que perdiese al hombre de mi vida. Y, de pronto, se había aclarado la cuestión que me llevó a apartarle de mí, una vez más, sin dejarle que se explicase.

Capítulo 38



No siempre es fácil tener que claudicar, aunque sí que es justo hacerlo cuando has metido la pata, haciendo daño a aquellas personas que te quieren.

Me dolía que Leo no me hubiese contado que Gabriela le estaba ocasionando problemas y, aun así, imaginaba de sobra que lo hizo por protegerme, que lo hizo para que no me doliesen las acciones de esa tipa endemoniada y para que no nos viésemos envueltos en un escándalo de considerables dimensiones que a ninguno nos hubiese gustado ver publicado.

Rodaba en el instante en el que me decidí a ir a buscarle. Me lo confirmó Marilyn, a quien telefoneé para saber si podía encontrarle en el rodaje.

Cuando me colé en plena grabación, lo hice con el pulso desatado.

—Nena, me alegra verte por aquí—me comentó ella—. No sé qué os ha pasado a Leo y a ti, pero no es el mismo en estos días. Si hasta he estado por llamarte para preguntarte si…

Ni una palabra más pudo decir, ya que en ese instante le vi de lejos. Me dio igual que estuviesen grabando una escena. Becka aplaudió que me saltase todos los controles, aunque la directora, que en ese caso era una mujer, se echase las manos a la cabeza.

—¡Corten, corten y corten! —chilló más cabreada que una mona.

—Lo siento, lo siento… Es que verán, tengo algo muy importante que decirle a Leo.

La cara de él era de expectación total. No me esperaba allí ni mucho menos irrumpiendo de la forma en que lo hice; como un huracán.

—No pienso consentir este tipo de intromisiones. Leo, ¿qué clase de loca es esta? —le preguntó a él.

—Lo siento, pero es mi loca favorita y voy a escucharla. Es lo que hay.

Me sentí muy orgullosa porque no lo dudó ni un momento. Y es más, le daban lo mismo las consecuencias; se notaba.

Me tomó por el mentón y lo levantó. Me temblaba. Yo entera lo hacía, como una hoja. Sharon, la protagonista femenina, dio un paso atrás y me guiñó el ojo.

—Todo tuyo, guapa—me comentó en ese instante.

Ella no tenía nada que ver con Gabriela, por supuesto que no. Se trataba de una compañera estupenda, a quien le di las gracias con otro gesto cortés.

—Leo, vengo a decirte que me he equivocado en todo y que te pido perdón. Tú sabes que había indicios, los había… Pero no debí acusarte del modo en el que lo hice antes de saber que no eran ciertos… Ay, dios, dime que esto no lo están grabando, que veo una cámara enfocándonos.

—Tarde—me contestó con ese precioso gesto que me indicó que sí, pero que le importaba un bledo lo que estuviera pasando. Lo único que quería era cogerme las manos y, acercándose a mí, besarme.

—¡¡Eso es un beso de verdad!! Así los quiero siempre en escena—afirmó en ese instante la directora y nos dio la risa.

—Lo siento, Diana, pero estos son los que reservo para mi chica y no los comparto. Y, otra cosa, por hoy no grabamos más, así que ya puedes levantar el campo.

Era una institución en el cine y se lo podía permitir. Se había labrado una fama increíble y los directores se daban tortas por trabajar con él, de manera que podía permitirse hacer lo que le diese la gana.

Me llevó aparte y eché a llorar de la emoción.

—¿No estás enfadado conmigo?

—No puedo, primero porque sé que actuaste así a partir de que no te conté algo que, finalmente, pensaste que era otra cosa.

—Nos tendieron una trampa.

—¿Gabriela y quién más? ¿Por qué hablas en plural?

—Gabriela y Tracy. Mi empleada hizo que tuviese la mosca detrás de la oreja para, después, llevarme directa a que te viese con Gabriela. Tengo muchas cosas que contarte, ha sido una maniobra orquestada por ambas.

—Ya tenía claro que no volvería a trabajar con Gabriela, pero después de saber esto me voy a encargar de que…

—Tranquilo, que ya me he encargado yo de que no vuelva a trabajar en el cine—le adelanté de lo más nerviosa y, a la vez, también orgullosa.

Me cogió por la muñeca y tiró de mí. Salimos del recinto y nos metimos en su coche. Las explicaciones más detalladas las dejaríamos para más tarde. Lo único importante en ese momento era reencontrarnos y que el otro comprobase que nada había cambiado entre nosotros. Y que, si lo había hecho, era en el sentido de afianzar nuestra relación.

Llegamos embelesados a la que volvía a ser nuestra casa… Menudo jaleo, ropa para arriba y ropa para abajo. No me había llevado demasiado tiempo fuera, pero sí el suficiente para echar increíblemente de menos el que ya se había convertido en mi hogar.

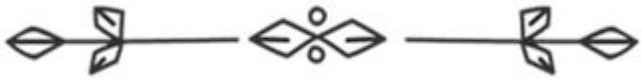
A partir de ese instante comenzamos a construir definitivamente la que sería nuestra relación. En muy poco, nos había tocado superar diversos obstáculos y ansiábamos el poder comenzar a disfrutar de lo nuestro sin que la vida nos volviera a poner la zancadilla.

Si algo tenía claro era que su reacción fue la de un hombre enamorado. Yo también estaba enamorada hasta el tuétano de Leo Devlin y no me imaginaba haciendo mi vida al lado de nadie que no fuese él.

Nos había tocado demostrar mucho. La parte buena de cuando eso sucede es que ya sabes que has colocado unos cimientos muy sólidos a la hora de construir eso a lo que no quieres renunciar, porque los dos sabíamos que estábamos en lo cierto a la hora de apostar por lo que parecía que se nos era negado y que, no obstante, estábamos en condiciones de perseguir por cielo y tierra.

De nuevo en su cama, comencé a sentir esa pasión que solo podía experimentar a su lado; la pasión que sientes por esa persona que volverías a escoger, una y otra vez, siempre que la vida te colocase de nuevo en la maravillosa tesitura de poder hacerlo de nuevo.

Epílogo



Dos años después…

El día de nuestra boda había llegado y no podía sentirme más feliz por ello. Si echaba a alguien de menos, naturalmente, fue a mi madre, pero bien sabía que, desde allá desde donde estuviese, lloraría de igual felicidad por ver vestida a su hija de novia.

Becka estaba a mi lado, igual que Micky y Desi. Las chicas del gabinete de estética terminaban de retocar mis uñas mientras Becka le daba el último toque a mi peinado, suelto y con grandes ondas.

Nos casábamos felices y enamorados, en verano, tras dos años de idílica convivencia en los que no volvimos a sufrir ningún sobresalto. Lo único que le pedía a la vida era que así siguiera siendo.

—Eres la novia más romántica del mundo—murmuró Becka aguantando las lágrimas de emoción que estaban por salir de sus ojos.

—¿Más de lo que fuiste tú? —le pregunté emocionada y risueña.

—No vayas a comparar. Mi boda en Las Vegas fue lo más loco e improvisado que he hecho en la vida. Es lo que tiene beber a tope y no medir las consecuencias.

—Pero luego la hicisteis oficial…

—Sí, porque ya que estábamos, pues mira…

Así como suena. Leo estuvo rodando unos meses atrás en Las Vegas y nos invitó a todos a pasar los últimos días de rodaje allí, aprovechando que teníamos unos días de descanso. Y allá que se nos casaron Keanu y ella, pese a no tenerlo en absoluto previsto, adelantándose a una boda, la de Leo conmigo, que sí estaba más que proyectada.

Mi prometido me lo pidió de una forma más que original. Una noche, un año antes, le estaban entrevistando en uno de los programas con mayor audiencia de Estados Unidos. Yo me encontraba entre el público. La presentadora, que era una diva en sí misma, le preguntó que cuándo pensaba dar el paso conmigo.

De veras que creí que la pregunta era una más de las que pudiera hacerle, pero cuando él le dijo que en ese mismo momento y me pidió que me acercase, entendí que había gato encerrado.

Llevaba el anillo encima y me lo sugirió delante de millones de espectadores. Mis lágrimas salieron a borbotones, enterneciendo a la

mayoría, según se comentó al día siguiente en las redes sociales, las cuales echaban fuego gracias a la pedida en directo.

Nunca imaginé que algo tan íntimo pudiera compartirse con tantísima gente y, sin embargo, siguiera resultando íntimo. Desde entonces, no pude pensar en otra cosa que en la mejor manera de unir nuestras vidas, comenzando a proyectar con él el día más importante de nuestras existencias.

Aunque contaba con varios vestidos más que lucir a lo largo del día, y de la noche, el modelo que elegí para la celebración civil que se llevó a cabo al aire libre fue de inspiración griega y, según decían mis allegados, parecía haber sido esculpido sobre mi propio cuerpo.

No puedo negar que estaba deseando que Leo lo viese. Drapeado a mano y elaborado en tul de seda se trataba de un modelo exclusivo que me había diseñado Chanel, quien se convirtió en mi diseñadora de confianza para toda clase de eventos y quien asumió con sumo gusto la responsabilidad de hacer realidad un vestido que para mí, como para toda novia, constituía un sueño.

Pese a la enorme fama de Leo, y a que acudieron cerca de mil personas, siendo cubierta la boda por todos los medios de comunicación del país, para mí revistió ese aire íntimo y personal con el que siempre soñamos ambos para la ocasión. Y juraría que a Leo le ocurrió igual.

Digamos que, cuando me vio avanzar hasta él, se sintió de la misma forma que yo; como si allí no hubiese nadie más, como si tan solo

estuviésemos ambos, decididos a darnos un “sí, quiero” que terminó por sonar alto y claro.

Por cierto, que unos meses antes de nuestro enlace, las vidas de sus padres sufrieron una convulsión. Su madre decidió que ya estaba bien de aguantar las infidelidades de su marido y puso fin a la relación. No quedaron mal, por lo que pudieron relacionarse en normalidad en una fecha tan señalada, si bien me alegré de que mi suegra entendiese que, quien te quiere bien, no te hace una jugada de esas detrás de otra.

Se dio la circunstancia de que Susan, esa amiga de mi madre tan importante en mi vida y que en su día se lio con el padre de Leo, llegó acompañada de su marido. Y mi suegra, que ya conocía los detalles de la historia y hasta charló con ella, lo hizo acompañada de un amigo. Ojalá que esa amistad derive hacia algo más profundo, porque se merece conocer un amor más puro.

En cuanto a nosotros, ese amor del que tanto presumíamos, se dejó ver en el ambiente. Nos casamos en el más romántico de los entornos rodeados de quienes más nos querían, así como de cantidad de compañeros de Leo que compartían escenas en la gran pantalla con él.

De quien no supimos más fue de Gabriela, que se retiró del mundillo (a la fuerza) ni de Tracy. A nuestro alrededor se quedó la gente que nos apreciaba de verdad. Entre ella no puedo olvidarme de mencionar a Micky, quien seguía sin encontrar un amor fijo porque, dada su juventud y su forma de ser, afirmaba que prefería la variedad y que era pronto para dejarse echar el lazo. Supongo que, simplemente, no había llegado a su vida esa persona que

te hace desear abandonar la soltería a marchas forzadas. Ya ocurrirá, es lo lógico. O no… porque Micky es mucho Micky, y de ideas fijas.

Con el tiempo, entiendo que habrá cosas que cambien en nuestras vidas, pero también que el amor hará que nuestras vivencias giren en el mismo y fantástico sentido; en el que nos dicte la pasión.

Aquel día, el de nuestra boda, de hecho sellamos un amor que nació entre nosotros de una forma extraordinaria. Y extraordinario seguiría siendo.

Una luna de miel en Bali y el comienzo de una vida que constituía una aventura al lado de Leo. Eso fue lo que vivimos. Brindamos por un amor que no deje jamás de latir en nuestros corazones… Unos corazones que parecen estar acompasados y que, ojalá, lo sigan estando siempre.

Si tuviera que definir nuestra historia de amor, diría que es de cine, pero claro, eso igual os resultaría poco original, dadas las circunstancias. Pese a ello, no deseo que sea una con final feliz porque, simplemente, aspiro a que no tenga final.

Mis redes sociales:

Facebook: Hugo Sanz

Instagram: @hugosanz.autor

Twitter: @ChicasTribu

Amazon: relinks.me/HugoSanz